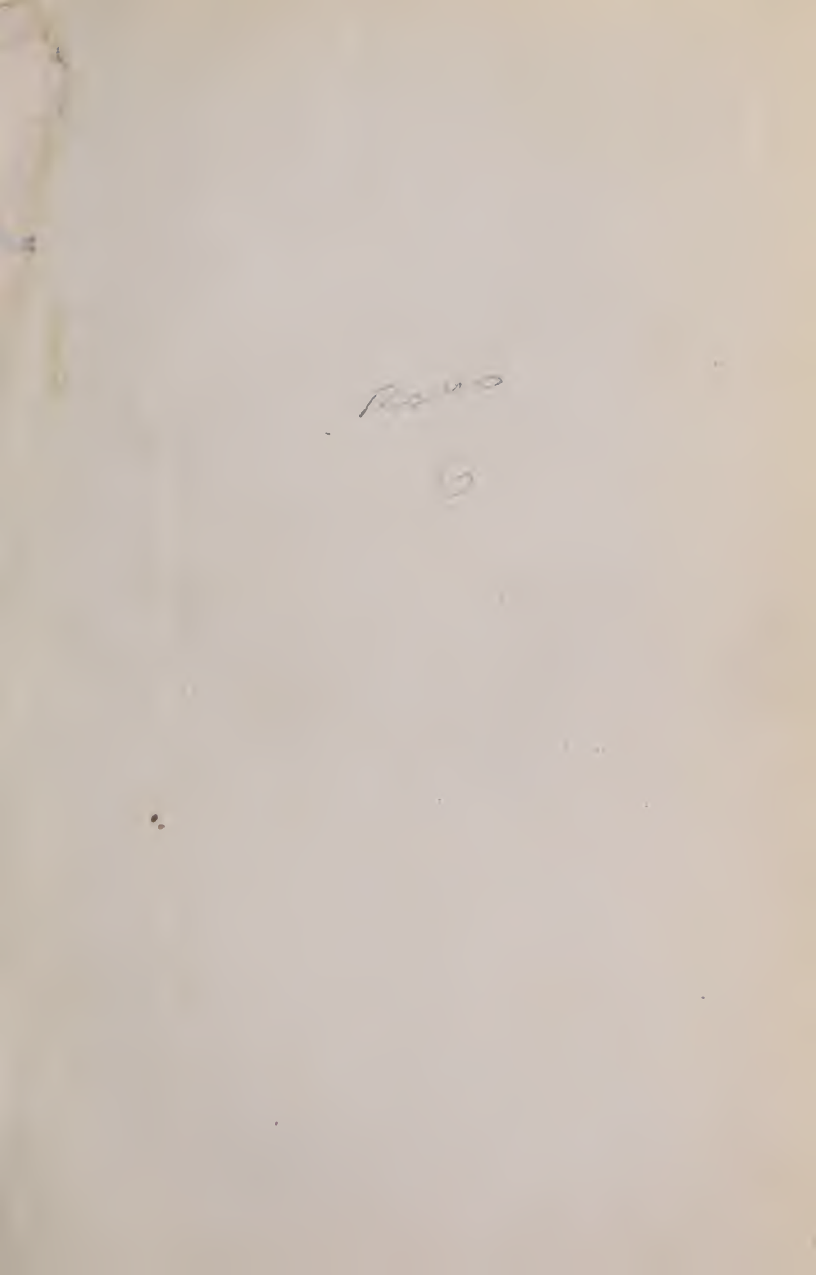


BX
4020
H68
1915


LIBRARY OF PRINCETON
JUL 21 2000
THEOLOGICAL SEMINARY

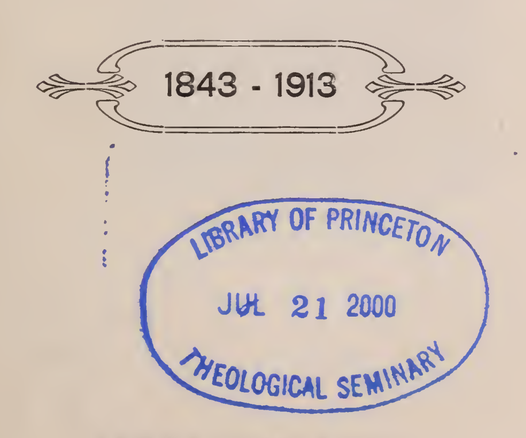


R. P. E. RAFAEL HOUSSE

Reverendo Padre

PABLO CELESTINO LIÉGEY

REDENTORISTA



SANTIAGO DE CHILE
Escuela Tip. "La Gratitud Nacional"
- 1915 -

COPIA

«Santiago, 16 de Noviembre de 1914.

Visto el informe del revisor, R. P. Mario Roussel, Redentorista, concédese licencia para la publicación de la "Vida del R. P. Pablo Celestino Liégey", escrita por el R. P. E. Rafael Housse, de la misma Congregación.

Tómese razón.

ROMÁN, *V. G.*

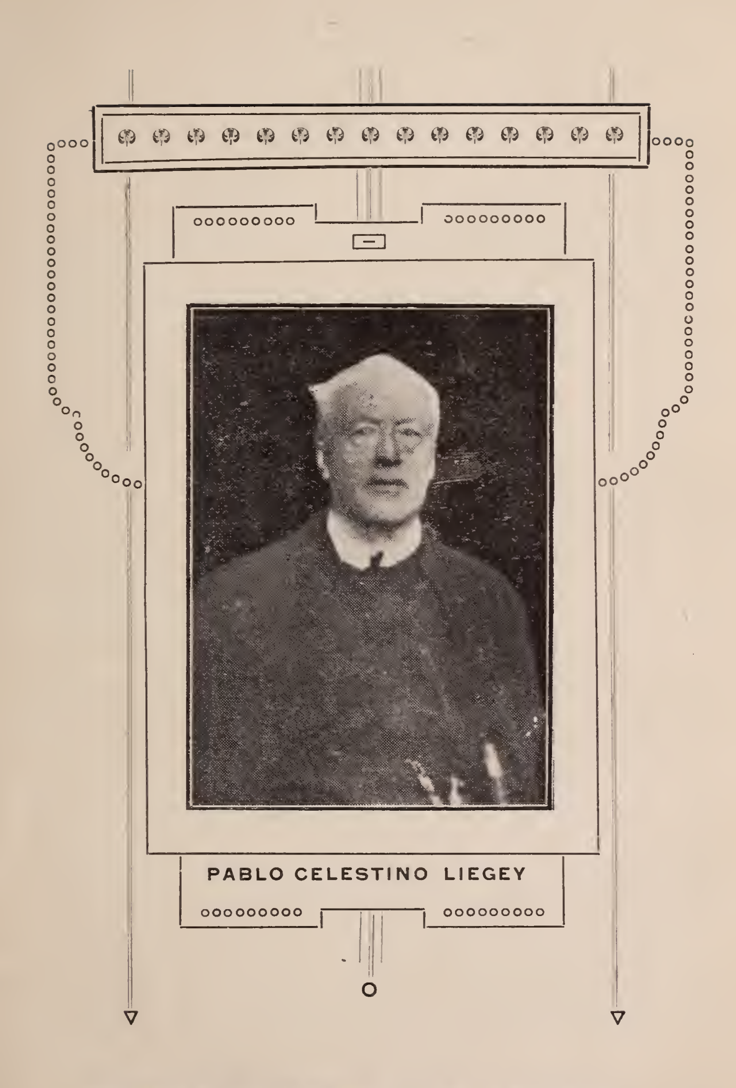
SILVA C., *Secrio.»*

Imprimi potest.

Sancti Jacobi, die 7.ª mensis Novembris 1914.

JOSÉ KERN

Visitador.



PABLO CELESTINO LIEGEY

Dulce Corazón de Jesús, sed mi amor. *(300 días de indulgencias).*
Dulce Corazón de María, sed mi salvación. *(300 días de indulgencias).*

Prefacio

Al día siguiente de la muerte de nuestro llorado Padre Liégey, un amigo y bienhechor nuestro, de nacionalidad chilena, escribió al R. P. Rector las siguientes líneas: «Desearía prestar un homenaje supremo a nuestro querido extinto. Así como él escribió la vida del R. P. Merges, su émulo en virtud, pido a Ud. se consagre una biografía a su memoria. Encargue Ud. de ello a alguno de sus Padres; los gastos de la publicación corren de mi cuenta. Lo deseo así porque tal vida será para todos ejemplo y estímulo a la vez en la lucha por el bien y la verdad: ejemplo y estímulo que nos ayudarán a la consecución del triunfo».

Para responder a este deseo y tratar de realizar estas esperanzas los Superiores decidieron esta obra.

Ejemplo y estímulo: sí, tal es, en verdad, la vida del R. P. Liégey. Ejemplo para los religiosos, pues fué una existencia formada enteramente de actos generosos para elevarse hasta el ideal de la perfección, reformar la naturaleza viciada y adquirir las virtudes de la perfección, armadura del santo hábito. Ejemplo para los misioneros, pues toda ella fué una no interrumpida labor, una inmolación de todos los días, un celo infatigable consagrados al apostolado y a la salvación de las almas abandonadas. Ejemplo para los fieles todos, pues este doble trabajo de santificación personal y labor apostólica les recordará una vez más el precio de la virtud, del alma y de la salvación.

Y también un estímulo, porque, al ver en la larga etapa de aquellos 70 años, por una parte la acción

poderosa de la gracia y los sabios y delicados caminos de la Providencia y, por otra, las victorias alcanzadas sobre los defectos y los progresos realizados en la virtud, todo el mundo reconocerá que la santidad ordinaria está al alcance de todo el que quiere seguir resueltamente a Jesucristo.

Tal es el fin único de estas páginas. En cuanto a los detalles que forman la materia de este folleto, he aquí sus fuentes principales:

1.º Los manuscritos del extinto, particularmente una auto-biografía, comenzada hace veinte años y terminada hace dieciocho meses.

2.º Los archivos de nuestras dos casas de Santiago y San Bernardo.

3.º Los datos de su bondadosa hermana y obsequiosos cohermanos, todos ellos antiguos e íntimos amigos de nuestro héroe.

4.º La revista «La Santa Familia» y las deposiciones escritas de algunas penitentes del Padre, personas serias y prontas a afirmar sus palabras bajo juramento.

En cuanto a las notas de virtud, santidad, visiones, predicciones y otros términos análogos, solamente se han empleado aquí en conformidad con las reglas y decretos de Urbano VIII y de la Santa Iglesia.

¡Bendiga Dios estas páginas, testimonio imperfecto de reconocimiento que la Provincia otorga a uno de sus valientes! Si ellas contribuyen a la edificación de algunas almas, nos damos por satisfechos.

No terminaremos sin dirigir al amigo generoso y demás personas que han tomado a su cargo la impresión, un caluroso agradecimiento, con la promesa de una gratitud imperecedera de parte de todos nuestros cohermanos, y muy en particular del lamentado extinto, su amigo.

San Bernardo, Octubre 15 de 1914.

Primera Parte

EN FRANCIA

CAPÍTULO I.

La infancia (1843-1855).

El Sanón es un pequeño riachuelo que riega el distrito de Luneville, en la Lorena central. En sus frescas y risueñas orillas están diseminadas varias poblaciones; una de ellas es Crevic, pequeña aldea de 1000 habitantes. En 1815, los ejércitos aliados, que invadían a Francia, perturbaron sus tranquilas faenas, acantonándose allí varios batallones durante algunos días. Grande fué la sorpresa de los jefes enemigos al oírse llamar por un campesino, en su lengua alemana y rusa. Oficial de Napoleón, cuyas águilas había seguido en su glorioso vuelo del Escorial al Kremlín durante quince campañas sucesivas, este hombre era el señor Othelin, el cual, en sus correrías militares había aprendido el idioma de los vencidos. Casado, tenía una hija llamada Bárbara, verdadero modelo de jóvenes: piadosa, inteligente, seria y suficientemente instruída para dirigir la escuela parroquial. No necesitó más para atraer sobre sí la atención de un joven, el señor Juan Bautista Liégey. La fortuna de éste era inferior al pa-

trimonio de la familia Othelin, pero la riqueza de su carácter compensaba la mediocridad de sus bienes materiales. Apoyo de sus ancianos padres, sostén de sus cuatro hermanas, trabajador infatigable en los viñedos de la familia, era querido de todos por su natural franco y alegre. Por esto, cuando pidió tímidamente la mano de su hija al héroe napoleónico, éste no opuso la menor dificultad a las aspiraciones del joven pretendiente.

Al día siguiente de las bodas la joven pareja se estableció en Nancy. Allí, el señor Liégey se ocupó en las mensajerías de París-Estrasburgo, empleando todos sus momentos libres en la lectura de libros comprados de lance, sin parar mientes en su calidad. Su estada en la ciudad se prolongó durante cinco años y fué regocijada con el nacimiento de dos hijos. El mayor parecía favorecido por Dios en todo sentido, pero la Providencia no hizo sino mostrarlo a la tierra y transportólo sin dilación de la cuna al cielo. La segunda fué una niña, Alicia, a la cual Dios reservaba para ser, primeramente modelo de cristiana en la parroquia de Crevic, y luego despúes una esposa de su corazón en un convento de Hermanas Redentoristas. Pero la alegría que con este nuevo nacimiento lució en el hogar fué bien pronto eclipsada con los cuidados que comenzó a inspirar la salud de la madre. Nacida en el campo, éranle indispensables el aire puro y el ardiente sol de la campiña; la atmósfera de la ciudad la ahogaba y agostaba cada vez más. Fué, pues, menester volver a Crevic a cultivar el pedazo de tierra y los planteles de viña que formaban la herencia de los Othelin.

Fué allí en donde, el 15 de Marzo de 1843, vino al mundo aquél a aquien la muerte acaba de arrebatarnos. Bautizado al día siguiente, recibió el nombre de Juan José Celestino. Este último prevaleció sobre los otros, siendo dignamente llevado. En efecto, como se sabe, el pontífice Celestino I fué el Papa de la Virgen: aquel que, quince siglos hace, proclamó contra Nestorio el dogma de la maternidad divina; aquel que agregó a la salutación angélica estas tiernas palabras: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores». Ahora bien, no tardaremos en ver que nuestro Celestino fué toda su vida, a ejemplo de su santo patrón, fervoroso devoto de María y ardiente propagador de su culto.

Muchas inquietudes rodearon su cuna. El recién nacido era débil y enclenque, y temióse al principio fuese su vida, como la de su hermano mayor, sólo una corta aparición en la tierra. Por otra parte, su nacimiento había empeorado la debilidad de su madre. Creyendo llegada ya su última hora, aquella cristiana de raza tomó al niño de los brazos de su madrina y, elevándolo hacia una imagen de María: «¡Tomad, exclamó, en un arranque de fe y confianza, tomad a este pequeño inocente bajo vuestra protección; os lo entrego, os lo consagro! Si yo muero, ¡sed vos su madre!» La pobre mujer, émula en esta ocasión de la madre de San Clemente Hofbauer, se encaminaba a Nuestra Señora de la Piedad, cuyo santuario se eleva en medio del campo a un kilómetro de la aldea. En las actuales circunstancias la Santísima Virgen llevó muy bien su nombre: pues tuvo «piedad» juntamente de la madre y del hijo, arrancando a ambos de una muerte inevitable y próxima.

Sin embargo, hízolo gradualmente, como si María hubiese querido probar la confianza de aquella cristiana familia, y el señor Liégey vióse obligado, durante un año, más largo que un siglo, a dividir sus días entre sus trabajos del campo y el cuidado de sus dos enfermos.

Para colmo de desgracia, a la edad de diez meses el niño fué atacado de violentas convulsiones, seguidas luego de contorsión y parálisis en los dedos de las manos y de los pies. La angustia de aquellos padres era verdaderamente desgarradora. Fuera de sí por el dolor, temiendo ver a su hijo lisiado para siempre, el padre llegó hasta desear inconscientemente la muerte del pequeño Celestino: «¡Más bien muerto que baldado!» repetía en el exceso de su desolación. En aquel tiempo, la madre con algunas amigas comenzaba una novena a N. S. de la Piedad. Hizo beber al niño el agua de la fuente maravillosa, que brota a la entrada del santuario, envolviólo con lienzos empapados en la piscina que la recoge y aguardó confiada la obra de María. Estaban ya en el último día de la novena y el estado del pequeño enfermo, lejos de mejorar, no había hecho sino revestir caracteres más y más alarmantes. De improviso, el niño moribundo lanza un grito y comienza a agitarse en su canastilla: era el grito de la resurrección, pues al día siguiente madre e hijo estaban fuera de peligro, recobrando en pocos días más las fuerzas, los colores y la salud.

El relato de esta curación, cuando estuvo en edad de conocerla, encendió en el corazón de Celestino profundo reconocimiento y ternísimo amor a su celestial bienhechora, originándose de allí aquella devoción más

que ordinaria hacia la Santísima Virgen que lo distinguió toda su vida y que, como lo asegura su hermana Alicia, no hizo sino aumentar con el tiempo. Cuando su lengua comenzó a balbucear las primeras palabras, parientes y amigos complacíanse en preguntarle: «Vamos a ver: cuando Celestino está enfermo, ¿quién es su médico?» Y el nene respondía ceceando: «¡Es María!». En uno de sus escritos, reprochóle más tarde amablemente el haberlo arrancado de las garras de la muerte: «¡Oh bondadosa Madre! ¿por qué no dejarme morir entonces? ¿Por qué detuvisteis mi último soplo en mis labios? Entonces estaba seguro de mi cielo, mientras que ahora mi salvación es un terrible problema». Esto era verdad tanto respecto de él como de toda humana creatura; pero pronto veremos cómo María lo tomó de la mano en los pasos más difíciles y peligrosos de su vida, preservándolo de todo vértigo, de todo extravío, de toda caída.

La madre, por lo demás, trató de cultivar con celoso cuidado en aquella alma inocente la devoción filial hacia María; y menester es reconocerlo, hacíalo ingeniosísimamente, buscando en su ayuda todas las historias a propósito para cautivar la juvenil imaginación de su hijo. Un rasgo, sacado de los antepasados de la familia, nos lo probará. «Tu abuelo, referíale, en una de sus gloriosas campañas, vió a su regimiento reducido a la última miseria: hombres y caballos morían de hambre. A pocos kilómetros de los acantonamientos, había una ciudad neutral perfectamente provista, pero el burgomaestre era un tacaño de siete suelas y no estaba para vaciar los graneros de la ciudad en el campo de los franceses. No obstante, era

menester tentar la aventura o morir de hambre. El coronel llamó a tu abuelo, que sabía la lengua del país: «Tome Ud., díjole, estas dos cartas, una de ellas es para el barón-gobernador, la otra para su hija. Escoja Ud, 200 hombres de escolta y ¡adelante!» Llegado a la ciudad, tu abuelo entregó los pliegos a los destinatarios, quienes se impusieron en el acto de su contenido. Durante la lectura, el príncipe hacía movimientos de cabeza de mal agüero y fruncía el ceño, mientras que, por su parte, la joven lloraba silenciosamente. A pesar de todo, hubo banquete para nuestros oficiales, los cuales se sentaron a la mesa en número de quince. De improviso, en medio de la comida, la hija del inflexible barón, quien se obstinaba en negar los socorros pedidos, se levanta y se arroja a las rodillas de su padre, exclamando a través de sus lágrimas: «¡Os suplico, padre mío, no rehuséis a los soldados franceses los víveres de que tienen necesidad: son hombres y mueren de hambre!» Ante la actitud de su hija, enternecido el gobernador, dió, acto continuo, orden al intendente de entregar a bajo precio las provisiones pedidas». Pues bien, hijo mío, agregaba la madre, he aquí una imagen del papel de María en los cielos: cada vez que Dios, Nuestro Señor, obligado por su justicia, quiere rechazar una de nuestras peticiones y rehusarnos alguna gracia, arrójase ella también de rodillas y alcánzanos la gracia solicitada».

Evidentemente, historias de esta naturaleza debían grabarse en la memoria y en el corazón del niño como una lección siempre viva, eficaz y práctica.

A la edad de siete años, se le llevó a la escuela, donde aprendió con facilidad a leer y escribir; inme-

diatamente aprovechóse de esto su madre para ponerle en las manos la Vida de San Luis Gonzaga, patrón y modelo de la juventud. Durante sus labores de aguja, hacíalo sentarse en un taburete a su lado y dirigía los ejercicios de lectura del joven colegial. Aficionóse pronto a ellos, no tardando en cautivarle más los ejemplos del santo que los juegos de la calle. Sin



Crevic.—El río Sanón

embargo, el voto de virginidad y los cilicios fueron las cosas que despertaron particularmente la curiosidad del niño, el cual pidió a su madre la explicación de aquellas grandes palabras, nuevas para él. Esta dióle una definición discreta de ellas. Después de oírla Celestino no contestó una palabra, pero instantes después desapareció. Callandito, dirigióse hacia la pieza que servía de oratorio a la familia, en donde había colgada una imagen de la Virgen Inmaculada rodeada

de flores y de la cual cuidaba Alicia. Allí, en la mayor soledad, púsose el niño de rodillas y, con toda la seriedad de un ángel, hizo voto de virginidad. Tenía entonces siete años e imitaba, sin saberlo, a Santa Catalina de Sena, a San Miguel de los Santos, y a varios otros servidores de Dios. Después de lo cual, como si hubiese tenido alas en los pies, trépase al granero, advierte allí, una gavilla de paja, trenza unas hebras de ella y fabrícase un cilicio. Colócaselo cuidadosamente y, de esta manera ataviado, vuélvese ante el cuadro de Nuestra Señora. Ésta debió de sonreír sin duda a tan candoroso fervor, el cual, por lo demás, no tardó mucho en decaer, gastado pronto por las duras puntas de la paja. No importa, este rasgo demuestra ya una de las características del temperamento de nuestro héroe. Aquellos arranques de entusiasmo que arrebatan ya a aquella almita de siete años, la transportarán después, en vuelo más poderoso y sostenido, ora a la carrera apostólica, ora a las vías de la perfección. En todo caso, eran el fruto primaveral de la educación materna. La señora de Liégey se daba cuenta cabal de su deber en el hogar y lo cumplía a las mil maravillas. Presidía las oraciones de la mañana y de la noche de sus dos hijos, se hacía su pasante de catecismo, y vigilaba estrictamente la calidad de sus compañeros de juego. Su mayor dicha era ver a su amado hijo ayudando a misa; y su recreo, como así mismo el de los parientes y amigos de la familia, oír los ensayos de predicación del futuro apóstol.

El 15 de Abril de 1855, acercóse por vez primera a la Sagrada Mesa: «Llevaba a ella, dice él mismo,

las disposiciones de un niño del campo: un corazón recto, lleno de fe y sencillez, un alma pura, pero ignorante del amor de Jesucristo y temblorosa ante la majestad divina». No importa, este corazón era sin duda algo mejor que el establo de Belén, y el Salvador debió de descender gozosamente a él, rodeado de sus ángeles, como en la cueva; y, si Celestino no aventajaba mucho a los pastores en la inteligencia de los misterios de Dios, debió de recibir también como ellos los favores reservados a los pobres y sencillos, privilegiados siempre del Señor.

Dos semanas después recibía la Confirmación de manos del señor Obispo Monjaud: «Aquel día, escribe él más tarde, no sin chiste, el sacramento me fué bien conferido, indudablemente; pero no recibí los dones del Espíritu Santo sino diecisiete años después». Luego veremos en que circunstancias.

Tales fueron los primeros años del futuro misionero, a la sombra del techo paterno. En el niño, distínguese ya al hombre, de igual manera que en el bosquejo de un gran artista se adivina la obra maestra. Piedad, entusiasmo, generosidad, todo ello tomará cuerpo poco a poco para dar a las almas un apóstol. Pero, para desarrollar estos gérmenes, era menester el calor del hogar. «¿Quién conocerá jamás, exclama un orador moderno, las maravillas de pureza, de fuertes convicciones, de vigorosas virtudes brotadas al soplo primaveral de la infancia respetada, amada, disciplinada y formada por la autoridad de la familia hablando en nombre de la autoridad divina?» Pues bien, el joven Celestino conoció y saboreó aquellas maravillas, a tal punto que érale dado a él, tanto como a Ozanam, po-

der dirigir a Dios estas palabras, que todo hombre debería poder repetir: «En los rodillas de mi madre aprendí vuestro temor, y en sus miradas vuestro amor».

CAPÍTULO II.

El Seminario (1855 - 1865).

En nuestras campiñas francesas, al día siguiente de la primera comunión, considérase al niño algo ya como hombre. A partir desde este gran día, que coincide poco más o menos con la salida de la escuela, llámasele a prestar ayuda a la familia en los trabajos agrícolas, haciéndole guíar la carreta o manejar el escardillo. Celestino no escapó a esta ley común: «Pero, confiésalo él mismo con franqueza, aquella labor de destajero no me gustaba, el aislamiento de los aldeanos en medio de los campos me daba miedo». En cambio deleitábale la lectura. Su padre, como hemos visto, habíase hecho en Nancy de una amplia colección de libros de ocasión, humilde biblioteca tan ajada como disparatada, recolectada entre los baratilleros del oficio, biblioteca que el buen hombre ponía graciosamente a disposición de toda la parroquia. Su hijo pudo, pues, hurgar allí a su antojo en vez de secar el heno en el prado o de trabajar en la viña. Mas he aquí que un incidente imprevisto le arrebató su tesoro. Cierto domingo, el cura, vieja reliquia de los tiempos revolucionarios, tomó como tema de su homilía las malas lecturas. Su palabra puso en grandes aprietos a la señora Lièegey,

temiendo primero por su marido, y más todavía por su hijo, el veneno que quizás estaría oculto en los viejos librotes de la casa. Como el jefe de la familia se hallaba ausente, hizo venir a un amigo suyo para hacer un escrutinio jurídico en el armario de los libros. El buen hombre, que no había tenido mucho tiempo para ensanchar el círculo de sus conocimientos, daba vueltas y revueltas a los Tasso, los Chateaubriand y otras obras maestras literarias: era ni más ni menos que el gallo picoteando la perla. Por fin pronunció un veredicto, bastante parecido al de Omar I respecto a la biblioteca de Alejandría: «Señora, declaró, sólo puedo decirle a Ud. una cosa: estos libros no hacen quizás mal al alma, pero tampoco hacen bien: por tanto menester es destruírlos». No se necesitó más: esta lógica equivalía a una orden de exterminio y, así como los pergaminos griegos calentaron los baños de Alejandría, los folletos del señor Liégey sirvieron para caldear el horno de la familia. Cuando el buen hombre, a su vuelta del campo, supo que la hornada de pan había sido cocida al calor de sus amados libros prorrumpió en horribles lamentaciones; pero ya era demasiado tarde. Sólo un Telémaco escapó al desastre. Celestino se apoderó de él, siendo desde entonces el compañero de su vida. Estas aventuras del hijo de Ulises distraían la ardiente imaginación del niño, pero como era natural, poco contribuyeron a infundirle afición a los trabajos campestres.

Dios mismo, que todo lo aprovecha para la realización de sus eternos designios, iba, por lo demás, a orientar la vida de Celestino hacia un fin en el cual éste no había pensado; pues su repulsión a la agri-

cultura era más bien debida a disposiciones de la Providencia que a indolencia natural.

En esta época, cuatro adolescentes tomaban lecciones de latín en casa del cura. Esta noticia despertó los deseos de Celestino. Sus padres hablaron de ello al digno cura, quién admitió al nuevo aspirante en su humilde escuela. ¡En esto mismo revelábase la mano de Dios! Habiendo señalado a Celestino con su sello de elección, le había el Señor preparado los caminos largo tiempo hacía. Un antiguo superior del Seminario, el señor Michel, confesor de la fe en los pontones revolucionarios, había fundado una beca para un niño originario de su país, pariente suyo y cuyo pueblo no distase más de tres leguas a la redonda. Una feliz coindencia dió a conocer esta disposición a los esposos Liégey. Pues bien, en aquella época sólo el joven Celestino reunía las condiciones exigidas. Resolvióse de esta manera la dificultad del dinero, en esta ocasión, el más serio de los obstáculos para la vocación del niño, por lo que el padre y la madre, bendiciendo las delicadezas de la Providencia, vieron desvanecerse todos los temores e inconvenientes que hasta la fecha parecían oponerse a la pretensión de su hijo para la vida eclesiástica.

He aquí, pues a nuestros cinco picaruelos sentados en torno de la mesa de la casa parroquial, mascullando los primeros elementos del latín: «Nuestros comienzos fueron difíciles, refiere el colegial ya anciano: la falta de estímulos, de método, de aplicación, y aun de gusto, impidiendo el vuelo de mi inteligencia, mis progresos fueron la mitad de lo que deberían haber sido y habrían sido deseables. Está claro además que

la gramática latina no tenía para mí los atractivos de la gruta de Calipso». «Sin embargo, agrega su hermana, el cura era un maestro severo y con él los discípulos tenían que andar derechos». Quiero a Celestino, decía, y por esto mismo no le dejo pasar ni una. —Y probaba su dicho descargando sobre el niño una tupida lluvia de tareas. Un día, llega éste a su casa, arrastrando a remolque una escoba colgada al cuello, habiéndose visto obligado a recorrer tan lindamente ataviado las calles, desde la casa del cura hasta la nuestra: era un castigo por su pereza. En otra ocasión, a consecuencia de no recuerdo qué travesura, mi madre le había escondido los libros. Reclamólos deshecho en lágrimas, temiendo una nueva tormenta si acaso llegase a casa del pastor con las manos sin libros y la memoria sin lección aprendida. ¡Trabajo perdido! Mi madre se mantuvo en lo dicho: «Vé a contar primero tu conducta al señor cura, y veremos lo que él decidirá». El niño bajó la cabeza y se encaminó hacia la casa parroquial ni más ni menos que un condenado a la horca. Fácilmente se adivinará la acogida que le fué dispensada por el austero profesor; desencadenóse el temporal pronosticado; pero al fin fueron devueltos los manuales al malhadado colegial. En el fondo, el maestro quería a su discípulo. «Este niño me agrada, repetía el anciano; si le mandara cien veces que besara el suelo, cien veces me obedecería. Creo que se hará amar donde quiera que vaya. «Y, realmente, ¿quiénes son aquellos que han conocido al P. Liégey, bajo el cielo de Francia o en el hospitalario suelo de Chile, sin sentirle estimación y cariño?

Bajo la enérgica mano de su cura, tuvo, pues, frecuentes ocasiones de ejercitar su fuerza de voluntad y de desarrollar su deseo de padecimientos. Pronto pudo probar hasta donde llegaba su vigor de carácter con motivo de un panadizo que le salió en el dedo anular de la mano derecha. Transcurrieron tres meses de vivísimos dolores, valerosamente soportados, durante los cuales el joven latinista imposibilitado para escribir dictó temas y versiones a su hermana, con-



Crevic.—Iglesia y presbiterio

vertida en secretaria suya. Pero llegó el día en que este porfiado mal, irreductible a pomadas y cataplasmas, le fué de todo punto insoportable, por lo cual resolvió ponerle fin. Sin decir nada a nadie, abrióse profundamente el dedo hasta el hueso, tajóse el tejido celular y arrancóse las carnes con el germen de la inflamación. Pero la operación quirúrgica fué desgraciada; pues, habiéndose cortado los nervios de la

articulación, el anular quedó irremediablemente doblado hacia la palma de la mano. Censurable e imprudente en sí, este acto, revela no obstante, una dosis de energía poco común; lo importante era hacer este gran acopio de fuerza moral para ponerla totalmente al servicio del bien y de la virtud: ésta debía ser la obra paciente de Dios y de su gracia.

Precisamente en aquella época, el muy Reverendo Padre Masson, entonces Provincial, con residencia en San Nicolás, escribió al cura:. «Si halla Ud. en su parroquia niños que manifiesten señales de vocación religiosa, envíemelos; yo me encargaré gustoso de su educación completa». La ocasión no podía ser más hermosa y favorable para nuestro Celestino; no cabía duda que entonces Dios le tendía verdaderamente la mano. Desgraciadamente, los hijos de San Alfonso eran entonces poco conocidos en Crevic, por lo cual nadie se movió, prosiguiéndose aún durante un año entero los cursos de latín, las travesuras y los castigos. «Yo lo deploraba en extremo, repetía después Celeslestino, pero la Providencia lo dispuso así para que yo pudiese aprovechar más todavía de la escuela de mi madre, para conocer mejor el mundo y aprender a despreciar sus pompas y burlar su malicia y astucias».

En la apertura de las clases en 1857, de edad de catorce años y con un ligero aprendizaje de latín y fábulas de La Fontaine, encaminóse al Seminario menor de Pont-à-Mousson. Este paso lo ponía al pie de la santa Montaña; pero ¡cuántas tempestades quedábanle que arrostrar todavía, cuántos precipicios que evitar, antes de llegar a la cima deseada; allí desde donde el mundo aparece bajo y profundo, como un

lejano valle, allí en donde el cielo se muestra más cerca, más claro, más atrayente, más seguro!

Esta nueva morada debía ser para el joven seminarista un medio favorable para la esflorecencia de su inteligencia y de su corazón: tal vemos en una planta de invernáculo; y lo fué efectivamente para él. Tres cosas contribuyeron a ello. En primer lugar, su devoción a María. Alistóse, desde el principio, en su Congregación, rezó todos los sábados su oficio y tomó como regla invariable de conducta no comenzar jamás sus juegos y recreos sin haber hecho antes una visita a su bondadosa Madre María, en su oratorio. Su segundo escudo fué su fidelidad a la confesión bien hecha y la juiciosa y restringida elección de sus amigos. Y, por último, la Cruz; pues nadie ignora que una poción de dolores es remedio y preservativo para muchos males espirituales.

¡Sin embargo, el cielo más limpio y más azul se encapota fácilmente! Así, anublóse pronto la felicidad primaveral de nuestro seminarista.

«Sin luz, dice, para descubrir mi vocación, sin ideal para atraerme a la virtud, sin amor propio siquiera para estimularme al estudio, todo en mí se agostaba lentamente: salud, alma, corazón, facultades». En aquellos sombríos días, su único refugio fué la oración, su único apoyo la Virgen. Si esta bondadosa Madre no hubiera dado empuje a su voluntad, ni reanimado su valor, el pobre niño no habría resistido a la prueba y el desaliento habría concluído por arrojarlo a un precipicio.

Pues bien, ¿quién lo creerá? Aquel estado de luchas y penas de todos ignoradas se prolongó más de tres

años, durante los cuales, las vacaciones mismas eran sólo una tregua relativa y ficticia. Ni las partidas de pesca, ni las expediciones a los Vosgos, ni sus viajes en la Lorena alemana lograron serenar completamente su alma, ni su frente. Al ojo maternal, siempre perspicaz, no le pasaba esto inadvertido. Por esto, cuando el rostro de su hijo se entristecía demasiado, su madre le pasaba las llaves de la iglesia, de la cual era sacristán su padre, y le decía sencillamente: «Celestino, ve a visitar al Santísimo Sacramento». Y él obedecía dócilmente.

En 1860, ahí lo tenemos alumno de literatura, trazando su mismo pequeño surco bajo el mismo cielo obscuro y tempestuoso.

Una vez terminada la retórica, dió examen final de las humanidades, y volvió a Crevic, para aguardar allí, no sin cierta angustia, la sentencia que debía abrirle o cerrarle las puertas del seminario mayor. Llególe ésta en el momento menos pensado. Una hermosa tarde después de comer, daba un paseo con un condiscípulo suyo, cuando he aquí que el cartero se cruza con ellos en la calle y le pasa un sobre: era su admisión firmada por el Ilmo. Señor Darboy, el futuro mártir de la Comuna. Grande fué al principio su alegría, pero no tardó en mezclarse ésta con cierto tinte de tristeza al pensar en los sacrificios pecuniarios que su vocación impondría a su familia. Pero la Virgen, a quien él confió su pena, arreglólo todo: por una excepción, inaudita hasta entonces, redújose en su favor la pensión reglamentaria; más todavía, el Ilmo. señor Darboy anticipó una parte del excedente, descontado de su caja privada; y por último, cierta

hermana Julia, de la Providencia de Portieux, se hizo cargo del resto con las rentas de su patrimonio. Parecía, por lo tanto, que para nuestro seminarista la falta de recursos no debía ser en ningún caso un obstáculo para su vocación eclesiástica. Como a los apóstoles, queríalo Dios pescador de hombres, y Él, que hizo que San Pedro hallara un didracma doble en la boca de un pescado, subvenía a los gastos de la pensión clerical de Celestino.

Vistió la sotana, en Nancy, en 1863. Aquel día, prometióse con toda su alma llevarla hasta el momento en que se convirtiera en su sudario en la tumba. Su gran sencillez le hacía imaginar que hallaría bajo la sotana eclesiástica la paz y la alegría que tanta falta le hicieron en el seminario menor. Engañábase: corazón y cuerpo tuvieron esta vez su parte de pruebas y tormentos.

Primeramente, una gran tristeza, como helada bruma, cayó de nuevo sobre su alma; luego después violentos dolores a las entrañas torturáronlo casi sin tregua durante largos meses. «A pesar de todo, refiere Alicia, durante aquellos dos primeros años en Nancy, manifestábase más serio, más pensativo, más obsequioso y caritativo con los pobres. Si se le hubiese dejado campo libre, habríase privado aun de lo necesario para hacer limosna. ¿Encontraba por acaso en la calle algún mendigo? Al punto iba hacia él, sacaba de su bolsillo una moneda y de su corazón palabras de bondad y aliento; lo que labraba la felicidad de dos personas a la vez; la del indigente y la suya propia. Recuerdo que una vez volviendo juntos de una aldea vecina por el camino de sirga que costea el canal, nos encontramos

luego con un botero que, con una cuerda atada a la cintura, tiraba su chalana, como hubiese podido hacerlo una bestia de carga. Conmovido ante este espectáculo, mi hermano fué a uncirse en lugar del infeliz, remolcando el bote mientras pudo hacerlo sin ser sorprendido en aquel acto de caridad. Luego después devolvió la cuerda a su dueño y deslizóle en la mano una moneda, diciéndole en voz baja: «Tome, para que eche Ud. un trago;» y retiróse, agregando: «¡Ah! si estos infelices ofreciesen a Dios sus trabajos, ¿cuántos méritos ganarían para el cielo!» Aquí también tenemos compendio de lo que Celestino será más tarde: una alma llena de conmiseración por los padecimientos ajenos, que no puede ver un dolor sin buscarle en el acto remedio.

Su tiempo libre de vacaciones pasábalo entonces en el castillo de los Lyautey, en donde hacía clases a los hijos de la familia, Raúl y Huberto. Este último repetía a menudo a su joven maestro: «Seré obispo o general». Y, realmente, si sus talentos y fuerza de voluntad no le han dado la mitra, nadie ignora con qué brillo lucen en el presente sus estrellas de general en medio de las tribus marroquíes.

Pronto llegó el día de la tonsura y de las órdenes menores, las que recibió de manos del Illmo. señor Darboy. Pero esta renuncia al mundo fué llevada a cabo sin entusiasmo, como él mismo lo confiesa en sus notas, y aun con cierto terror. Aquí comienza la segunda prueba de que hablábamos más arriba. Hija de la tristeza, la inquietud invadió su alma, deslizándose una especie de desaliento en lo más íntimo de su sér a la vista del altar, cada vez más próximo. Aunque el pen-

samiento del sacerdocio formaba el fondo de sus aspiraciones, había dejado su corazón apagado y sin vida: en este momento solemne abandonábase en manos de Dios como el aro a la mano de un niño.

Empero, las Visitas de San Alfonso, que cayeron por aquel entonces en sus manos, causaron sus delicias; por lo demás, rezaba el rosario y cumplía fielmente 27 devociones privadas. Estos piadosos ardores no se debilitaban ni aun durante las vacaciones. Pues a menudo iba a sentarse en el cementerio, cerca de un montón de huesos humanos; ahí hacía su meditación y a su vuelta, comunicaba a su madre y hermana las reflexiones que le habían sugerido aquellas visiones de la muerte. Su oración jaculatoria favorita era ésta: «¡Dios mío, haced que sea mejor un buen chapucero que un mal sacerdote!» Y continuamente decía a su hermana: «Si he de ser un mal sacerdote, ruega a Dios que jamás llegue al sacerdocio; es cien veces preferible no subir al altar que aventurarse a hacerlo indignamente».

Pronto veremos el asalto supremo que sufrió entonces, y cómo la intervención de la Reina del cielo lo arrancará al peligro.

CAPÍTULO III.

La Vocación (1865 - 1866).

Dios preparaba poco a poco el porvenir de Celestino: su antipatía por los trabajos campestres lo había impelido al seminario; su aversión, cada vez mayor a la vida de sacerdote secular iba a dirigirlo hacia el convento. Todo ello no eran sino los avances de Dios para hacerle conocer su voluntad.

Por otra parte, la Sma. Virgen lo orientaba insensiblemente hacia su amado instituto alfonsiano: disponía los acontecimientos de tal manera, que encerraba a su protegido en una espiral, cuyas vueltas, estrechándose cada vez más, debían llevarlo infaliblemente al centro deseado. Efectivamente, durante las vacaciones, envióle a uno de sus hijos como mensajero. Habiéndose visto obligado el cura a ausentarse de la parroquia, pidió un reemplazante a los Padres de San Nicolás, y fué a Crévic el P. Glaudel. Cuatro seminaristas descansaban allí de las labores del año escolar. Todos ellos corrieron al encuentro del Redentorista y comieron con él en la casa parroquial. Una vez terminada la comida, despidió a tres de ellos y dejó consigo sólo a Celestino, con el cual tuvo una conferencia familiar. Su exterior franco y sencillo agradóle, sin duda, pues al dar al joven por última vez la mano, deslizóle estas palabras: «Ud. haría bien en entrar en nuestra Congregación, porque Ud. tiene pasta de Re-

dentorista.—Lo haría gustosísimo, respondió Celestino; pero soy el único sostén de mi familia». La cosa no pasó de ahí, pero la flecha quedó clavada en el corazón del joven. Durante la noche, meditó las palabras del misionero, y, al día siguiente, se presentó a su familia completamente demudado e inquieto. Sin embargo, no comunicó a nadie su conversación con el R. Padre Glaudel, ni tampoco sus secretas aspiraciones a la vida del claustro. Pero ¡ay! sucede con los secretos como con el agua: al fin y al cabo abren grieta. Un día, pues, nuestro seminarista hizo a su hermana esta confidencia: «Quiero ser un buen sacerdote, pero temo los peligros que se corren en el mundo. Si entrase en religión, ¿qué dirían nuestros padres? Sólo una cosa me detiene: les he costado mucho, y es natural que los ayude a mi vez; ahora bien, una vez en el convento, tendré las manos atadas: ¿qué hacer? ¡Ah, sólo por Uds. me quedo!». Alicia, que era generosa, y que talvez comprendía que en la argumentación de su hermano se mezclaba con el amor filial y fraternal una tentación del demonio, le respondió sin vacilar: «Vete, a pesar de todo, Dios proveerá«. Después de la vuelta de Celestino al seminario, refirió lo ocurrido a sus padres. El padre frunció el ceño, pues el sacrificio le parecía duro; pero no hizo ninguna objeción. En cuanto a la madre, cristiana siempre valerosa, exclamó: «Dí mi hijo a la Santísima Virgen, y no seré yo quien se lo quite». Una franca explicación entre el seminarista y su familia habría arreglado entonces este grave asunto; pero la hora señalada por Dios no había llegado todavía, y unos y otros guardaron para sí sus íntimos pensamientos.

Hacia fines del invierno de 1865, Dios envió una humillación a nuestro Celestino. Los alumnos de su curso tuvieron que rendir examen final de todas las materias estudiadas. Llegado su turno a Celestino, apoderóse de él tal pánico, que se le enredó la lengua y una tupida venda oscureció su memoria e inteligencia. Tales tartamudeos en presencia de la comisión examinadora valiéronle, como era de esperarlo, una mala nota; y, lo que es más, esta opinión poco lisonjera del Superior: «Amigo mío, con otro examen como éste, el año próximo, puede Ud. dar un adiós a las sagradas órdenes». Este fracaso y esta amenaza fueron un latigazo para el amor propio del teólogo, y a la vez un sacudón para su entorpecimiento intelectual. Por lo demás, no se trataba de bromear, tanto menos, cuanto que el Illmo. señor Lavigerie no era amigo de chancearse: severo para la admisión a las sagradas órdenes, todos los años abría de par en par las puertas de salida a los súbditos de un talento reconocidamente inferior o de mal experimentada virtud. Semejante perspectiva aguijoneó a nuestro seminarista dejándolo como jadeante. Entonces el demonio hizo un esfuerzo supremo para apagar en aquel inquieto corazón toda llama de aspiración superior y fué menester que la Madre de Dios interviniese de nuevo para salvar la mecha que aún humeaba.

Las vacaciones de 1865 tocaban a su fin. Nuestro seminarista se hallaba entonces en la aldea de San Clemente, en casa del anciano pastor de Crevic. Allí lo esperaba el enemigo de las almas. Al entusiasta lector del Telémaco, presentóle también una capciosa Calipso. Efectivamente, hallábase en la casa parroquial

la sobrina del cura, joven bien dotada tanto física como moralmente. Éste fué un verdadero peligro. Pero en lo íntimo de aquel corazón vacilante y de aquella debilitada conciencia, en medio de aquel duelo entre la naturaleza y la gracia, hízose oír una voz secreta, la de María, que le recordaba por una parte, su voto de virginidad hecho en la infancia, juntamente con las prerrogativas y sublimidades de aquella virtud; y ponía ante su vista, por otra, las espinas y lágrimas de la vida mundana. Durante cinco o seis días estuvo el joven seminarista como en suspenso entre el cielo y la tierra. Sin embargo, la lucha debía ser tan corta como recia. Las luces de la reflexión y de la gracia descubrieron al joven el abismo abierto a sus pies; y tan pronto para subir la pendiente como para bajarla, tomó y puso por obra una enérgica resolución. Repentinamente una mañana, dejó a sus huéspedes, sin que éstos pudiesen adivinar los motivos de tan súbita partida. Durante el camino, mientras costeaba los ribazos, verdes todavía, comenzó a pensar. De improviso preséntase una iglesia a su vista, entra y arrodíllase delante del tabernáculo para exponer al Dios eucarístico toda la tristeza de su situación. He aquí su oración de entonces, tal como la dejó consignada en sus notas: «¡Oh bondadoso Maestro, ved mi situación! Débil y amenazado ¿que haré en este mundo con este tierno y vehemente corazón que Vos me disteis y al cual me es posible descarriar? ¡Tened compasión de mí! Por un lado, me llamáis al sacerdocio, y no por otra cosa acabo de pisotear mi corazón y rechazar una pasión que lo invadía como un incendio; pero, por otro, el porvenir me espanta. Si Vos pre-

véis, pues, que puedo rebajarme más tarde hasta envilecer vuestras libreas y perderme para siempre, indicadme una carrera menos delicada en que asegure mi salvación. ¡No sé qué hacer de mí! Arreglad todas las cosas, Vos que todo lo sabéis y todo lo podéis!» Terminada esta súplica, sintió, en medio de la borrasca que agitaba su alma, renacer la calma. Su pobre corazón hallábase todavía, es verdad, en un estado de angustia, como un árbol bruscamente desarraigado; pero una voz interior le decía: «¡Vete al seminario, yo proveeré a todo!»

Efectivamente, Dios iba a proveer a su porvenir dándole el golpe decisivo. El viajero prosiguió su camino enjugando sus lágrimas, y pocos días después hallábase de vuelta en Nancy. Dios comenzó allí por consolarlo. El retiro para la apertura de las clases le hizo bien. Éste estuvo a cargo del R. P. Pététot, del Oratorio. Su palabra ardorosa, terroríficos ejemplos y predicaciones impetuosas sobre las grandes verdades de la salvación y altas responsabilidades del sacerdote, penetraron en el corazón del joven abate como bienhechora lluvia. Salió de los santos ejercicios con la firme resolución de ser mejor: «Sacerdote o chapucero, repetía; pero más vale buen chapucero que mal sacerdote».

Por lo demás, ya era tiempo de detenerse en algo fijo, pues este cuarto año de seminario debía ser decisivo. Comenzólo lleno de entusiasmo, tanto más, cuanto que Dios trabajaba suavemente su alma. «Era un placer de Dios, dice él en su lenguaje sembrado de imágenes, una llama ardorosa, un licor embriagador, un cántico del corazón. Quería ser todo de Dios, cuerpo

y alma, aspiraba a ser su esclavo, su cosa». Era esta sin duda una recompensa por el sacrificio que acababa de hacer de una pasión, aunque en comienzos, peligrosa. Dios, según las palabras de San Francisco de Sales, obraba con él a la manera de «una madre que atrae con dulces a su hijo, como un médico que fortifica con cordiales el corazón de un débil enfermo». Este dulce estado duró cinco o seis meses. Su inteligencia se dilataba, como la rosa a los rayos del sol; su corazón se ensanchaba igualmente al calor de las simpatías que hallaba en sus superiores y condiscípulos: en una palabra, su vida era como una primavera. Sin embargo, Dios, que con una mano así lo acariciaba, traíale en la otra una amarga píldora: la prueba definitiva.

Habiendo llegado las témporas de la Sma. Trinidad, época de ordenaciones, el Illmo. señor Lavigerie interrogó personalmente a los seminaristas destinados a ser promovidos. Cuando Celestino llegó a su presencia, envolviólo el prelado en una larga y desconcertadora mirada y le dijo: «Amigo mío, sus notas pasadas dejan que desear, y tendré que nombrarle a Ud. profesor.—Pero, Ilustrísimo señor, aventuróse a decir el ordenando, no me siento con aptitudes para la enseñanza, me siento inclinado más bien al ministerio activo.—Pensaré en ello», replicó secamente el obispo, y despidiólo con la mano. Cuando se publicó la lista de los llamados a órdenes, faltaba en ella media docena de nombres, entre otros el de Liégey. Esto fué como un rayo para su sensible corazón. El dolor de su familia, las habladurías de los demás, el peso de la humillación lo abrumaron de tal suerte, que per-

dió el sueño y el apetito. Su altivez se sintió herida y los días que siguieron a esto fueron para él un tanto semejantes al triduo doloroso de San Alfonso después de su fracaso en el foro; pero terminóse también con una resolución idéntica, una de aquellas resoluciones que van de extremo a extremo. Alfonso exclamó: «¡Tribunales, no volveréis a verme!» Celestino lanzó este grito: «¡Seminario, adiós!» Evidentemente, en estos monentos hacíase oír la voz del despecho. Con todo cuando el joven volvió en sí y acudió a la oración, Nuestro Señor se encargó, no de modificar, sino de santificar aquel primer sentimiento natural, haciéndole producir frutos deseables.

Realmente, todavía no había nada perdido para él. Septiembre y Navidad traerían consigo nuevas ordenaciones, y él tenía todas las probabilidades de tener parte en aquellas promociones. Como prueba de que no era indigno, tenía la que el Illmo. señor Lavigerie no había firmado su salida del seminario. Pero la gracia había ya penetrado en su alma revelándole el misterio de aquella exclusión y haciéndole comprender los providenciales motivos de ella. Dios no había permitido esta humillación pública sino para probarle que su instintiva repulsión por el ministerio parroquial venía del cielo y para hacerle ver que debía hollar las últimas consideraciones de interés de familia y encaminarse hacia la vida religiosa. No había, por lo demás, término medio: resuelto a no vivir en el mundo, determinado a no pertenecer al clero secular, no le quedaba más partido que el convento.

Entonces, sin perder un instante más, movido por la gracia, escribió a sus padres una larga carta, en la

cual les manifestaba la prueba por qué acababa de pasar y su resolución irrevocable de entrar al convento; y con el objeto de obtener más fácilmente su consentimiento, pintábales lleno de entusiasmo las ventajas espirituales de la vida del claustro. El único escollo contra el cual temía se estrellasen una vez más sus deseos, era el dolor y pesar de los suyos viéndole abandonar una vocación que tantos sacrificios les había costado ya. Pero mal conocía a sus padres, ignoraba la intensidad de su fe y confianza en Dios: «Hijo mío, respondióle su madre, si hemos procurado y logrado educarte, no ha sido para nosotros sino únicamente para Dios. Si El te llama por otro camino, te digo con toda mi alma: ¡Vete! Me consideraré demasiado dichosa en haber consagrado a Dios uno de mis hijos. ¿Hablas de los sacrificios que nos hemos impuesto? No te acuerdes más de ellos. ¿De la situación en que nos dejas? No te preocupes más. Dios es bueno y grande: si da alimento a los pajarillos, cuidará también de nosotros. Sin embargo, piénsalo bien. Nosotros rogamos mucho, mucho, por ti. Hace un mes que nos reunimos diariamente a los pies de María para suplicarle te ilumine». Verdaderamente, era difícil pensar y obrar mejor. Esta respuesta, de índole tan cristiana, puso punto final a las vacilaciones del seminarista, quien repitió las palabras que no ha mucho decía por lo bajo cuando su postergación a las órdenes: «¡Seminario, adiós! ¡Seré religioso!» Esto ocurría a fines de la cuaresma de 1866.

Pocos años antes del nacimiento de Celestino, los esposos Liégey habían hospedado a un pobre vagabundo, dándole casa y comida por una noche. Al día si-

guiente, al despedirse de sus huéspedes, el indigente habíales dicho estas palabras: «Tendréis un hijo, que será religioso y salvador de almas». De parte del mendigo ¿era ese agüero necedad presuntuosa o inconsciente profecía? Nadie podría decirlo. Pero es lo cierto que, en las actuales circunstancias, los padres de Celestino recordaron las palabras del pordiosero y bendijeron a Dios por su próxima realización.

Resuelto ya su futuro género de vida, faltaba al aspirante monacal únicamente elegir una familia religiosa. Inmediatamente eliminó de sus aspiraciones a las órdenes puramente contemplativas como poco conformes con su actividad natural. Por otra parte, no sabiendo hacia dónde dirigirse, fué a confiar sus perplejidades al confesor del seminario, señor Masson. Hablóle éste primeramente de la Compañía de Jesús, ofreciéndose tanto él como el Superior a apoyar su petición de admisión; pero Celestino no aceptó sus ofrecimientos no sintiéndose llamado por S. Ignacio. Volvió en seguida los ojos hacia el Oratorio, en donde podría hacer valer sus talentos oratorios y subvenir a la vez a las necesidades de su familia. Esta idea tomó en seguida de tal manera cuerpo en su espíritu, que la comunicó al R. P. Pététot, cuyo recuerdo estaba vivo aun en su memoria. La respuesta del ilustre predicador fué favorable; solo se le imponía al postulante un plazo suficiente para asegurarle una beca... Mas, durante este tiempo sus disposiciones mudaron de rumbo. Apenas hubo partido su carta al esclarecido sacerdote del Oratorio, sin saber por qué, la turbación invadió nuevamente su alma, y luego el disgusto, y por fin el temor de perderse, gozando de tanta libertad y quizás con

tantos éxitos en expectativa. Comprendió que erraba su camino, y, sin más, renunció a su proyecto.

Entonces pensó en los Redentoristas. Parecerá extraño que tardase tanto en recordarlos, habiendo estado en San Nicolás tan en contacto con ellos. Pero ¿qué queremos? Su sotana de corte italiano y su cuello blanco dábanles a sus ojos un aspecto demasiado severo; sólo había retenido los rasgos menos atrayentes de su historia, como por ejemplo, la humillación pública y los tres días de silencio impuestos al Padre Alejandro de Meo después de su sermón exótico sobre la Santísima Virgen; ni había olvidado tampoco las tisanas, debidamente preparadas, enviadas por el santo a uno que otro congregante a quienes la enfermedad de la pereza retenía por la mañana en el lecho. Evidentemente, tales reminiscencias hacíanle ver la Congregación bajo una falsa y sombría luz, demasiado sombría, para que pensase en golpear a su puerta. Sin embargo, sin sospecharlo siquiera, estaba muy cerca de ella. Había llegado ya a la última vuelta de la larga espiral a que la Santísima Virgen lo había impulsado, para que no se descarriase en su camino. Ilumináronle la gracia y la reflexión. Su conocimiento de la Congregación del SSmo. Redentor indicábale que, bajo la bandera de San Alfonso, podría realizar aquel ideal de una existencia activa, desprendida, apostólica, consagrada al culto de la Virgen y quedó con esto su elección fijada, algunos días después, sin apelación. Inmediatamente dió a conocer a sus padres su determinación, y su madre le respondió: «¿Es decir que dejas a los sacerdotes del Oratorio por los Redentoristas, alegando que, si preferiste al principio el Oratorio, fué únicamente por noso-

tros, teniendo en vista nuestra conveniencia? Pero, hijo mío, no olvides que el Dios de París es el mismo de San Nicolás! No pienses, por tanto, en nosotros. No contamos absolutamente con tu ayuda, ni ésta te preocupe: una vez más, nuestros brazos nos bastan para vivir. En cuanto a ti, vé a donde te empuja tu atractivo. Con tal que tomes buen camino, nos sentiremos dichosos. Vamos a orar mucho para que Dios te haga conocer su voluntad». Como vemos, el espíritu cristiano era el que siempre dominaba en aquella generosa madre; y en su hijo, el amor filial, llevado hasta la debilidad egoísta que tantas vocaciones hace zozobrar en la infidelidad. Dad a Celestino una madre con una fe menos intensa, que no sepa elevarle hacia el cielo su espíritu y corazón, y sólo habríamos tenido un hombre vulgar, un hombre a medias, una nulidad con sotanas.

Armado con la carta maternal, golpeó el mismo día, viernes, a las tres de la tarde, a la puerta del señor Masson, su confesor. Este leyó la respuesta de la señora Liégey, reflexionó algunos instantes y dijo al joven: «Hace ya cuatro años que Ud. está bajo mi dirección y siempre me ha obedecido. Escuche Ud. ahora mi consejo: vaya Ud. a San Nicolás. Conozco la Congregación de San Alfonso, ésta es la que a Ud. le conviene. Es fervorosa, su Regla es santa, ella lo mantendrá a Ud. en los senderos de la prudencia en medio de los campos del apostolado, y se asegurará Ud. la muerte de los predestinados. ¡Valor, pues, y adelante!» A la salida de aquella audiencia, dirigióse Celestino hacia el Tabernáculo, consumando allí su sacrificio: todo había concluído y Satanás quedaba derrotado.

Obróse entonces en su alma una mudanza completa. A la aridez y angustias, sucedieron una paz profunda y una dulce alegría: esta pobre planta tan afligida hallaba de nuevo un poco de sol. Al día siguiente salió del seminario, fiel cumplidor en este apresuramiento del consejo que San Jerónimo da a quienquiera que fuere llamado a dejar el mundo: «Date prisa, por favor; no desates, sino que corta el cable que retiene aun tu barco a la orilla»! Partió, pues. En aquella época, el Padre Glaudel había sido trasladado de S. Nicolás a Dunkerque, en donde era rector. Celestino le reveló por escrito sus deseos de vestir la librea del Smo. Redentor, y no tardó en recibir una respuesta sólida y substancial sobre el espíritu de la Congregación. Por su parte, tanto el rector del seminario como su director de conciencia habían dado un informe sobre él al R. P. Desurmont, en una carta, según Celestino, «más encomiástica que merecida, y en la que le hablaba particularmente de las cualidades oratorias del postulante». Pocos días después, éste comparecía en presencia del R. P. Desurmont recientemente promovido a Provincial, y entonces de paso en San Nicolás. Aquel ojo escudriñador sondeólo a fondo; una detallada cuenta de conciencia manifestóle claramente las disposiciones y luchas del seminarista; un minucioso exámen sobre sus estudios eclesiásticos, dióle a conocer la medida de su saber; y, por último, un retiro de tres días atrajo a su alma las luces de lo alto: las cosas estaban bien. «En definitiva, ¿qué sentimiento, qué segunda intención le induce a Ud. a entrar en nuestra Congregación? preguntóle el Padre para poner fin a la entrevista.—El deseo de salvar mi alma», res-

pondió Celestino. Estuvo a punto de agregar: «y el amor a Jesucristo», pero su timidez detuvo estas palabras en sus labios. Sea como fuere, esta vez estaba completamente ganado, ganado por la dulzura de la



Nuestra Señora de la Piedad

gracia y por las atenciones y delicadezas de R. P. Desurmont, que tenía el don de hallar siempre el camino de las almas. Antes de terminar, condújole al refectorio, (ésto abre siempre algo el corazón), y enseguida,

prestóle una reliquia de San Alfonso y, con ella, su libro de oro sobre «La Vocación religiosa». Al calor de tan paternal caridad, disipáronse las últimas aprehensiones del joven abate, como la nieve a los rayos del sol. «Verdaderamente, dijo a su familia al llegar a Crévic, los Padres no son tan austeros, ni ariscos, como yo tanto tiempo me los he figurado. Esto es lo que yo necesitaba».

Después de dos semanas pasadas bajo el techo paterno, el aspirante a la vida religiosa hizo una peregrinación de despedida a la capilla de Nra. Sra. de la Piedad. Allí derramóse su corazón en sentimientos de gratitud; pues si María había sido su «Médico», si ella había curado, en otro tiempo, su cuerpo, le había sobre todo atendido en las enfermedades de su alma y sanado las heridas del corazón.

Llegó, por fin, el día de partir a San Nicolás, el 17 de Abril de 1866. «Ahí tiene Ud. a nuestro hijo, dijo la madre al P. Desurmont, lo entregamos a Ud., pues no lo hemos formado para nosotros, sino para Dios». Temblábale la voz y sus ojos estaban velados por las lágrimas. El señor Liégey lloraba en silencio. De repente arrodillóse Celestino a sus pies y pidióles su bendición. Diéronsela ambos con dolorosa expresión: todo había concluído.

Solo ya en su celda, el postulante miró sus austeras y desnudas murallas, y experimentó casi cierta extrañeza al hallarse allí. «El fogoso león (éste era el calificativo que él mismo se daba), el asno silvestre del desierto ha sido cogido y hélo ya en la jaula». Sin embargo, según nos lo pinta uno de sus connovicios, el R. P. Fallert, aquél era un león elegante, un ona-

gro de hermosos vestidos. «Un día del año 1866, refiere aquél, presentóse un joven seminarista de pequeña estatura, pero largos cabellos, vestido con sotana de elegante cola. Su fisonomía era simpática, distinguidas sus maneras». Desgraciadamente, aquel aspecto un tanto peripuesto revelaba el flaco de su carácter; listo estaba, pues, todo en el noviciado para limar las uñas y recortar la melena al hermoso león recién llegado.

CAPÍTULO IV.

Noviciado y Curso de estudios.

Es, sin duda, interesante abrazar con una ojeada las etapas de aquella alma desde la cuna hasta las puertas del claustro, etapas señaladas por las intervenciones progresivas de la Madre de Dios. Recién nacido, arrebátalo ella a una muerte segura; pequeñito, líbralo de una fiebre perniciosa que amenazaba traer consigo las más fatales consecuencias; adolescente, presérvalo de caer en un peligro tan involuntario como escabroso; seminarista, arráncalo de la más fatal de las pasiones, la del corazón, regalándolo luego con una humillación que resuelve su incertidumbre respecto a su vocación y orienta su existencia hacia la vida religiosa.

Esta conducta de la Providencia es tanto más admirable, cuanto que, hasta la edad de 23 años, distaba mucho de inclinarse a la vida del claustro, a pesar de los guías que Dios le había concedido para el camino. Llegó a ella, por fin. pero a la manera de un torrente

que baja a la llanura, a saltos y brincos; no sin estrellarse, como lo hemos visto, repetidas veces contra las rocas, quedando harto lastimado de tales choques.

Por orden de llegada y de admisión, era el primer novicio recibido por el Reverendísimo Padre Desurmont; por esto, fué siempre por él considerado como su primogénito, haciéndole este título objeto de sus especiales atenciones. En este Superior insigne halló su principal sostén en la tierra en medio de las tempestades que sacudieron su alma desde los comienzos de la vida alfonsiana. Después de Dios, debióle ciertamente a él la perseverancia.

En el noviciado, todo lo convidaba al fervor, pues, según el P. Fallert, «el convento de San Nicolás era, en aquella época, un gran centro de actividad apostólica, y, más todavía, un santuario de piedad, enteramente embalsamado con los perfumes de santidad del R. P. Hofbauer, traídos a Lorena por uno de sus fervorosos discípulos, el P. Srna».

El 20 de Mayo, día de Pentecostés, Celestino tomó el santo hábito, enviando en esta ocasión su retrato a su madre. Contestóle ésta con las siguientes líneas, que podría meditar con fruto más de una madre cristiana: «He besado tu retrato, hijo mío, y al ver brillar la cruz sobre tu pecho la he bañado con mis lágrimas, pero lágrimas de reconocimiento, que me han hecho bien. Recuerdo que la madre de Santo Tomás de Cantorberi decía a su esposo, inconsolable al separarse de ella para una expedición militar: «Parte para esta guerra, esta es tan santa que consuela mi aflicción». Pues bien, te repito hoy a ti igual cosa. Mucho habríamos gozado, sin duda, teniéndote a nues-

tro lado; pero nuestro sacrificio se mitiga con el pensamiento de que tus bondadosos superiores harán para tí las veces de madre. En cuanto a nosotros, hijo mío, manifiéstanos tu gratitud con tu fidelidad a la gracia, pues ésta te bastará en todas circunstancias. Te abrazo en las sagradas llagas del divino Salvador, nuestro modelo». Tales palabras eran propias para alentar al joven novicio, y, realmente, mostrábase ya lleno de ardor por su santificación.

Pero ésta no era obra de un día: «Con la sotana secular, despójese Ud. también del hombre viejo», habíale dicho el R. P. Desurmont en su hermoso discurso de toma de hábito. ¡Ay! El hombre viejo lo tenía enteramente pegado a la espalda! Como Vito Curcio, el H. Liégey comprendió pronto que es más fácil dejar el traje que el carácter, y lo comprendió en una circunstancia análoga a la del altivo gentilhombre napolitano. Un día ordenósele ayudar al hermano sacristán, fregando el pavimento del oratorio. El novicio apoderóse del escobillón de largo mango y, en compañía del H. Fallet, comenzó a frotar enérgicamente el suelo. Al principio, la cosa iba bien, la novedad del trabajo suplía al ardor natural. Pero, a medida que las gotas de sudor rodaban sobre su frente, y que las idas y venidas de los brazos se multiplicaban, su antigua repugnancia al trabajo manual despertó con toda su viveza. El calor del cuerpo no tardó en comunicarse al corazón, una sorda cólera prendió en él, y la pasión, ya demasiado fuerte, estalló. Con ademán seco arrojó al suelo el escobillón y rompió en exclamaciones, enjugándose el sudor: «¡No, verdaderamente, esto es demasiado! ¡Ya no puedo más! ¡Me

voy!» Ante tal agitación, volvióse hacia él su compañero y, mostrándole con el dedo el tabernáculo, «¡Vamos! le dijo, hacemos este trabajo por N. Señor!» Esta dulce observación quebró la cólera de Celestino, quien, tembloroso todavía, volvió a tomar en silencio su escobillón: el león domado escondía sus garras.

Los primeros tiempos de su probación fueron más de una vez señalados con iguales estallidos, pues esta continua sujeción, esta servidumbre (como la llamaba él) pesaban a su carácter independiente y altivo. El R. Padre Desurmont, que lo había penetrado desde el principio, no le escaseó los alfilerazos, dados con tacto y oportunidad, para endurecer aquel delicado amor propio y deshinchar aquella ridícula vanidad. ¡Cuántas veces, por ejemplo, le aplicó en público esta poco acariciadora comparación de San Francisco de Sales: «El H. Liégey es como el pavo real, que ostenta su magnífico plumaje, pero no ve el reverso de la rueda!» A tales lanzazos, dados en lo vivo del orgullo, el pobre novicio experimentaba un sobresalto y enrojecía hasta en lo azul de los ojos; pero, siendo del R. P. Desurmont, todo lo recibía bien, y lo aprovechaba como un enfermo a quien hacen los doctores una oportuna sangría.

Por su parte el P. Monniot, maestro de novicios, manejaba diestramente las tijeras y recortaba una a una las plumas de nuestro Celestino. Un día, el obispo de Nancy debía hacer una visita al convento. ¡Gran zafarrancho en la comunidad! Desgraciadamente, el H. Liégey alabó sin discernimiento su antiguo título de maestro de ceremonias en la catedral, agregando que era muy fácil atender a los prelados: «Muy bien,

interrumpió el Maestro; ya que Ud. es tan listo, le comisiono para organizar la recepción». El novicio tomó su papel en serio y lo desempeñó con su facundia, entusiasmo y suficiencia ordinarias. Pero el P. Monniot no lo perdía de vista un instante. En cuanto hubo partido su S. Illma., llamó al famoso maestro de ceremonias y le colgó al cuello un cartel con estas palabras: «Me he hecho el sabiondo, me he hecho el sabiondo». Ahora, agregó, vaya Ud. a dar una vuelta por todo el convento hasta que todos le hayan visto». «Este paseo y esta exibición me costaron horriblemente, refiere él mismo a su hermana, pero me hicieron bien». Comenzaba, pues, a comprender que se gana más aceptando una humillación, que ayunando diez días a pan y agua.

Otra vez que costeaba el gasto de la conversación en un recreo, el Padre Maestro lo envió al establo: «Vaya Ud. a regalar con sus pedantescas frases a nuestras buenas vacas lecheras; ése es el auditorio que le conviene». Bajó la cabeza y obedeció. A su vuelta preguntósele lo que había predicado a los rumiantes: «He aquí mi discurso, respondió: «¡Creaturas del buen Dios, alabad al Señor! Vosotras al menos no lo ofendéis, pues no sois orgullosas como yo, que busco las alabanzas y aplausos». — «Muy bien, concluyó el P. Monniot, aprovéchese Ud. de la lección».

Se ve por estos dos últimos rasgos que ya comenzaba a aceptar, por lo menos sin rebelión, las reprensiones y humillaciones; y; a pesar de estos porrazos tan provechosos como necesarios, sentíase feliz.

Dándose cuenta cabal de que la humildad es el fundamento de la perfección, y que pretender practicar

las demás virtudes sin ella, es arrojar polvo al viento, tomó la resolución enérgica de extirpar de raíz la suficiencia, defecto dominante en él. Luego veremos que éste no fué propósito de un día, tan pronto marchito como florecido, sino una resolución enérgica que duró toda su vida. Desde entonces, rezó diariamente la oración de San Félix de Cantalicio, para obtener la humildad. Recordando, cuarenta años más tarde, aquel necio orgullo de su juventud, sorprendíase todavía de que la Congregación lo hubiese recibido en su seno, a él aborto del infierno, como él decía, pobre de fortuna, pobre en dones físicos, pobre de juicio, pobre de ciencia no menos que de virtud». Y aplicábase gozoso el texto del Salmo: «Dios sacó del estercolero al pobre Celestino».

Los cinco primeros meses de su noviciado fueron en general un período de gozo espiritual y de ardor en las vías de la perfección. «Cuando algo me cuesta, confesaba a su hermana que iba a verlo al locutorio, me repito a mí mismo las palabras de S. Agustín: «mis compañeros lo hacen, ¿por qué no lo haría yo también? ¿Seré, por ventura, más cobarde que ellos?» Y esta resolución le daba valor como a San Agustín. Por otra parte, las conferencias del P. Monniot sobre la Congregación inflamaban de entusiasmo el generoso corazón de Celestino, a tal punto que resolvió antes morir que dejar tan sublime vocación. Una enfermedad contraída a consecuencia de un resfrío, aumentó más todavía su amor, admiración y reconocimiento al Instituto de San Alfonso. La caridad de los superiores, los cuidados de los cohermanos, las delicadas atenciones de todos, conmoviéronlo hasta las lágrimas, y

cuando dejó la cama de la enfermería; exclamó: «Seré buen hijo, puesto que la Congregación es tan buena madre!»

Esto no le convenía en manera alguna al demonio, el cual lo puso todo por obra para desarraigar una vocación que iba creciendo de día en día. Hacia aquel mismo tiempo, algunos antiguos amigos fueron a visitar al novicio. Pero eran todos amigos al estilo de los de Job. Al sorprenderlo con la escoba en la mano, burláronse de él, diciéndole: «¡En esto te ocupan! ¡Qué vida tan linda! No seas zonzo, vuélvete con nosotros al seminario, ahora ya estás seguro de ser promovido a las órdenes».

¿Responderíales él, acaso, con tanta sabiduría y desdén como Job? Nos complacemos en creerlo. Sin embargo, el golpe estaba dado, y sus palabras comenzaron a perseguirlo como una pesadilla. El enemigo eterno de las almas aprovechóse de ello para sumergirlo de nuevo en su antigua tristeza: la perspectiva de toda una existencia encorvada bajo el yugo de la obediencia y la Regla, la sospecha de los sacrificios y fatigas que constituyen la vida del misionero, el recuerdo de la familia y el pesar de haberse separado de ella, todo esto envolviólo en tal nube de melancolía, que perdió no sólo la tranquilidad del alma, sino también la serenidad del rostro. Llegado ya el tiempo de la profesión, creyóse mejor, dado el estado del joven, diferir la emisión de sus votos. No vaya a creerse por eso que su noviciado dejase algo que desear, ni que mereciese por culpa suya una sanción de tanta gravedad. Los testimonios de su Padre Maestro acreditan todo lo contrario. Esta medida preventiva no fué

tomada tampoco porque se abrigase la menor duda acerca de las verdaderas disposiciones del novicio: temerario sería suponerlo. Fué simplemente obra de sabiduría y prudencia por parte de los superiores; compasión por el desquiciamiento moral de Celestino; temor de violentar una naturaleza que se veía disputada de un lado por el naturalismo y el demonio, y por la gracia, de otro. Una orden intempestiva podría traer consigo un repentino desvarío, quién sabe si un escándalo irremediable. ¡Ay, cuesta tan poco cometer una locura! Pero el buen sentido del Padre Desurmont previno tales consecuencias, y juzgó más prudente contemporizar, esperando que la amena y más activa vida de estudiante volvería a aquella alma convulsiva la paz y la tranquilidad. Sin embargo, tan anormal situación debía prolongarse todavía dos años más.

Se había fijado su partida de San Nicolás para el día siguiente de aquél en que terminaba su noviciado; pero fué imposible hacerle tomar el tren en tan lastimoso estado. Transcurrió el día entre lágrimas y sollozos, sin que las consoladoras visitas de sus cohermanos pudieran mitigar su dolor, ni enjugar sus lágrimas. «Lo que más me trastorna, decía, no es tanto la dilación de mis votos, sino el sentimiento de que dejo ahora para siempre padres, amigos, porvenir, todo mi ser». Como vemos, el árbol continuaba asido todavía al mundo con sus más hondas raíces.

La noche, no obstante, derramó algún bálsamo en su herida. Los superiores, siempre tan condescendientes para con la debilidad, quisieron dulcificar la amargura del novicio, y, con este objeto, llevólo el P. Lorraín a Crevic a despedirse de su familia. Tan

delicada atención del P. Desurmont, unida a las alentadoras palabras de su madre, reanimaron una vez más el valor del joven, y ya, con el pecho menos oprimido, embarcóse al día siguiente para Téterchen, el 23 de Mayo de 1867.

El R. P. Rose y los estudiantes recibiéronlo con los brazos abiertos y con la más fraternal caridad, comenzando el recién llegado, sin pérdida de tiempo, el estudio de la moral. No tardó en verse que el R. P. Provincial no se había engañado; la atmósfera científica de aquella casa disipó las nubes amontonadas sobre el alma del estudiante.

Sin embargo, aquel horizonte obscurecióse de nuevo con la perspectiva de la profesión fijada para el mes de Setiembre. Es verdaderamente extraño que amando con todo su corazón la obra de San Alfonso, estimando su vocación por sobre todas las cosas y no aspirando sino a conocer y seguir la voluntad de Dios, haya experimentado semejantes terrores y vacilaciones antes de consumar su holocausto e ingresar en el Instituto destinado a ser su arca de salvación. Debemos ver en todo ello una prueba de Dios y una tentación del infierno, pero a la vez un exceso de pusilanimidad y un temor exagerado de no poder satisfacer todas las exigencias de la vocación de Redentorista. Su madre tuvo noticia de estas nuevas vacilaciones por los Padres de San Nicolás. Inmediatamente, no consultando sino su fe y corazón, escribióle: «Hemos sabido, querido hijo, que no te atreves a hacer tu profesión. Y ¿por qué? ¿Habrás puesto, por ventura, la mano al arado sólo para volver atrás? ¡Ay! no seas indigno de Nuestro Señor! Él te llama; no hagas, pues,

caso de aquel horrible demonio que te persigue desde tu nacimiento. Por lo que a nosotros toca, no te inquietes. Una vez más te lo digo, Dios no falta a los que le sirven, y la prueba es que nuestras cosechas son ahora magníficas. ¡Adelante, pues, con toda confianza y generosidad!»

La voz maternal hízole impresión; pero en semejante caso sólo la obediencia ciega podía llevar las cosas a un feliz desenlace. Aquí también el P. Desurmont reveló su profundo conocimiento del corazón humano. De acuerdo con sus consultores, llamó a su presencia a su infeliz protegido y le hizo redactar una carta al Reverendísimo Padre Mauron. Era una exposición completa de sus disposiciones. Por un lado, su admiración, su amor al Instituto alfonsiano y, por otro, sus aprehensiones y turbación al recuerdo de su indignidad e incapacidad. «Me pongo enteramente en vuestras manos, concluía diciendo. Si la voz de la obediencia me ordena hacer los votos, me someteré ciegamente; si nó, estoy pronto para seguir cualquier línea de conducta que me fuere trazada». Este humilde abandono fué considerado en Roma como señal de vocación innegable y preciosa. La respuesta fué un mandato paternal de hacer profesión antes del nuevo año.

En el intervalo, el demonio comenzó de nuevo a dar vueltas en torno de aquella alma: tentaciones delicadas, repugnancia a la oración, disgusto de la vida religiosa y apostólica, nada omitió para trastornar aquel corazón y obtener el triunfo. Pero la Santísima Virgen velaba siempre por su hijo, rodeando de auxilios y defensores a su protegido. El R. P. Desurmont, el P. Monniot y los novicios todos unían sus oraciones

por él; su hermana Alicia hizo una peregrinación por sus intenciones a la tumba de San Pedro Fourrier: era una verdadera batalla, cuya disputada presa no era otra que aquella vocación.

Llegó, por fin, Diciembre y el estudiante recibió orden de entrar a retiro. «Mi único consuelo entonces, decía, era lustrar el calzado de los estudiantes, cuando, a su vuelta de paseo, lo dejaban secando en una pieza destinada para ese objeto». He ahí, en verdad, a Liégey de cuerpo entero, uniendo la humildad a la caridad para olvidarse un momento de sí mismo.

Hizo los votos en este estado, como verdadera víctima inmolada al pie de los altares.

Una vez terminado el estudio de la teología moral, según el tenor de nuestras Reglas, repasó todas las materias eclesiásticas aprendidas en el seminario. Agotóse con aquel último y gran esfuerzo y, uniéndose a la fatiga intelectual la laxitud moral, debilitóse su salud y volvióse seco como palo. Sin embargo, cuidados inteligentes y minuciosos lograron reponerlo muy pronto, tanto que pudo tomar parte en el retiro de los ordenandos.

Aquí, nuevos terrores, a la vista de la sublimidad sacerdotal. ¿Eran estos originados por escrúpulos, por delicadeza de conciencia, pusilanimidad, o simplemente por una exagerada humildad? Nadie podría decirlo. Dirigióse en estas circunstancias al Padre prefecto de los estudiantes, confióle sus temores y terminó su arenga con la súplica de que le fuese permitido quedar de hermano lego. La orden formal de continuar su retiro fué la única y prudente respuesta de su director. Estaba escrito que no le sería dado llegar a punto alguno

culminante de su vida sin hallarse como remontado en las nubes. Los días 26, 27 y 28 de Agosto recibió las tres sagradas órdenes, partiendo inmediatamente para San Nicolás, en donde, según una determinación llena de delicadeza del P. Desurmont, debía cantar su primera misa en presencia de sus padres.

A la vuelta de la iglesia, su padre, ahogando sus antiguos pesares, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: «He visto a mi Celestino en el altar; ahora puede Dios llevarme cuando sea de su agrado!» No sabía ¡ay! que Dios le hacía ya señas para que dejase la tierra y lo siguiese al cielo.

En cuanto al nuevo sacerdote, no podía terminar su acción de gracias. Repasando en su memoria, el encadenamiento de los hechos que lo habían llevado hasta el altar, no hallaba palabras para expresar a Nuestro Señor su admiración y agradecimiento. Hacía sólo 14 años, formaba parte de un grupo de jóvenes que estudiaban las declinaciones latinas en el curato de Crevic, resueltos todos ellos a abrazar el sacerdocio, y ¿cuál había sido su destino? Solamente Celestino había tomado en sus manos el cáliz de salvación. De sus amigos de entonces, uno había muerto de tifus al cabo de pocos meses; otro había preferido la sotana de los hermanos conversos en una cartuja; el hijo del institutor llevaba una vida de aventuras que debía por fin terminar en el jergón de la prisión; por fin, el hijo del alcalde se había casado; pero, renegado después por su propio hijo, devorado por los remordimientos, terminaría también su vida en el camistrajo de un hospicio. Asi pués, habían sido todos ellos rechazados; y el menos aventajado de todos había sido el escogido

por Dios, y conducido por el camino de la vida religiosa hasta el Tabor.

«Si yo me hubiese quedado en el mundo, decía abrazando a su madre, jamás habría tenido valor para subir las gradas del altar». Después de haber sido testigos de sus zozobras, a las que solo la obediencia logró dominar, podemos dar fe a sus palabras. Pero Nuestro Señor, que quería hacer de él un vaso de elección y un operario de su viña; la Santísima Virgen que deseaba consagrarlo apóstol de su culto, y San Alfonso, que le solicitaba para enrolarlo bajo su bandera, dispusieron tan bien los acontecimientos, que él se vió impelido y llevado hacia el sacerdocio, como una planta arrancada de la ribera y arrastrada por las aguas de un caudaloso río, acaba, tarde o temprano, por ser arrojada en el océano.

Su madre, por su parte, no cabía de dicha y reconocimiento. En su lenguaje sublime y candoroso a la vez, escribíale poco tiempo después: «Quiero recordarte que todos debemos orar e invocar a toda la corte celestial, a fin de alentarnos a imitar los santos, a arrostrar, como ellos, los obstáculos que se presenten en el camino de la vida, y a acabar, también como ellos, con una santa muerte. Desde aquella época en que Dios obró en tí grandes cosas, ¡cuántas acciones de gracias le debemos, tú especialmente! Te ha abierto la entrada a su viña, pero únicamente para que trabajes en ella como prudente y ardoroso operario. Te ha hecho subir las gradas de ia montaña santa, pero diciéndote que todo aquel que las sube debe tener el corazón y las manos sin mancha. ¡Qué el Espíritu Santo te inflame en su amor y multiplique para ti los preciosos

dones de su gracia! ¡Así se lo suplico con todo mi corazón. Amén!» ¿No se creería estar leyendo un página del melifluo obispo de Ginebra? Estas líneas salidas del corazón maternal, eran el tema de las meditaciones del hijo. ¿No son ellas verdaderamente el programa adecuado para un joven sacerdote del Santísimo Redentor, programa que se resume en tres palabras: ora, trabaja por las almas, hazte santo?

CAPÍTULO V.

Preparación al apostolado (1868-1870).

Al día siguiente de su primera misa, el joven sacerdote fué enviado a Contamine, en donde el R. P. Hauger echaba los cimientos del jovenado, o escuela apostólica, aquella obra tan fértil en sólidas vocaciones religiosas. Regularmente, el recién llegado debía inmediatamente iniciarse en la predicación y demás funciones del misionero; pero la obediencia suspendió, durante algún tiempo, su preparación apostólica. Debió ocuparse primeramente en su examen de jurisdicción y en dilucidar sin tregua los dos tomos de la teología moral. Como distracción, nombrósele profesor de literatura, así que durante un año dividió su tiempo entre sus repasos y sus clases. Como autores antiguos estudiaba las obras de Tertuliano y San Juan Crisóstomo, pues aspiraba a la lógica del uno y a la elocuencia del otro. En Septiembre de 1869, afrontó el jurado que debía fallar sobre su ciencia de moralista. Expi-

dióse con honor, recibiendo su carta de jurisdicción juntamente con su itinerario: fijósele con residencia en Chateauroux, bajo el cayado del P. Lorrain.

Caía en buenas manos. Nadie de los que lo han conocido ignora que este último era el hombre de la más exacta y puntual observancia. En su discurso de instalación, había hecho a la comunidad esta declaración: «Ya sabéis por qué vengo a morar en medio de vosotros: vengo sólo a estudiar y practicar con vosotros todos, todas nuestras santas Reglas». Y todos recuerdan el santo rigor con que siguió e hizo ejecutar su programa: ¡con tal guía y tal maestro no había riesgo de extraviarse! Aquí reservaba Dios al P. Liégey un doloroso sacrificio. El 8 de Noviembre, a las 6 de la mañana, estaba en su mesa de trabajo, con el fuego de la inspiración en las mejillas, rimando una poesía para el día onomástico del P. Rector, cuando de improviso oye golpear a su puerta. Contesta en seguida y, como no se sintiese el menor movimiento, y los golpes continuasen, creyó se trataba de alguna chanza y lanzóse a sorprender al bromista. ¡Cuál no sería su admiración al hallar desierto el corredor e igualmente la pieza vecina, que era la del P. Dumortier, entonces en el oratorio! Desengañado y un tanto inquieto, vuelve a su pieza, pero esta vez óyense los golpes en la pared y sobre la mesa. Al mismo tiempo, profunda y desconocida tristeza invade su alma, quitándole todo ardor para el trabajo y tornando melancólica su musa. Vegetó así el resto del día, sin poder adivinar la causa de tan súbita congoja. Por la noche, apenas recogido y en el primer sueño, despiértase sobresaltado: en la puerta, en la ventana y sobre la mesa resuenan nuevos

golpes y una voz lo llama por su nombre. Frótase primero los ojos, creyéndose poseído de una pesadilla, vuélvese en el lecho y sigue durmiendo. Mas, la campana de levantarse sumióle de nuevo en profunda aflicción, la que le persiguió durante dos días consecutivos, como la sombra al cuerpo. De improviso, llámalo el P. Rector y dícele: «Hace tres días que tengo que darle



Padre del R. P. Pablo L.

una noticia.—Si es así, respondió el pobre huérfano, la sé, mi padre debe haber muerto.—¿Y quién se lo ha dicho a Ud.?—No sé;» y los sollozos ahogaron su voz. Desde entonces, ofrecióse a Dios como víctima expiatoria por el alma de su padre, multiplicando oraciones, ayunos y mortificaciones. Pues bien, ocho días después, hacia las ocho de la mañana, al volver a su celda, después de la misa, parecióle que una claridad

iluminaba las murallas de su pieza. Al mismo tiempo, la alegría tornaba a brillar en su alma como el sol que de repente rasga el velo de las nubes que lo ocultaba. Una carta de su madre hízole saber, poco después, que a aquella misma hora se había celebrado por el difunto un funeral a que era acreedor como cofrade de Ntra. Sra. del Carmen. De esto dedujo la feliz entrada de su padre en el cielo. Por lo demás, la muerte de éste había sido la de los predestinados. Había pasado sus últimos días en la iglesia. Ya enfermo, había continuado en su trabajo de sacristán, asistiendo a todas las misas y oficios de la octava de ánimas. Aquella meditación al pie del catafalco ¿no era por ventura una saludable preparación para la muerte para un hombre que día a día se sentía descender más y más a la tumba? Comenzó la enfermedad por una violenta tos, a la que siguió un resfrío. Pegado a la estufa, no desdobló más los diarios; síntoma grave para la familia. Sus labios, blancos y helados como escarcha, no sabían más que orar. Luego sobrevino, a intervalos, el delirio; pero, habituado a una vida tan laboriosa, el pobre enfermo no se resignaba a la cama. Advertido de que al día siguiente le traerían el santo viático, pasó toda la noche rezando: media hora después de esta comunión suprema, sin agonías ni dolores, su alma volaba hacia la comunión eterna. Toda la aldea siguió su ataúd y, por cierto que en aquel cortejo iría más de un angel. Toda su vida había pedido a la Virgen la gracia de una buena muerte, y la había obtenido. Un mes después, la viuda desolada escribía a su hijo: «Tengo fundadas esperanzas de que tu padre está en el cielo. Si me atreviese, te contaría que un pajarillo de varios colores vino

a cantar a mi ventana al día siguiente de la Presentación. No soy ni escrupulosa, ni supersticiosa, pero después de esto se me ha puesto en la cabeza que tu padre está ya dichoso. Yo no tengo la culpa de que me haya venido este pensamiento». Sea como fuere, esta coincidencia y gorjeo de la avecilla enjugó las lágrimas de la pobre mujer. Y con razón, pues no ignoraba seguramente que Dios, que por un vaso de agua dado a un pobre reserva una recompensa eterna, ha de coronar también el sacrificio de los padres que le dan a Él uno de sus hijos.

Por lo que hace a Celestino, esta bienaventurada muerte de su padre estimuló su fervor, consagrándose con nuevo ardor a la práctica de sus virtudes predilectas. Lo hemos visto distinguirse en su vida de estudiante por su humildad, su caridad, su piedad; en su nueva residencia, cultivará todavía aquellas tres flores y al calor de su amor a Dios apresurará su perfecta eflorescencia.

Apenas llegado a Chateauroux, entendióse primeramente con su Rector para ejercitarse en la humildad. A los ojos de San Alfonso, ésta forma el carácter propio de nuestro Instituto. «Nuestro fin, decía, es ser despreciados, vilipendiados y hacernos, a ejemplo de Jesucristo, el oprobio de los hombres y la abyección del pueblo. Si oyera yo a uno de mis súbditos hacerme una proposición que oliera a amor propio, creería ver a un condenado; y, si este espíritu de soberbia debiese introducirse alguna vez en la Congregación, ruego a Dios la destruya». Cuando el P. Liégey leyó estas terribles palabras, comenzó a temblar, recordando que su defecto dominante era el amor pro-

pio. Suplicó, pues, al P. Lorrain le indicase diariamente los medios de practicar la humildad. Y desde entonces se le vió como un hermano lego, barrer los corredores y el refectorio, servir de portero y rebajarse hasta los oficios más viles de la casa, santificándolos con el pensamiento del Hijo de Dios sirviendo en el taller de Nazaret y lavando los pies de sus discípulos en el Cenáculo de Jerusalén.

Por otra parte, el sangriento año de 1870 le proporcionó numerosas ocasiones de hacerse servidor del prójimo. El prójimo fueron para él en primer lugar, los movilizados del sur de Francia que, a su paso, alojaban en el convento. Luego después, los grupos de enfermos y heridos que, desde el ejército del Loira, refluían hasta las ambulancias de Chateauroux. Noventa de éstos llenaban habitualmente celdas y corredores del convento, convertidos en salas de hospital. La comunidad reservábase únicamente la capilla para pasar allí la noche. El P. Liégey, siempre uno de los primeros a la cabecera de nuestros pobres soldados, ofrecíales a la vez los auxilios religiosos y las pociones medicinales.

Después de la partida de las tropas, consagró todos sus cuidados al P. Humarque, ya ciego, y al P. Dumortier, atacado de viruela, contraída en su puesto de voluntario en las ambulancias.

Rezaba con ellos el breviario, acompañábalos en sus piezas, o durante sus paseos, prestándoles, en una palabra, todos aquellos pequeños servicios que los enfermos continua e imperiosamente necesitan y desean. Evidentemente, aquel oficio de enfermero, aunque abrazado por su libre voluntad, no se llevaba a cabo sin

que hiciese gran violencia a su altivo carácter y natural indolencia; pero él sabía de donde sacar fuerzas en los desfallecimientos. Sabemos todos que después de las grandes fatigas, nada hace reposar tanto como el baño: de igual manera, retemplaba él en las corrientes de la piedad su ya debilitado valor.

A ejemplo de los PP. Dron, Humarque y Dumortier, que, en aquellos tiempos de duelo, se hicieron practicantes y apóstoles de la piedad y del sacrificio, consagróse con el mayor ardor a la oración, y particularmente a orar por los pecadores. Además de los ejercicios tradicionales y de regla, cercenó al sueño el tiempo necesario para hacer una meditación suplementaria, la que ofreció a Dios en reparación de las blasfemias e impiedades del mundo entero, y confiesa él mismo haber recibido, en aquellas contemplaciones nocturnas, preciosas luces e innumerables gracias.

En Diciembre de 1869, hizo por primera vez las armas, bajo las órdenes del P. Lorrain en persona, en La Ferté Saint-Cyr, pequeña parroquia indiferente en la diócesis de Blois. Esta misión fué para él toda una revelación, como lo es una batalla para un conscripto que no ha recibido todavía el bautismo de fuego. No había asistido jamás a una misión. No es extraño, por tanto, que como quinto inexperto subiese al púlpito armado con todos sus recuerdos de literatura clásica; y, dando rienda suelta a su imaginación, se lanzase en frases tan floridas como caprichosas que desdecían de la sencillez apostólica. Con todo, su superior, siempre prudente, no le hizo observación alguna, pues esto habría podido ser para él causa de desaliento, tanto más, cuanto que varios de entre los oyentes ha-

bían elogiado al joven misionero. A pesar de todo, éste con su buen sentido adivinó el débil alcance de sus piezas apostólicas; y de vuelta a casa, consagróse a refundir instrucciones y sermones conformes a las sabias reglas de la retórica alfonsiana. Con este objeto, asocióse con el R. P. Dumortier, también conscripto de la elocuencia, pero de juicio más seguro y de imaginación más serena. Rico en razones y argumentos, era él quien forjaba y templaba el acero, después de lo cual, el P. Liégey pulíalo y dábale brillo. El primero ponía en ello su cabeza, el segundo su corazón.

Una hermosa mañana de Marzo de 1890, corrió a la celda de su vecino y amigo el P. Dumortier y, a quemarropa, con grandes ademanes y ojos centelleantes, gritóle: ¡Voy a partir a América! «Al mismo tiempo presentábale un papel. Tenemos en este momento a la vista aquella hoja, con la tinta ya pálida y amarillenta después de medio siglo de existencia. Aquí está consignado un sueño escrito inmediatamente después de haber dejado la cama, antes de la meditación de la mañana. El soñador reconoció en su sueño un aviso del cielo. ¿Engañábase? ¿Era víctima de una ilusión? Temeridad sería el afirmarlo. ¿Era provocado aquel sueño por las preocupaciones que agitaban entonces a la Provincia con motivo de las próximas fundaciones en el Nuevo Mundo? Es posible. El hecho es que en aquel mismo tiempo el P. Desurmont se hallaba en la cartuja. A pedido de García Moreno, iba a enviar al Ecuador los primeros Apóstoles redentoristas, entrevistos antes por San Alfonso en una visión profética. Antes de hacer su elección, a imi-

tación de Jesucristo, que se retiró al desierto antes de la elección de sus apóstoles, habíase encerrado en los solitarios claustros de San Bruno e imploraba desde hacía tres días las luces del cielo. El conocimiento de este hecho fué precisamente lo que dió al



R. P. Dumortier y Liégey

soñador la clave de su sueño, juntamente con la persuasión de que sería destinado a las misiones de ultramar. La realidad adaptóse perfectamente a su sueño. No sería por lo tanto extraño que este hubiese sido permitido por Dios para alentar y determinar a nuestro

héroe, como lo fué el sueño de Vito Curcio, el cual se veía en una elevadísima y escarpadísima montaña, cuya cima le era imposible alcanzar por sí solo cuando Alfonso de Ligorio le alargó la mano para ayudarle en la árdua ascensión, particularidad que resolvió su entrada en el Instituto recién fundado.

La infausta guerra había paralizado las misiones; la voz del cañón y los sollozos de la derrota ahogaban las voces apostólicas. Como la sangre corría todavía bajo las nubes de pólvora que cubrían los dos tercios de Francia, el R. P. Desurmont aprovechóse de la inactividad forzosa de sus misioneros para reunir a los más jóvenes de ellos para el segundo noviciado fijado en Téterchen. Encamináronse allí como pudieron por entre las ruinas de la guerra. Pero, ¡qué dolor para aquellas almas francesas al atravesar las llanuras en que nuestra bandera había sido vencida, humillada, hecha pedazos! De Metz a Téterchen, el campo estaba sembrado de túmulos, bajo los cuales vencedores y vencidos mezclaban sus huesos en la fraternidad de la muerte. ¡Cuántas veces viniéronle las lágrimas a los ojos, al ver, desde las ventanas del convento desfilar los regimientos prusianos con la banda de música a la cabeza y arrastrando, tras de sus columnas, interminables hileras de carretas que se encorvaban bajo el peso de los despojos tomados a nuestras ciudades y castillos! ¡Qué opresión de corazón para nuestro P. Liégey al entrar en su celda, cuyas murallas estaban manchadas todavía con la sangre de los heridos!

Treinta y seis Padres jóvenes hallábanse allí reunidos y, para perfeccionarse en las dos artes, espiritual y

oratoria, tenían a su cabeza a hombres tales como el R. P. Desurmont y los PP. Marc, Berthe, Boulangeot, todos ellos religiosos de eminente virtud, gran saber y experiencia profunda. Como siempre, el P. Liégey se atrajo las preferencias del P. Provincial, el cual no escaseaba los guadañazos a las floridas páginas del joven orador de Crevic. Menester es decir en alabanza suya que utilizó este tiempo de recogimiento para reavivar en su alma la vida interior, y forjar armas aptas para los combates contra el infierno. Cuatro son las virtudes que San Alfonso declaraba necesarias para que un redentorista pudiese santificarse y comunicar en seguida su santidad a los demás: humildad, obediencia, pobreza y mortificación. He ahí las cuatro ruedas que deben conducir a todas partes el celo apostólico de cada uno de nosotros. Sabedor de esto, nuestro apóstol en ciernes hizo nuevos esfuerzos para desarrollar en sí aquellas virtudes y, mediante ellas, estar preparado para lanzarse a la conquista de las almas.

El 15 de Octubre, día de Santa Teresa, se verificó la dispersión de los Padres del segundo noviciado. Designóse al P. Liégey el distrito de Contamine, como campo de acción. Puede decirse que se lanzó allí a todo vuelo: estaba tan impaciente por ensayarse en las misiones como el aguilucho por tentar su primer vuelo.

«Por lo demás, dice él mismo, debía pasar en aquella casa los cinco años mejores de mi vida, los más ricos en gracias y fervor». Estas palabras nos hacen congeturar que su alma había hallado, por fin, la paz. Dios se la había devuelto, sin duda, en consideración a sus esfuerzos para desarrollar las virtudes más queridas al Corazón de Nuestro Señor: la humildad que

se abisma, la caridad que soporta y se sacrifica, la piedad que enriquece. ¿Qué cuesta a Dios barrer las nubes de los corazones o las del cielo? Pero la vida activa no había dejado de tener parte en esta mudanza, menester es decirlo: había sacudido su alma y librádola de la tristeza, como el viento que agitando la hoja de los árboles la limpia del polvo a ella adherido. Pronto lo veremos en el trabajo. En las misiones de Contamine, será el mismo operario que encontraremos más tarde en su pleno desarrollo en América.—La cualidad característica de su apostolado será el celo ardiente, a menudo original, a las veces raro e intempestivo; pero en resumidas cuentas, celo bendecido por Dios y fértil en frutos de salvación para las almas, porque será siempre guiado por la recta intención y puesto bajo las bendiciones de la Santísima Virgen, patrona nata del P. Liégey.

CAPÍTULO VI.

Contamine (1870-76).

El joven misionero atravesó las puertas del convento de Contamine, rebosando de alegría el corazón. Todo lo atraía a aquel país encantador: la belleza de los parajes saboyanos, el aire purificado por los pinares, las simpatías del clero, la tranquilidad de la casa. La siempre delicada salud del Padre, por otra parte, necesitaba de la atmósfera vivificante de las montañas. La perspicacia del R. P. Desurmont habíaselo hecho adivinar, y con delicadeza se lo proporcionó para su beneficio.

Instalóse el viajero en su nueva celda, tan feliz como una abeja en su colmena. Y como ella también, trabajó libando en las vetustas flores de la biblioteca, para sacar de allí con qué fabricar una miel blanda y saludable para las almas enfermas que le confiara Dios por el mundo. Pero unió al trabajo la piedad, sabiendo aun hacer admirables sacrificios, cuando era necesario, para dejar a salvo sus prácticas de devoción diarias. Redentorista, imitaba al Redentor que dejaba el cepillo y el serrucho para la contemplación.

Su primer campo de apostolado fué la Saboya: «pueblo inteligente, dice él, ilustrado en materia de religión, almas de fe, pero un tantico duras». En los cuatro años consecutivos, de 1871 a 1874, predicó allí 69 misiones, todas ellas por lo general fructíferas, pues la semilla de la divina palabra caía en terreno bien preparado. No quiere decir esto que no tuviese también que luchar con uno que otro rincón pedregoso y breñoso. ¡Ay! Los obreros evangélicos, que van en pos de Nuestro Señor, encuentran en todas partes aquellas ciudades samaritanas que rehusan recibir a los enviados de Dios, y sobre las cuales se querría muchas veces, como Santiago y Juan, hacer llover fuego del cielo. Tal fué por ejemplo la aldea de L. F.

El 21 de Noviembre de 1874 encaminóse a ella el P. Liégey. Una niñita sirvióle de guía, a través de horribles montañas, azotadas por un cierzo glacial. Yertas las orejas y azuladas las manos, el viajero llegó al puente llamado «del diablo», lanzado sobre el vertiginoso precipicio que se extiende a lo largo de la meseta de la aldea. Es una espantosa garganta, en

donde, entre los desmoronamientos de un pico vecino, ruge el torrente y desaparece espumoso a cien metros de profundidad.

Ahora bien, este puente tenía una siniestra historia. Cuando se trabajaba en su construcción, una sección de obreros, todos ellos gente descreída del lugar, chillaban a más y mejor, mezclando, con las carcajadas, impiedades y blasfemias dignas de Satanás. Pasó por acaso un buen cristiano, uno de los poquísimos de aquellos parajes. Al oír los alegres horrores que vomitaban aquellos hombres, no pudo dejar de detenerse y decirles: «Amigos míos, la posición de Uds. es peligrosa, no deberían hablar de esta manera, al menos por temor a algún castigo de Dios». Una gran silba ahogó su voz: «¡Eh! ¡Vete al diablo con tu Dios!» ¡Ah! eran aquellos infelices los que impensadamente se habían de ir al diablo. En medio de sus gritos e insultos, el viajero prosiguió su camino sin volver atrás su cabeza; pero no había andado todavía diez pasos, cuando un horrible estrépito hizo resonar toda la garganta tras de él: el puente acababa de venirse al suelo. De los cinco más desvergonzados, tres yacían en el fondo del abismo aplastados, pulverizados. Un cuarto, que respiraba todavía, expiró en su trayecto al hospital. En cuanto al último, pasó en una cama del mismo lo restante de su miserable vida, dislocado y con los mayores dolores. Y este puente, llamado puente del diablo a causa del salvaje panorama que lo rodeaba, conservó su nombre con doble razón, ya que fué bautizado con la sangre de aquellos desgraciados adeptos de Satanás que, de la alegría terrestre, pasaron al llanto eterno.

Parece que aquel castigo, presente todavía en la memoria de todos, hubiera debido hacer mella en el espíritu de las poblaciones circunvecinas y abrirles los ojos a la fe. ¡Qué esperanzas! Nada ya al parecer podía reducir a aquellas almas estragadas que ya parecían de granito, bajo la larga influencia de la impiedad y el vicio. Por lo demás, no sólo el puente, sino todo el valle habría podido tomar con razón el nombre del diablo, pues éste había establecido allí su residencia, entrando en el cuerpo de dos inocentes niñitas de diez y doce años. Resuelto a tentar los exorcismos, el cura se proveyó de los permisos del obispo. En el sermón del domingo, recomendó ambas niñitas a las oraciones de los fieles, encaminándose en seguida hacia las posesas. En el curso del diálogo entre el sacerdote y el demonio, éste prorrumpió en injurias contra el prelado, que entonces recorría su diócesis administrando la Confirmación, y luego después contra la Misa y los Sacramentos. Pero, al fin, vencido por las oraciones de la Iglesia, viósele salir de la boca de las dos víctimas en forma de tres bocanadas de humo.

Predicar una misión en tal país, que estaba además en guerra abierta con el cura, era exponerse a predicar en desierto. Realmente fué así; el demonio ganó la partida y los Padres salieron de la aldea sacudiendo el polvo de sus zapatos, y meditando la terrible amenaza del divino Maestro: «Cuando no se os reciba, o no se escuchen vuestras palabras, salid de la casa, o de la ciudad: en verdad, os digo, habrá menos rigor para Sodoma y Gomorra en el día del juicio, que para aquella ciudad».

Afligidos, menos por este fracaso, que por el endurecimiento de aquel pueblo, los misioneros se encaminaron a la parroquia de L. C.

También por aquí había pasado Dios antes que sus apóstoles. Algunos años antes, vivía allí un facineroso, hijo de la revolución, el cual, en su juventud jacobina, había hecho fusilar a un sacerdote en Thonon. Bajo sus cabellos grises, conservaba todavía su antiguo odio contra la religión, ignorando esta sentencia promulgada por el Salvador: «Quien a espada mata, a espada morirá». Pero Dios tenía sus ojos fijos en el sacrílego asesino.

Un día, pasan por la aldea dos oficiales del ejército piamontés. En su paseo diario de rentista, nuestro hombre los encuentra e inmediatamente los convida a su casa, bajo pretexto de que uno de ellos es su antiguo camarada de colegio. Como los soldados siempre tienen sed, invitólos a beber una copa. Mas hé aquí que, sea por efecto del vino o del rencor, el ex-revolucionario comenzó a entonar diatribas contra los militares. «¿Cómo, exclama uno de éstos, nos invitas a tu mesa solo para armarnos querellas? — No las tengo contigo, responde su poco amable huésped, sino contra tu compañero. —¡Oh! ¿Se trata de mí? vociferó el otro oficial, levantándose. ¡Pues bien, sea! ¡Aguárdate!» Y diciendo estas palabras, saca su pistola, apunta al infelíz, dispara y le levanta la tapa de los sesos. Todo el mundo vió en este drama un justo castigo del cielo: ¡el fusilador del sacerdote había sido herido de bala en el corazón de medio a medio.

Aunque esta tragedia había ocurrido hacía ya algunos años, impresionaba todavía a la población, y real-

mente era la historia la más espantosa de las que se referían en la tertulia de las largas noches de invierno. Por este motivo, la misión fué seguida por todos con gran entusiasmo. Un milagro recompensó la fe y aumentó la confianza de aquella buena gente. Durante diez años, una mujer había tenido el infierno en su corazón: guardaba en él un pecado oculto de la adolescencia. Hacía cuarenta días, pedía a la Santísima Virgen fuerza para vencer por fin la falsa vergüenza y abrir de nuevo su alma, cerrada a las luces de la gracia, cuando comenzó la misión. Éste fué el golpe decisivo del cielo para aquella desdichada cristiana. María hízole hacer con la mayor facilidad del mundo una excelente confesión. Ahora bien, esta mujer era madre. Su hijo, joven todavía y atacado de una horrible epilepsia, sufría hasta 34 ataques a la semana. En el colmo de su desolación y siguiendo los consejos de los misioneros, la convertida resolvió solicitar la curación de su hijo de la misma que había curado su propia alma. Partió, pues, para la peregrinación de Ntra. Sra. de las Ermitas en Suiza. Caminaba sola, rezando, cuando he aquí que, de improviso, una voz llega a sus oídos: «¡Confianza, tu hijo sanará!» Vuelve extrañada la cabeza, pero no viendo a nadie allí, y creyéndose víctima de una ilusión de acústica, prosiguió su camino. Una vez concluídas sus devociones en el célebre santuario de la Virgen, ¡cuál no sería su alegría al hallar, a su vuelta, a su hijo completamente libre del mal! Desde el mismo momento preciso en que su madre había llegado al término de su peregrinación, el joven no había tenido una sola crisis. La noticia del milagro corrió de un extremo a otro de la ciudad, lo que despertó en todos los cora-

zones una devoción tan extraordinaria a la Sma. Virgen que no hubo en seguida una casa que no quisiese tener una imagen de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, como patrona del hogar y protectora de la familia.

Por otra parte, Dios se complacía en vengar a sus apóstoles con golpes de su diestra. En S. S., otra aldea impía de 600 almas, la indiferencia religiosa había llegado a tal extremo, que había hombres de 20 a 30 años que no habían hecho su primera comunión. Uno de los días de la misión, varios individuos, corifeos del libre pensamiento local, hallábanse de firme en la taberna. En esto, pasa por allí un amigo, buen cristiano a pesar de las burlas de sus compañeros. Uno de ellos interpélalo por la ventana: «¡Hola! ¡Hola! te pago un litro de licor si no vas a la misión!» La expresión hizo reír a los parroquianos del café. Por lo que hace al invitado, no respondió, pero Dios lo hizo por él: la víspera de la clausura de la misión, el malvado bromista caía muerto de un ataque de apoplejía fulminante.

En otro lugar, Dios demostró a todos que no es bueno dejar pasar el tiempo de la gracia. El alcalde de aquella comuna había seguido perfectamente los ejercicios de la misión: la semilla de la divina palabra había caído en su alma y germinado bajo la forma de buenas resoluciones. Desgraciadamente «la escasez de tierra vegetal les impidió crecer y producir la espiga llena y madura de la conversión». Conmovido por las predicaciones, este hombre retrocedió ante el difícil paso de la confesión. Ésta era, no obstante, para él la última solicitación del cielo. Aquel desgraciado, esclavo del respeto humano, no se aprovechó de esta gracia

suprema, y Dios lo trató como al rastrojo improductivo: poco tiempo después, la guadaña de la muerte sególo en los momentos mismos en que se sentaba a la mesa.

De esta manera favorecido en más de una circunstancia por las intervenciones de la Providencia divina, el P. Liégey se sacrificaba sin medida en el servicio de las almas. Desde sus primeras campañas, revelóse lo que le veremos ser en Chile, amigo e inventor de las grandes manifestaciones exteriores que impresionan los espíritus y cautivan las almas. Por eso, hallamos a nuestro misionero en el pueblo de S. S., en medio de andamios y velas, preparando la iluminación de la tarde. Fué esta un monumento luminoso en toda forma, elevado en honor de la Virgen, una verdadera apoteósis hecha de arabescos de luces en la que no entrarían menos de 80 kilos de velas. En la tarde de la clausura, nueva iluminación gigantesca: el campanario íntegro, de la base a la flecha, apareció cubierto de luces y dominando la aldea como una torre de llamas: habríase dicho en la noche, que innumerables estrellas, desprendidas del firmamento, habían ido a fijarse en toda la torre de la iglesia parroquial. Es que era grande la alegría que reinaba en aquella población, pues gozaba, después de su conversión, de aquella paz prometida, en otro tiempo, por los ángeles a los hombres de buena voluntad.

A una intervención de Dios, debíase también este éxito extraordinario. Antes de la misión, habíase cometido un robo en cierta familia, la cual llevada de superstición se había consultado con un adivino para conseguir de él la revelación del ladrón. Con sus ar-

tes diabólicas el brujo se lo dió a conocer, y al mismo tiempo le echó al culpable unas malas suertes. Arrastrando una vida miserable, cansóse éste con la vida, y una noche cuando volvía del pueblo vecino, donde había pasado el día en fiestas, bailes y regocijos, fuése al río en el cual se despeñó y ahogó como desesperado. Ahora bien, en la misma noche, la mujer del desgraciado estaba plácidamente dormida, cuando un ruido extraño la despertó de sobresalto. Al mismo tiempo abrióse la puerta del dormitorio, y en medio de las tinieblas alzóse una voz: «A fulano le devolverás tanta plata». Reconoció la esposa la voz de su marido que, por mandato de Dios, venía a dar a los vivos una lección de justicia y restitución. Ahora bien, algún tiempo después, otro de los lugareños vió en un insomnio una sombra que se le ponía delante al pie de la cama, y por tres veces le decía: «A ti también he robado ¿me perdonas?—¡Sí! respondió el campesino hundiéndose la cara en el ropaje del lecho. Por fin, en otra casa, y de noche también, habíanse oído asimismo golpes inexplicables, y de tal manera estos hechos habían conmovido los ánimos que todo el pueblo había acogido a los misioneros como a enviados del Señor, y buscado en los Sacramentos la paz de la conciencia y el perdón del pecado.

El año siguiente, 1875, el P. Liégey atravesó los Alpes con ocasión del jubileo. Ahí le tenemos en las dos vertientes que forman un pintoresco valle del Valais, cortado en dos por el pico de Arcinol, y cuya enorme boca se abre para arrojar un torrente en el Ródano. Predicó, en las aldeas suspendidas a la sombra de los alerces, una serie de ocho misiones, «a personas, dice,

de fe patriarcal, pero habituadas a ridículos cantos y con la manía de las reverencias». Esos sencillos habitantes de las montañas del Valais conservan todavía, bajo su antigua corteza, la sávia cristiana, que no puede degenerar en la solemne soledad de sus praderías, mecida como está por la voz del torrente y la algarabía de los ganados.

El P. Liégey imitaba en las misiones a los pescadores del Evangelio que, sentados en la playa, entresacaban el producto de su pesca. En la segunda pesca milagrosa, San Pedro sacó de su red 150 grandes peces. Si nuestro pescador de hombres no pudo entresacar otras tantas almas escogidas para ofrecerlas al Señor, su correspondencia atestigua que fueron varias las vocaciones religiosas que reunió en sus diez años de apostolado en Francia. Sólo mencionaremos una de ellas, la que debió de regocijar particularmente el corazón de San Alfonso, rogando al interesado nos perdone lo pongamos en escena. El 26 de Julio de 1875, el P. Liégey recibía un carta redactada en estos términos: «El grano, lanzado al acaso por su mano de amoroso discípulo de San Alfonso de Ligorio; ¿habrá, por ventura, atraído al palomar de Contamine-sur-Arve a una tierna tortolilla de Chambery? Dios lo sabe. Pero yo diré a Ud. lo que pasa. El «*veni sequere me* (ven y sígueme)», que trazó Ud. con lápiz en la primera página de su librito de piedad, destinado a mi hermano Francisco, ha sido oído.

«Ahora que se le ha abierto, por los tres meses de vacaciones, la jaula del seminario mayor, se va donde Ud. está, se le acerca y le pide hospitalidad, para inquirir de Ud. lo que vuestro Padre y Fundador

puede querer de él. ¿Tendría Ud. la bondad de darle albergue durante unos días, y de responder a las preguntas que le haga? Sé que su afabilidad no tiene tasa cuando se trata de una obra que interesa a la gloria de Dios». Esta carta era del Sr. abate León Bouchage. Como es fácil suponerlo, el P. Liégey recibió con los brazos abiertos «al tierno tortolillo de Chambery». Y forzoso nos es creer que el grano nuevo por él dado, fué del agrado del pajarillo, pues dos meses más tarde éste hacía decididamente su morada en el palomar. El 24 de Septiembre mudaba su plumaje de seminarista por el de novicio de San Alfonso, y al año siguiente inmolábase sobre el altar en el holocausto de la profesión religiosa. El P. Liégey estuvo siempre orgulloso de su tortolillo de escogida raza y hermoso plumaje, de su palomo mensajero que, con sus notables obras, ha llevado por doquiera los pensamientos de su inteligencia y el celo de su corazón.

En 1876, nuestro misionero lánzase a la conquista de las almas en la Bresse. Como se recordará, él mismo nos confesó haber recibido el Espíritu Santo 17 años después de la Confirmación; pues bien, esto ocurrió precisamente en este país de Gex. He aquí cómo refiere el hecho: «Enviado a C., pequeña parroquia no muy devota, para preparar a los niños para la primera comunión, tenía 80 de éstos en el Catecismo. Eran verdaderos diablillos, sin fe, imposibles de mantener quietos y que bailaban la zarabanda por sobre los bancos de la iglesia. En los momentos mismos de la Confirmación, reían en las barbas del obispo, el Illmo. señor Richard, recientemente consagrado. Lleno de dolor ante tan triste espectáculo, y más que todo por la pérdida de los dones

del Espíritu Santo, supliqué a N. Señor los concentrara en mi pobre alma. Sin duda, me los comunicó a manos llenas, pues durante toda la ceremonia, me sentí inundado de consuelos espirituales. Como él de los discípulos de Emaús, mi corazón ardía en mi pecho: ésta fué realmente mi Pentecostés, en los comienzos de mi carrera apostólica». Bajo la influencia de esta dulce presión divina, exclamó entonces como San Pablo: «Sea que viva, o muera, soy de Dios: ¿quién me separará de su amor?» Esta resolución absoluta de no abandonar jamás a Dios, ni su amor, le era necesaria, dado su carácter algo vario y mudable, para dejarlo firmemente anclado en el puerto de la perseverancia.

«Las abejas, refiere San Francisco de Sales, cuando se ven sorprendidas por el viento, toman piedrecillas para poder sostenerse en el aire, y resistir así más fácilmente a la agitación de la atmósfera: de igual manera, debemos nosotros tomar como contrapeso para nuestras almas la resolución de amar a Dios, cualesquiera que fuesen las vicisitudes, alegrías o penas de la vida». Nuestro P. Liégey experimentó la verdad de estas palabras. A este día de gracias y a la resolución de ser todo de Dios, atribuye su preservación y perseverancia en los asaltos subsiguientes que tuvo que soportar de parte de su propio corazón, o de ciertas creaturas, apasionadas unas y calumniadoras otras, que se le pusieron más tarde en el camino de la vida.

El lector se preguntará talvez si el héroe de esta historia era un gran misionero, lleno de aquella elocuencia que electriza a las multitudes y arrebata los entusiasmos. Sus antiguos compañeros de armas en Francia podrían decirlo. A no dudarlo, tenía no pocas

dotes oratorias; pero orador sublime o nó, el hecho es que, en las parroquias por él evangelizadas, dejaba una impresión duradera y vivaz; y las virtudes, que daban atractivo a su ministerio, embalsamaban, durante mucho tiempo después, las regiones por donde había pasado. Evidentemente, no en todas partes alcanzaba el mismo éxito. Hasta en la vida de los santos, el nivel del bien por ellos realizado dista mucho de ser igual. Formémonos, por tanto, una idea general del apostolado del P. Liégey en la madre patria, por las cartas que le escribía un cura en los dos años y medio que siguieron a la misión.

Estamos en S., en el país de Gex, durante aquella misma campaña apostólica de 1876. La región estaba lejos de ser de las mejores. La prueba está en aquel terrible sacrilegio, proeza de una horda de bandidos, que vistieron ridículamente una estatua de María, poniéndole en la cabeza un sombrero sacado de la basura, y a la espalda un cuévano cargado de piedras. Ahora también necesitando allí el apóstol de la prudencia de la serpiente y de la sencillez de la paloma, expidióse de tal manera, con tanto celo y con tal tino, que supo conquistarse las simpatías de casi toda la población. Por esto, meses después de su partida, el digno cura de S. le escribía lo que sigue: «No soy yo el único que deseo su vuelta, pues Ud. ha dejado el más precioso recuerdo en mi parroquia. Su paso por ella no realizó indudablemente todas las conversiones que Ud. deseaba; pero, a pesar de eso, el bien es palpable: ahora se reza mucho más. Me he asegurado de que, en muchas familias, la oración se hace en común, agregándose a ella por lo menos una decena del rosario. Siguiendo sus exhor-

taciones, muchas personas se han inscrito en la cofradía de Ntra. Sra. del Carmen y en la del rosario perpetuo. Pues bien, ¿no son éstos otros tantos medios de conservar el bien que Ud. ha hecho aquí? En cuanto a María, mi ama de llaves, experimenta cada vez mayor placer al recuerdo de "su buen Padre". Es un San Francisco de Sales, repite, tiene su dulzura, su bondad y todas aquellas cualidades que han hecho del obispo de Ginebra el más amable de los santos. Como ve Ud. por esto, si alguna vez, por la fuerza de las cosas, fuese Ud. llamado para el gobierno de una parroquia, la tendría Ud., por un escaso sueldo, como ama de llaves. No se inquiete, pues, si necesita este mueble indispensable en toda casa de cura».

Como se ve por esta carta, el sistema del P. Liégey en las misiones consistía en el celo y la dulzura. Éste fué también él de N. Señor y es él del buen sentido. Que no causen extrañeza, por tanto, los éxitos de nuestro misionero; pero, por otra parte, admirémosle, imaginando los esfuerzos que hubo de hacer para llegar a aquella dulzura que cautiva a las almas. Si él, que en otro tiempo se dominaba con trabajo, llegó a hacerse notar por la amenidad de sus maneras, es evidente que esto no pudo haber sido sino el resultado de una lucha larga, generosa, encarnizada, contra su defecto dominante.

¡No vaya a creerse ahora que este recuerdo dejado por él en S. fuese una pasajera llamarada de entusiasmo, cariño y gratitud! antes por el contrario: dos años y medio despues, no habían desaparecido todavía las huellas de su paso: «Ud. ha dejado aquí tan profundo surco, le escribía entonces el mismo cura, que su

nombre no se ha borrado, ni se borrará en mucho tiempo. Dos co-hermanos suyos han predicado sucesivamente en mi iglesia, ambos hombres de Dios y de gran piedad, ambos de admirable celo y de asiduo trabajo; sin embargo, no sé por qué, no han hecho lo que Ud., no han dejado tras sí la misma impresión. Una vez ya partidos de aquí, nadie ha vuelto a hablar de ellos, mientras que el nombre de Ud. está todavía en todos los labios, lo mismo que si acabara de irse. Todos hacen votos para que vuelva cuanto antes a evangelizarnos y edificarnos; bien puede, pues, Ud. creer que no ha favorecido a ingratos. En cuanto a mi buena de María, si quisiera repetir a Ud. todas las hermosas cosas que dice de Ud., no me bastaría una resma de papel».

Estos testimonios hacen por sí mismos el elogio de aquel a quien están dirigidos. Luego, según la famosa María, para ser un segundo Francisco de Sales, sólo faltaba a su "buen Padre" el don de milagros. No lo tenía, es verdad, pero Dios los obró por él en el mismo S.

Vivía, en la aldea, una familia originaria de Suiza, rica en tierras pero sobrado pobre en fe. No tenía el menor reparo en hacer trabajar a sus jornaleros el día domingo, y uno de éstos, durante la misa, ocupáronse la madre y sus dos hijas en vigilar la siega de sus praderas. ¡Desdichadas! ¡No sabían que Dios iba a hacer en ellas mismas terrible escarmiento! Hiriólas a las tres de una enfermedad, de la cual languideció una de ellas durante un año: era la más culpable, la que había ordenado el trabajo. Sin embargo, el castigo, si bien las conmovió, no les hizo abrir enteramente los ojos. La misión, tiempo de misericordia, acabó la obra comenzada por la justicia, y cuando el P. Liégey las

dejó, eran ya cristianas un tanto esforzadas y penitentes para ofrecer a Dios sus contínuos padecimientos en reparación de su pecado. Treinta meses después, el cura aseguraba todavía a aquél que las convirtiera, su constancia y resignación en los dolores de la expiación.

Por otra parte, a otros pecadores, que dejaron caer inútilmente la lluvia de gracias sobre sus almas, Dios les mandó castigos más terribles todavía, y estos de consecuencias eternas. «Varias personas que cerraron sus oídos a la voz de Dios, continúa el mismo cura, han comparecido ya al divino Tribunal. ¿Se acuerda Ud. de W. B., casado durante la misión? Libertino incorregible, se incendió dos veces. Fué menester, en verdad, a la justicia del cielo la llama de dos incendios, para purificar las abominaciones con que aquel hombre había manchado su casa. Pero no fué esto todo: algunos días después de su último siniestro, el miserable murió repentinamente. ¡No es verdad que Dios es terrible en su cólera para con los conculcadores de sus dones? Pero aun no basta. ¿Se acuerda Ud. del molinero? Murió como condenado. Yo lo visité durante su enfermedad: «Yo me río de sus historietas», me respondió al principio. Y, como yo lo exhortara a poner su confianza en la divina misericordia: «¡Nó, rugió, ya es demasiado tarde!» Y volviéndose hacia la pared, exhaló el último suspiro. La maldición de Dios pesaba verdaderamente, no sólo sobre él, sino también sobre su familia y sus bienes. Magnífica era su instalación de molinería, valía más de un millón de francos. Pués bien, después del triste y reciente fallecimiento del dueño, el molino ha mudado

ya cinco veces de propietario, pues todos han hallado, allí su ruina en un abrir y cerrar de ojos. Hoy día, se ofrecen por él 15,000 francos ¡una verdadera irrisión! Pero nadie se aventura a comprar ya un inmueble que devora las más sólidas fortunas. En cuanto al sobrino del molinero, tuvo también un fin lamentable. Digno de su tío, fué refractario a las gracias de la misión, y acaba de morir rehusando igualmente el auxilio de los sacramentos...

Después de la cuenta que le he dado de la parroquia ¿qué piensa Ud. de ello?»

¡Ay! el misionero había de pensar que la carta de su amigo era verdaderamente una terrible página del gran libro de la justicia. Pero su lectura le alentaría a la vez, viendo que Dios bendecía sus esfuerzos y trabajos y, llegado el caso, se hacía su auxiliar y vengador.

Un mes después de tan notable misión, el P. Liégey estaba en Saboya cuando recibió un nuevo itinerario: debía irse nuevamente a Chateauroux. Partió, no sin dolor, de aquel hermoso campo de batalla, en el cual tan denodadamente había luchado cuerpo a cuerpo con el enemigo de las almas, y en donde había recogido tan ricos trofeos para Jesucristo.

Paray-le-Monial hallábase a su paso y se detuvo en aquel sitio para decir Misa. Allí, profundamente recogido, imaginándose tener delante de sí al Sagrado Corazón, como la Beata Margarita María, repitió muchas veces, en forma de súplica, estas palabras de San Pablo: «Sentite in vobis quod et in Christo Jesu»: ¡Señor, animad mi corazón con los mismos sentimientos que animaron el Corazón de Cristo Jesús».

CAPÍTULO VII.

Chateauroux (1876-1880).

Cuando nuestro viajero penetró en el departamento del Indro, éste estaba todavía en efervescencia. Aquel 8 de Junio, Jorge Sand había muerto en su castillo de Nohant, y los funerales se habían celebrado la víspera. El acontecimiento costeaba el gasto de todas las conversaciones en el tren: «dejaba publicados más de cien volúmenes, decían los viajeros; era uno de los más grandes novelistas franceses; y los pobres, después de haberla bendecido por sus limosnas, la habían llevado sobre sus hombros al cementerio, rodeando su tumba millares de personas».

Mientras sus compañeros conversaban de esta manera, el Padre, solo, en un rincón, meditaba tristemente. Pensaba en los millares de almas que habían envenenado las impías y malsanas obras de la extinta; pensaba en el destino eterno de esta mujer, que, después de una vida sin religión, sin moralidad, sin arrepentimiento, había rehusado a un sacerdote el acceso a su lecho de muerte. Y, como en las almas interiores todo contribuye a realzar más y más su ideal, su corazón apostólico tomó de allí ocasión para renovarse en el espíritu de celo: "Más que nunca, repetía, es menester que trabaje y me sacrifique por la conversión de aquellos infelices que, con una venda en los ojos y coronados de rosas, bajan fatalmente al abismo de perdición."

La comunidad, con el P. Heyman a su cabeza, el cual desempeñaba el cargo de Rector, recibió al recién llegado con todas las demostraciones fraternales que, a Dios gracias, son tradicionales entre nosotros. Apenas instalado, debía consagrarse a su labor de misionero; pero ¿a qué podrían reducirse aquellos trabajos en esta provincia de Berry que, ayer no más, hacía una triunfal manifestación a los despojos de la impúdica novelista, y hoy devoraba todavía su fatal literatura? Indudablemente, para hacer florecer de nuevo la fe en aquel país de tan áridas almas habrían sido menester abundantes y periódicas lluvias de gracia, tales como caen durante las misiones; pero en aquella época, de las 1.300 parroquias de dicha provincia, eran evangelizadas sólo 20 al año. Cerrado, pues, este campo de acción a las actividades apostólicas, forzoso era que nuestros Padres se lanzasen a la conquista de otras almas. Por esto, encontramos al P. Liégey trabajando en Lorena durante los meses de verano, y los de invierno en Brie y Orléanais.

Estos dos períodos fueron cortados por una determinación del R. P. Desurmont. Este reunió en Avon a todos los Padres jóvenes que no tenían diez años de sacerdocio, y predicóles él mismo una corrida de ejercicios espirituales. Esto fué para nuestro héroe lo que un oasis en el desierto para el viajero: allí, a la sombra y en el recogimiento del retiro, refrigeróse en las fuentes de la gracia, cobrando nuevas fuerzas. Necesitaba de éstas, en verdad, para comenzar su apostolado en la Brie, primeramente a causa de la indiferencia de aquellas poblaciones, y luego también por el mismo sistema de misiones que era menester emplear allí.

En efecto, érale forzoso salir y trabajar solo; derogación evidentemente de nuestras Reglas y costumbres, pero medida justificada y aun impuesta por la carencia de ocupaciones. Porque, ¿para qué dejar dos Padres clavados en una aldea, durante tres semanas, cuando el término medio de las confesiones no alcanzaba a medio ciento? Sigámosle, pues, en su nuevo terreno.

Apenas llegado a una de aquellas localidades en que no asistían más de 20 personas a la Misa del Domingo, comenzaba por instalar con el mayor lujo posible el cuadro de N.ª S.ra del Perpetuo Socorro, tanto para su devoción personal, como para atractivo de la gente. En seguida, venían las visitas de invitación, paso delicado, más penoso aún a causa de la frialdad u hostilidad de las recepciones, y las distancias muchas veces considerables que era menester recorrer. Ingeniábase, en fin, en dar a las iluminaciones y otras ceremonias complementarias el mayor esplendor posible. Sin embargo, en muchos puntos eran vanos sus esfuerzos, los bancos de la iglesia quedaban vacíos; en estos casos, su corazón sentiría algo de la pena que sintió N. Señor, cuando el joven rico de Perea le volvió las espaldas para irse de nuevo a sus riquezas, o cuando sus discípulos lo dejaron solo en el huerto de los Olivos.

Para consolar su tristeza, ocupar sus largos momentos libres y, a pesar suyo, llevar a Dios aquellos cristianos pegados a la tierra, compuso pequeños diálogos sobre las principales objeciones contra la religión, sobre todo las que estaban más en boga en la localidad. Estas pequeñas tesis habladas y arregladas en forma amena y lenguaje sencillo, propio de la infan-

cia, hacíalas aprender a los niños del catecismo, y cuando éstos las sabían ya de memoria y eran capaces de recitarlas bien, invitaba a sus padres que fueran a oírlos a la iglesia. Lo que no alcanzaba en esas poblaciones la fe muerta, realizábalo el amor paternal, el que hacía acudir con gran entusiasmo a todos los habitantes de la Brie al lugar santo. Allí los jóvenes controversistas maravillaban a sus familias con su saber y aplomo; padres y madres aplaudían a sus pequeños prodigios; luego se entonaba algún cántico, con acompañamiento de algunas notas de armonio, y finalmente el Padre subía al púlpito aprovechándose de aquel auditorio, improvisado por la curiosidad humana y el orgullo de la sangre. Los días siguientes comenzábase de nuevo el mismo ejercicio, y si tantos esfuerzos no tenían por resultado sino algunas docenas de confesiones, el misionero podía por lo menos lisonjearse de haber arrojado, con sus estratagemas, en aquellas almas baldías, un grano de verdad cristiana, que pudiera más tarde germinar, crecer y madurar para el cielo.

Juntamente con los contratiempos y fracasos, venían a veces también las injurias. El discípulo no es más que el Maestro; desde el día en que N. Señor fué arrojado del ambón por los nazarenos, cuyos vicios fustigaba, sus discípulos debían esperar toda clase de afrentas e insultos. Esto mismo debía tocar en suerte al P. Liégey, como al común de los predicadores. Una tarde, después de uno de aquellos diálogos infantiles sobre la doctrina cristiana, habló del descanso dominical: «La violación de él por el trabajo innecesario, dijo, es una injuria hecha a Dios, porque es quitarle lo que de derecho le pertenece; ahora bien ¿sabéis qué

nombre se da a los que se adueñan de los bienes ajenos?» A estas palabras siguió primero un gran silencio, luego, un sordo murmullo recorrió los bancos del templo, y, por último precipitáronse fuera de la iglesia todos los hombres en tumulto: la idea de haber sido tratados de ladrones los sacaba de quicio. Formaron un *mitin* allí mismo, vociferando uno de los oradores: «¡El fraile nos ha llamado ladrones! ¡Esto es intolerable! es menester librarse de él a balazos!» Sin embargo aquella furia quedó en palabras: enfrióse la abrasada bilis de los más exaltados y la misión siguió como antes su curso.

El mayor obstáculo para las conversiones en aquellas regiones asoladas por la indiferencia, era el respeto humano: delante de una sonrisa o una pulla, los más firmes propósitos se venían al suelo, como un castillo de naipes con un papirote. Esto fué lo que ocurrió en una de las sucursales de una aldea que el Padre evangelizaba. Era ésta una aglomeración de 170 almas, con ideas religiosas relativamente en buen estado. Todas las tardes, a pesar de lo rigoroso de la estación, iba allí a pie por sendas y atajos. La asistencia era buena; hasta el alcalde, irreligioso menos por principios que por indolencia, asistía fielmente a todos los ejercicios de la misión. Sin embargo, había prohibido la confesión a su mujer y a sus hijos. En esto llegó la feria, siempre tan concurrida en Provins. El magistrado fué allá: feliz ausencia de que supieron aprovecharse los suyos para confesarse. En uno de tantos *restaurantes* de la ciudad, hallábase aquél sentado a la mesa departiendo con varios amigos. Hablábase como era natural de la feria y de la misión;

y, entre copa y copa, sus compañeros se burlaron de su asiduidad a las predicaciones, terminando su sátira con la expresión mágica que hace palidecer a todos los cristianos de falsa raza: «¡A tu salud, casta de beato!» El tiro ofendió al hombre en su flaco; levantóse y, como jabalí herido, volvióse a su casa resuelto a arremeterla con el primero que se le pusiese por delante. Justamente, un oficioso le refirió el paso dado por su familia. Al oírlo el desgraciado vió las estrellas. Entrando a su casa, fuése derecho hacia su mujer y, sin decirle una palabra, le dió una recia bofetada. Después de lo cual, hizo saber al misionero que, si volvía a poner los pies en su hogar le iría mal. En seguida fué a ver al institutor, y ambos personajes acordaron un plan destinado a hacer fracasar la misión. La misma noche, a las $8^{1}/_{2}$, el Padre se volvía de la sucursal a la parroquia cuando, de improviso, vió agitarse unas sombras tras de una cortina de setos, oyéndose luego los gritos: «¡Agárrenlo! ¡Agárrenlo!» mientras una verdadera lluvia de silbos y amenazas brotaban de todos los zarzales, como aullidos de lobos. Esta era la obra del demonio que impedía la obra de Dios. Desde entonces, el confesonario se vió absolutamente desierto, el temor a aquellos tiranuelos de aldea paralizó a las almas, como la mirada de las serpientes inmoviliza, fascinándolos, a los pajarillos de la selva.

En la diócesis de Orleáns, las cosas iban mejor. Las poblaciones rurales no se habían metalizado todavía; la escuela laica obligatoria no había sido inventada aún para envenenar en la infancia las fuentes de vida cristiana e ideal; por esto aquella buena gente sabía

hacer los mayores sacrificios para aprovecharse del paso del enviado de Dios. A la una de la mañana, los hombres de blusa, con el azadón al hombro, y las mujeres de vestido corto, golpeaban en las persianas de la casa parroquial llamando al misionero. Recibían en la iglesia el perdón que purifica y el Pan de los fuertes y, con alegre paso, bajo los primeros rayos del sol naciente, iban a sus surcos, sus prados, sus cepas de viñas. San Alfonso se estremecería sin duda, en el cielo, de santa alegría, pues realmente era para aquellos campesinos de alma sencilla y corazón recto para quienes había fundado su Instituto.

Un incidente, un tanto fortuito, enseñó al P. Liégey un medio adecuado de hacer presión sobre los corazones en las comarcas más rebeldes. En una parroquia, había retardado hasta la clausura de la misión la ceremonia de la consagración a María, haciéndola después, según su costumbre, con gran refuerzo de luces y elocuencia. «¿Ve Ud., señor? dijéronle algunos a la salida de la iglesia; si Ud. hubiese comenzado su misión con este hermoso sermón y esta espléndida ceremonia, se los habría ganado Ud. a todos». ¡Ay! ya era demasiado tarde, otros trabajos apostólicos lo llamaban a otra parte y, con gran pesar suyo, tuvo que alejarse, dejando en pie una cosecha de espigas casi maduras.

Sin embargo, tomó nota de la observación; y la experiencia le enseñó lo que su juventud apostólica ignoraba todavía.

En los alrededores de Provins recibió otra lección no menos provechosa. La población no era de las mejores, y el núcleo de fieles que seguían la misión,

estaban cómodamente sentados cada uno más o menos en su banca. Ahora bien, una noche llovía a chuzos; lo que enfrió todavía el fervor de los buenos. Sin embargo, se echaron las campanas a vuelo, como si todas las estrellas estuviesen brillando en el cielo; pero su sonido se perdió a través de las gotas de lluvia y de las ráfagas de viento. Únicamente ocho personas desafiaron el chaparrón. A la vista de tan mínimo auditorio, el Padre sintió caérsele los brazos, y exclamó: «Hermanos míos, la asistencia es tan reducida y el tiempo tan malo que esta noche seré muy breve y sólo os diré dos palabras». Entonces un joven se levantó y, con el buen sentido peculiar de aquella gente: — «Pero, señor, replicó, ya que nosotros hemos dado a Ud. esta prueba de buena voluntad viniendo a pesar de esta deshecha lluvia, ¿por qué no hacer, por nosotros ocho, lo que Ud. haría por un auditorio completo?—Tiene Ud. mucha razón, respondió el misionero, conmovido hasta las lágrimas; pues bien, vamos a comenzar como si fueseis ocho mil». Entonáronse cánticos, hubo iluminación, rosario y sermón, y todo el mundo quedó contento, menos el diablo. Sin saberlo talvez, el Padre acababa de imitar una vez más a San Francisco de Sales (decididamente la sirviente del cura tenía cada vez más razón). Se recordará quizás el hecho. Era también un día muy lluvioso. Simple sacerdote, el futuro obispo de Ginebra se encontró con un auditorio de siete personas. No obstante esto, predicóles con su unción ordinaria, lo que convirtió a un protestante. Entonces fué cuando pronunció aquellas palabras, consignadas después en sus obras, y que los predicadores no deberían nunca

olvidar: «La cifra de los oyentes me importa poco: juzgo mi sermón bastante fructífero si ha edificado a un solo individuo. Mis discursos han producido siempre mayores frutos de salvación sobre un puñado de fieles que en los grandes concursos de pueblo». El P. Liégey tuvo igual éxito: sus ocho oyentes volvieron a su casa edificados de la abnegación de su misionero, y más resueltos todavía a servir valerosamente a Dios.

Sin embargo, en ciertos puntos de la Brie, todos los esfuerzos y estratagemas del apostolado quedaban sin resultado: abnegación infatigable, ceremonias atrayentes, imagen y sermón de la Virgen, oraciones por los pecadores endurecidos, ejemplos terribles de la justicia divina, todo esto no hacía más impresión sobre ciertos corazones endurecidos que una bala de caucho sobre una placa de mármol.

En una parroquia, un habitante de la aldea había ido a hablar de negocios al P. Liégey. «Dígame, ¿asiste Ud. a la misión? preguntó éste al visitante.—No, señor, no hay cuidado por eso.—No obstante, Ud. tiene fe, Ud. reza». El hombre se encogió de hombros.—«¿Yo, rezar? vamos, ¿para qué sirve semejante cosa? Vea Ud., el hacendado de aquí cerca es beato, pues yo sé que va a Misa en las grandes solemnidades del año. Pues bien, acaso sus padrenuestros y genuflexiones de fanático han impedido que su granja se quemase? Si hubiese Dios, y en caso de que lo hubiese, si sirviesen para algo las oraciones, yo digo que no le habría acaecido semejante siniestro». Y diciendo estas palabras, aquel profundo pensador volvió los talones, engallándose como un triunfador en el Capitolio.

En otra parte, uno de los miembros del consejo de Fábrica, anciano de escasos cabellos y más escaso cerebro, acercóse una noche a nuestro misionero para quejarse del cura: «Es un manirroto, exclamó; figúrese Ud. que día y noche mantiene en la iglesia una lámpara encendida. Y ¿para qué? En el día, según me parece, hay bastante luz; y en la noche ¿acaso no hay nadie?» Pero inútil darle razones, es más testarudo que la mula del Papa. ¿No es esto derrochar el dinero por puro gusto?—Pero, no, amigo, respondió el Padre, lo que Ud. critica en su cura se hace en todos nuestros templos; una ley eclesiástica lo ordena así en honor de la presencia real de Nuestro Señor en la hostia del tabernáculo. En Roma las sacerdotisas ¿no mantenían acaso el fuego sagrado sobre el altar de la diosa Vesta?» A esto, el consejero, profundamente indignado, sacudió sus cabellos blancos, diciendo: «¡Ah! Ud. es joven todavía». Y sin más, le volvió la espalda.

Por lo demás, hasta los mismos niños, desde la edad de doce años, picábales ya el gusano de la impiedad. En una renovación de misión, nuestro apóstol quería poner a prueba a aquella juventud a la moderna. Ocho meses antes los había preparado para la primera Comunión. Díjoles, pues, en el catecismo de perseverancia: «Queridos amigos, mucho me agradaría veros a todos mañana en la sagrada Mesa, recibiendo piadosamente el cuerpo de Nuestro Señor. Pero sois libres, no obligo a nadie, pues, siendo la comunión cosa en extremo preciosa y delicada, sólo el amor de Dios debe inspiraros el deseo de ella. Si tenéis fe, si creéis en el Sacramento de la Eucaristía, no perdáis esta ocasión de acercaros a Dios y poseerlo de nuevo en vuestros

corazones. Desde ahora, me pongo a vuestra disposición en el confesonario». Inmediatamente después de decir estas palabras, prodújose una gran batahola: niños y niñas precipitáronse en desorden fuera de la iglesia corriendo por la plaza a gritos. Al día siguiente, el comulgatorio estaba desierto. Esta falta de fe y amor al Salvador, en aquellos niños de primera Comunión de la víspera, atravesó de dolor el alma del misionero y abatió profundamente su espíritu. Fué tal el desaliento que se apoderó de él, que acabó maquinalmente la misión, como un hipnotizado.

Tuvo, no obstante, dos consuelos inesperados. Dos pobres ancianos habían sido sordos, en tiempo de la misión anterior, a los llamamientos de la gracia. En fin, sintiendo que la muerte se acercaba, uno de ellos, octogenario, mandó llamar al Padre, el cual estaba agobiado de tristeza en la sacristía. Este voló a la cabecera del enfermo. Terminada la confesión, preguntó al patriarca: «¡Vamos, querido amigo! ¿qué cosa le ha solicitado y determinado a reconciliarse por fin con Dios?—¡Ah señor! respondió el anciano, ha sido un sermón sobre el juicio final que oí hace cosa de 63 años. Este formidable aparato de justicia me causó entonces tal espanto que, desde aquel lejano tiempo, he rezado todos los días un Padre Nuestro y un Ave María, para escapar a los rigores de esta audiencia universal». En efecto, gracias a esta conversión tardía, fruto de una insignificante devoción diaria, el anciano debía escapar a esos rigores que lo aterraban. Pero, menester es confesarlo: Dios había usado de longanimidad con aquel veterano; y es verdaderamente admirable que la misericordia divina dé tanto peso a

dos cortas oraciones para contrabalancear, durante dos tercios de siglo, a su divina Justicia. Una vez más, la Justicia y la Misericordia infinita habíanse abrazado en el corazón del pecador.

El otro anciano, más baldado todavía del alma que de los miembros, yacía en su camistrajo sin poder ir a la iglesia, para buscar allí las gracias de la misión: por eso mismo las gracias fueron hacia él. Por curiosidad, el enfermo preguntó a sus nietos lo que se decía en las predicaciones. «El padre fulmina anatemas contra el pecado», le respondieron las sonrosadas boquitas de los niños. A estas palabras, la rugosa frente del abuelo se volvió pensativa. Durante todo el día revolvió en su espíritu aquel sermón en cinco palabras, y luego, entre dos luces, envió repentinamente a buscar al misionero. Hizo confesión general, la que fué un tanto larga; pues, desde la edad de doce años, el infeliz guardaba en la conciencia un pecado que nunca había tenido valor para confesar en el divino Tribunal. «Vea Ud. Padre mío, exclamó al terminar, ¿quiere Ud. saber a qué debo mi conversión y mi dicha de hoy? A la Santísima Virgen. Desde el momento en que la falsa vergüenza me cerró la boca y me empujó al sacrilegio, he suplicado todos los días a María que me enviara, a mi lecho de muerte, un confesor; pero uno bueno, que supiese ganar mi confianza y ayudarme a descubrirle las úlceras de mi alma. Pues bien, me lo ha enviado!...» Y el dichoso convertido lloraba de alegría cubriendo con besos ardientes la mano del misionero. El cielo lloraba de júbilo también, pues es siempre cierto que la conversión de un pecador causa más alegría a los ángeles que la perseverancia de no-

venta y nueve justos. Y toda aquella dicha era obra de la Madre de misericordia que, quería probar, una vez más, que jamás se la invoca en vano, aunque no fuese sino con un Ave María.

Pero, si esta bondadosa Madre velaba por los veteranos del pecado, a causa de aquella migaja de devoción hacia ella, y los preservaba de la impenitencia final y del infierno, tenía, por otra parte, especial cuidado de su protegido, ya convertido en apóstol. Más de una vez arrancóle a una muerte poco menos que segura. Esto ocurrió en una clara tarde de Navidad, en el camino de Ginebra. Volvía de esta ciudad, en donde había predicado. Dos fogosos caballos tiraban el carruaje. De improviso, se desbocaron y, a pesar de los desesperados esfuerzos del cochero, lanzáronse a toda velocidad, ciegos, locos. Sacudida por tan horrible carrera, la calesa no tardó en darse vuelta en un foso, arrojando al viajero a cuatro metros, sobre la tierra del campo endurecida por los hielos invernales. Un grupo de campesinos que vieron de lejos el accidente, acudieron a su auxilio, creyendo encontrarlo con la cabeza o algún miembro hecho pedazos. Mas no había tal cosa. Su ángel lo había protegido y sostenido en su caída para amortiguar el golpe; de modo que quedaron pasmados los aldeanos al verle levantarse sano y salvo, sin siquiera el más leve rasguño, «tan fresco como un novio», dícenos él mismo. Con razón, atribuyó su salvación a la Sma. Virgen, a quién había invocado durante la vertiginosa carrera de los corceles.

Otras veces prestábale su Madre Santísima servicios, si no de tanta magnitud, al menos bastante im-

portantes, y siempre llenos de amorosa atención. Después de haber misionado en el Berry, la Sologne, la Touraine, debía volver a Chateauroux. Tomó el tren en París después de oscurecer; y, decidido a aprovecharse concienzudamente de la noche, a pesar del viaje, encomendóse a la Virgen y a su ángel de guarda. La consigna de ambos era hacerlo dormir hasta Chateauroux, y entonces no jugarle la mala partida de dejarle pasar la estación sin despertarle a tiempo. Poco después, nuestro hombre dormía a todo sueño, y el tren corría a todo escape. Toda la noche, uniéronse sin tregua los resoplidos de la locomotora y los ronquidos del viajero. Hacia las cinco de la mañana, el convoy se detuvo y nuestro dormilón, insensible, continuó su sueño, como si hubiese tragado todas las adormideras del mundo. Cerráronse luego las portezuelas de los vagones con los estrépitos tradicionales, el jefe de estación dió con su cornetilla la señal de partida, la locomotora pitó ruidosamente, y, en medio de aquella algazara, el viajero medio recostado sobre una banqueta, prosiguió sus ensueños impertérrito. Por fin, arrancó el tren. Esta vez parecía, en verdad, que la Sma. Virgen y el ángel de la guarda estaban cogidos en falta. ¡Nada de eso sin embargo! Pues al comenzar a ponerse en movimiento las ruedas, despierta sobresaltado este nuevo monje dormilón, émulo en dormideras del célebre fraile suizo que, para despabilarse, inventó cuatro aparatos que respectivamente repicaban, cantaban, lo golpeaban y lo botaban del lecho.

—¿En dónde estamos? pregunta nuestro mal despertado viajero al guardia de facción.

—En Chateauroux, responde éste dibujando su amable sonrisa de la mañana. De un salto, misionero y valija caen sobre el andén, mientras el convoy se marcha, meneándo de un lado a otro por el espacio la portezuela abierta del vagón.

En otra ocasión, el P. Liégey llega a la estación y se va derecho a la taquilla. Allí, imposible recordar el nombre de la estación, término de su viaje. Por más que escudriña su memoria con la ansiedad de un hambriento que escudriña su bolsillo, no halla el más pequeño vestigio de un recuerdo. ¿Qué hacer? Por una parte es imposible volver al convento y alcanzar la hora del tren; por otra, no partir aquel mismo día es faltar a la apertura de la misión ya anunciada. En este callejón sin salida, encomiéndase una vez más a la Santísima Virgen, y también, pues el caso urge, a todos los santos del cielo y a todas las almas del purgatorio: y, con la frente contraída, paséase a grandes pasos por la sala de espera, en la que ya resuenan los últimos llamamientos de los empleados. La partida parecía ya perdida, cuando una súbita inspiración atraviesa su imaginación. Pide al distribuidor de billetes una guía de ferrocarriles, ábrela al acaso, caen sus ojos sobre el nombre olvidado, toma su billete, corre al andén, y se cuela en el tren que ya se ponía en movimiento. Vuelto en sí, después de aquel éxodo en dos tiempos, no sabe cómo dar gracias al cielo por haberlo sacado con tanta prontitud de tan mal paso.

Estos pocos rasgos demuestran ya que Nuestro Señor y su Santísima Madre no perdían de vista a su apóstol, acompañándolo en todos sus trabajos y

largos viajes. Él tampoco los olvidaba y, a través de las llanuras de Francia, su corazón y su pensamiento permanecían en el cielo. Siempre que le era posible, visitaba los lugares de peregrinación que se encontraban en su camino o en el radio de su apostolado, feliz entonces con rehacer su temperamento espiritual en aquella atmósfera vivificante de fervor y piedad. En 1879, lo vemos, entre dos trenes, arrodillado delante de la gruta de Lurdes. «Pasé allí, nos refiere él, tres horas deliciosas; y pedí, a los pies de la Virgen, las tres virtudes a que siente mayor atractivo mi corazón: humildad, castidad, celo».

Estas tres palabras son, en efecto, el resumen de su vida de misionero.

Como ya sabemos, su defecto dominante era el orgullo, el cual, como el fuego, sólo quiere brillar, y el cual, también como él, quema si alguien se le acerca sin las debidas precauciones. Sus antiguos compañeros de estudios recuerdan todavía las ambiciones y arrebatos que señalaron su juventud. Pero veamos cómo en aquel período decenal de vida activa, continuó el combate contra su amor propio. Todas sus resoluciones de los retiros anuales mencionan la humildad, y la introducen en prácticas frecuentes y aun diarias: «Al levantarme, escribe, renovaré el propósito de aceptar con calma, más todavía, con alegría, todas las humillaciones posibles del día, y en la tarde las ofreceré en un ramillete a Nuestro Señor. No hablaré a los co-hermanos sino en tono suave y caritativo; no les rehusaré el menor servicio que pueda prestarles. En confesión y en el capítulo de culpas, emplearé los términos más adecuados para

humillarme. Todas las semanas, haré por lo menos una meditación sobre la humildad: y una de mis oraciones jaculatorias favoritas será la de San Juan de la Cruz: «*Domine, pati et contemni pro te:* dadme, Señor, padecimientos y desprecios». A menudo, repasaré en mi espíritu todos los motivos que tengo para humillarme delante de Dios y de mis co-hermanos. En fin, cada falta de alguna importancia contra la humildad, será castigada con una disciplina». Con semejantes resoluciones bien observadas, no es extraño que lograse dominar su carácter. Ahora bien, a estas resoluciones fué fiel toda su vida, pues sabía muy bien que, si Dios detesta el orgullo en todo hombre, lo aborrece mucho más todavía en el hombre apostólico.

Pero para llevar a cabo con vigor y constancia esta lucha contra sí mismo, fuéronle menester muchos esfuerzos y, por tanto, muchas gracias y otras tantas oraciones. Efectivamente, declaran sus contemporáneos que era profundamente piadoso, como lo atestiguan también todos sus papeles. Además de las prácticas tradicionales, consagraba cada día de la semana a una devoción particular. Las almas del purgatorio, el ángel de la guarda, San Antonio de Padua, San Alfonso, San José, cada uno de ellos tenía una letanía hebdomadaria de homenajes y súplicas. Como se sabe, en nuestros conventos, en los extremos de los corredores, se alza siempre un gran Crucifijo: esta era para el P. Liégey una ocasión de hacer una pequeña estación a los pies del Salvador, expresándole en un beso ardiente su amor a Dios y su arrepentimiento por sus faltas. Antes de penetrar en la capilla, deteníase en

la puerta para recogerse interiormente y reavivar su fe, preguntándose en presencia de quién iba a comparecer: y sólo entonces entraba y como un mendigo que va a pedir limosna, como el publicano que se golpeaba el pecho a la entrada del templo. En sus penas, en sus tentaciones, en sus melancolías, corría a arrodillarse ante el tabernáculo, o ante una estatua de María. En una palabra, la oración era la respiración de su vida: oraba para hacerse humilde, y su oración, humilde también, atravesaba las nubes hasta llegar a Dios, y no se retiraba hasta verse oída de Él.

Por otra parte, temía mucho por su virtud, cuya debilidad no se le ocultaba, y cuyos peligros había en más de una circunstancia palpado. No olvidaba que el precio del oro es nada comparado con un alma casta, y amaba, por esto, la pureza como a la niña de sus ojos. Vímoslo, niño de 8 años, consagrarla a la Reina de las vírgenes: joven, no aspiraba sino a ratificar este juramento. «¿Sabes, dijo en una ocasión a su hermana, en los primeros días de su noviciado, lo que más me atrae a la vida religiosa? Es poder ligarme con el voto perpetuo de castidad». Pero, cuanto más estimaba esta perla, tanto más temía empañarla o perderla. Su corazón era sensible, su imaginación ardiente, violentas las tentaciones, posibles todavía los peligros; rodeábase, por tanto, de todas las precauciones imaginables, pues sabía que el alma pura debe ser un jardín absolutamente cerrado, una fuente sellada. De allí provenía su devoción a María, espejo y fuente de inocencia; de allí, la obligación estricta que se había impuesto de andar continuamente con los ojos bajos y de no contraer con

persona alguna amistad puramente humana; de allí, su resolución de habituarse más y más a las mortificaciones corporales, siéndole, para esto, buenas todas las circunstancias. ¿Convidábalo un co-hermano a dar un paseo? aceptaba al punto el ofrecimiento, viendo en esto para él un triple provecho: el de prestar un servicio, el de contrariar su natural indolencia y él de enfrenar su ardor demasiado solícito por las composiciones apostólicas. Minuciosidades serán éstas; pero todo el que no quiere ir decayendo poco a poco, debe estimar en lo que valen todas estas pequeñeces. Con ramitas y pajillas fabrica el pajarillo su nido, y de pequeños actos de virtud hácese la santidad.

En cuanto a su celo, bien puede aplicársele el epíteto de devorador. ¿Hallábase encerrado en casa? No abandonaba la pluma sino para asistir al oratorio a horas fijas y diarias, a fin de rezar por la conversión de los pecadores. Una de sus resoluciones continuamente renovadas era, a imitación de San Alfonso, la de no perder un minuto de tiempo, para no privar a su ministerio de una sola partícula de las oraciones o del trabajo debidos a las almas. En misión, era infatigable, ideando mil medios para atraerse a las gentes al pie de la cátedra sagrada, y de ahí al confesonario. Júzguese si sería activo. Durante los cinco años que pasó en Contamine, además de las 80 misiones y retiros que predicó, pudo componer 140 sermones. ¡En 7 meses, de Noviembre de 1877 a Junio de 1878, subió al púlpito 268 veces! Esto es respetable, y revela, juntamente con una buena lengua y una sólida garganta, un celo a toda prueba. Es que había colocado su ideal a mucha altura, siendo su amor

a las almas parecido al del Apóstol: «¡Oh Dios mío! exclamaba, querría anunciar vuestra sagrada palabra á todos los hombres y en todas partes a la vez, haciéndome oír de un golpe en el mundo entero. Mi deseo sería llevar el universo en mi corazón para ofrecéroslo purificado, convertido, reconocido, dándoos toda la gloria que tenéis derecho a esperar de él. ¡Qué no pueda vivir mil años más, aunque me fuera preciso sacrificar diez siglos de mi paraíso, a fin de completar con mis trabajos y padecimientos la redención de las almas!» ¡Hermosos sentimientos! La simple lectura de ellos hace adivinar y comprender cuál era el resorte de aquella acción incesante, que no hallaba descanso sino en la piedad: era el amor a Dios.

Pero todo está unido en la vida humana: si el celo del P. Liégey era devorador e infatigable como el fuego, era también fructífero, porque ardía en un alma humilde. En un hermoso capítulo de la «Práctica de las virtudes», el Padre Bouchage, el tortolillo de Chambéry, cautivado por nuestro misionero, pregunta: «¿quién salva las almas, quién edifica, quién santifica? El humilde de corazón; y esto porque Dios se complace en fecundizar todas sus palabras, todas sus empresas; porque el que posee la humildad, atrae y cautiva a todo el mundo tanto como el orgullo retrae y escandaliza; porque el que es humilde de espíritu y de corazón está lleno de confianza en aquel Dios de quien se siente amado; por esto también, ningún fracaso lo desalienta, ningún obstáculo lo detiene: no se limita en su apostolado a ensayos tímidos y muertos antes de nacer, sino que intenta golpes poderosos, engendradores del bien; en fin, porque, no temiendo ser despreciado por el mundo, su

palabra, es independiente, vigorosa, irresistible y, como San Pablo, ríese de las críticas y de los aplausos de la multitud». He aquí, en resúmen, el secreto de los triunfos del P. Liégey en misión.

Por lo demás, para tener una línea de conducta a la altura de su vocación, no necesitaba sino volver a leer y meditar esta carta de su madre: «¡No te inquietes por nosotros! Sin duda estamos separados uno de otro, pero nuestros corazones están continuamente cerca y entrelazados; y, si se hace sentir el sacrificio, éste es más agradable a Dios, que así lo ha permitido; que esto sea para su mayor gloria y la salvación de las almas! En cuanto a ti, conserva la fe, la esperanza y la caridad. Pide los dones del Espíritu Santo, el discernimiento de las cosas, una profunda humildad, una gran devoción a la Santísima Virgen, a fin de seguir los ejemplos de tus primeros co-hermanos y de llevar a cabo, como ellos, la santa tarea que os está encomendada. ¡No seas para Dios un servidor inútil! Haz fructificar el talento que Dios te ha dado, que en tus manos dé el ciento por uno!»

En esta fructificación trabaja desde hace ya once años en aquel retazo de territorio francés; a ella consagrará luego sus labores en el suelo de América. Ya, según la doctrina y ejemplo de San Alfonso, su padre, su irascibilidad ha variado de objeto, pues no se ejercita a favor de un egoísmo ya poco menos que ahogado, sino contra los vicios, pecados y escándalos, para combatirlos en nombre de aquel Dios que, látigo en mano, arrojó a los mercaderes del templo. Su orgullo será únicamente la gloria de Dios y, si aun se arrebata y encoleriza, sólo será en la cátedra sagrada,

para lanzar invectivas contra todos aquellos hijos de Satanás, fariseos y saduceos modernos, a quienes el Salvador tan inexorablemente maldijo en otro tiempo. De suerte que la fogosidad de su carácter se ha tornado en celo. Más de una vez sin duda podría aplicársele la reprensión que N. Señor dirigió a Marta por su exceso de agitación y preocupaciones en muchas cosas; pero, al fin y al cabo, llegará a ser uno de aquellos servidores buenos y fieles a quienes, a causa de su cuidado en las cosas pequeñas se les confiará la atención de las grandes, y entrarán en el colmado y perfecto gozo de su Señor.

CAPÍTULO VIII.

De Valencia a Santiago (1880-1881).

Hacía cuatro años, el P. Liégey era miembro de la comunidad de Chateauroux. Así como N. Señor iba de la Judea a Samaria para sembrar en una y otra su divina palabra, él iba de su ciudad de residencia a Avon, evangelizando por turno aquellas dos provincias en que la fe yacía igualmente moribunda y ya a punto de extinguirse. Era éste un ministerio penoso y a menudo ingrato, y nuestro ardoroso apóstol preguntábase muchas veces cuánto tiempo labraría todavía aquellos terrenos baldíos, antes de ser enviado a otros más ricos y fértiles. El cielo proveyó a ello repentinamente, y por medios tan tristes como inesperados.

Grevy ocupaba entonces el sillón presidencial, y, rodeado de su corte de francmasones, elaboraba la primera ley de expulsiones. En el fondo de las logias, forjábanse ya las ganzúas y palancas para la violación legal de los conventos. En tal caso, la prudencia aconsejaba tomar algunas medidas de precaución, por lo que el R. P. Desurmont creyó más conveniente diseminar en otras casas los padres jóvenes de Chateauroux. En consecuencia, envióse al P. Liégey a Valencia de Francia, en donde el P. Parisot era rector. Esto sucedía en el otoño, tiempo de frutos para los árboles así como para las misiones. El recién llegado veía extenderse ante sí el Lyonnais, el Vivarais, la Provenza, vasto campo de labor, que sabía pagar los sudores de los obreros evangélicos con abundantes cosechas de almas.

Hacia fines de Octubre, trepaba solo la montaña que domina La-Salette y se instalaba en La-Mure, gran aldea suspendida sobre una meseta bastante elevada. Predicó su misión de renovación con gran entusiasmo, sus instrucciones fueron muy gustadas, su confesonario sitiado. Este éxito encantó de tal manera al bondadoso cura, que quería, a viva fuerza, a manera de reconocimiento y en prueba de su admiración, arrastrar a su misionero hasta N.ª S.ra de la Salette.

El corazón llevaba a este allí naturalmente, pero una triste previsión oscurecía su alma; algo le decía que allí, en la llanura, se verificaban escenas desgarradoras. Por esto, sacrificando la tan deseada peregrinación, bajó sin pérdida de tiempo a Grenoble. Allí supo por nuestras hermanas Redentoristas, la siniestra noticia de nuestras expulsiones. Nuestra casa de Valen-

cia había sido legalmente saqueada, como todos los demás conventos del país. Grande fué el dolor del Padre, no a causa del despotismo republicano e impío, que de esta manera lo dejaba en la calle como a tantos otros, sino porque su momentánea ausencia le había arrebatado la ocasión de participar con sus hermanos de las gloriosas vejaciones y envidiables afrentas de la persecución. Solamente él, por la fuerza de las cosas, no se había hallado allí. Pero, en medio de su desolación, aprovechóse de la oportunidad para humillarse una vez más: «¡Dios lo ha querido así, díjose, a causa de mi indignidad; yo no merecía el favor de ser perseguido y maltratado por Jesucristo!» Al menos, pudo tomar parte en las duras consecuencias del tiránico decreto, mudando su hábito de profesión por la sotana secular, y acomodándose en una pobre morada pegada al antiguo convento, casucha abandonada por las religiosas del abate Vigne... Pero, si la ley de proscripciones podía, por la fuerza, desalojar a los religiosos, érale más difícil amordazarlos; siguieron, pues, los trabajos apostólicos como si tal cosa. Era la historia del gorrión que, arrojado de su nido, va a piar más fuerte sobre el techo vecino.

Hacia la Pascua, encontramos al P. Liégey en una parroquia del Ardeche, graciosamente sentada a orillas del Ródano. Estaba en lo mejor de la misión, la cual anunciábase espléndida, realzada más todavía por la ceremonia de la bendición de la iglesia. El ardoroso apóstol trabajaba con todo su corazón, cuando recibió una carta timbrada con el sello provincial. «Mi querido Padre, escribíale el R. P. Desurmont, nuestros misioneros de Chile tienen abundantes cose-

chas, pero les faltan brazos para las santas faenas, y piden refuerzos. He pensado en Ud. Allá hará Ud. mucho bien. Prepárese Ud., la partida está fijada para el 20 de Julio. Ud. podrá pasar quince días al lado de su madre y de su hermana».

Esta comunicación lo dejó sorprendido, pensativo, estupefacto. Luego surgieron mil objeciones en su espíritu, como otros tantos escollos. ¡Ah! ¿Qué se había hecho ahora la antigua llama de entusiasmo que abrasaba su pequeño corazón de niño, y cuya fuerza lo impulsaba a franquear los mares para predicar a Jesucristo? Por el momento, guardando la carta en su cartera y las angustias en su corazón, continuó ardorosamente la misión, y el día de la bendición de la iglesia pronunció un hermoso sermón que se publicó en el diario de la diócesis.

Volvió al convento con todas sus perplejidades, e iba veinte veces al día delante del tabernáculo a suplicar a Dios le indicase lo que debía hacer. Mas, Dios no le respondía, como lo había hecho para San Pablo en el camino de Damasco, e indeciso todavía, tuvo que marcharse a Saint-Paul-en-Jarret, país de mineros de musculosos brazos y robusta fe.

Una noche, la Providencia cortó de un golpe sus dilaciones. Terminados ya los ejercicios de la misión, quedó la iglesia desierta. El Padre se aprovechó de esta soledad nocturna para hacer su Vía Crucis, mezclando los misterios de la Pasión con las angustias de su alma. Dios habló entonces a su corazón, haciendo que recordase en ese momento el sueño que, años antes, había tenido en Chateauroux, cuando se vió allende los mares, rodeado de gentes desamparadas cuyo vestido

pintoresco admiraba, y acogido por los mismos cohermanos que desde largo tiempo se habían embarcado para Chile. Este recuerdo fué una luz celestial que iluminó la noche de sus dudas, e hizo que contestase al día siguiente al R. P. Desurmont. Dividíase la carta en dos partes: en la primera, exponía humildemente, como lo indican nuestras Reglas, todas las razones que parecían contrarias a la expatriación; y en la segunda, protestaba de su perfecta sumisión y de su único deseo de seguir la divina voluntad. La gracia había triunfado una vez más en él de la naturaleza, y lo dejó preparado de antemano para tomar cualquier rumbo que el dedo de Dios le indicara.

Al sermón de clausura y a los adioses acostumbrados que terminan la misión, agregó esta simple frase: «Y ahora, ¡adiós para siempre! En algunas semanas más, me embarco para América; acordaos del pobre desterrado que parte para morir en las lejanas playas de Chile!» A estas palabras, prodújose un movimiento en el auditorio, primero de sorpresa, y luego, casi inmediatamente después, de indecible enternecimiento: todos lloraban. Terminada la última ceremonia, cuando la multitud se retiraba silenciosa y triste, un hombre siguió al Padre a la sacristía. Era uno de los consejeros municipales. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Sacó de su bolsillo una cartera y, tomando de ella unos cuantos billetes gordos, los entregó al misionero: «Tome Ud., díjole, esto es para los gastos del viaje». Luego después, llegó una joven, obrera en sedería, flor oculta y desconocida para los ojos del mundo; pero alma según Dios, una de estas en medio de las cuales encuentra el Señor sus delicias. Tenía en las

manos 400 francos, resultado de sus penosas y largas economías: «Yo no soy rica, dijo lagrimeando, he aquí toda mi fortuna; pero se la doy a Ud. con todo mi corazón». Y, dejándolos sobre un mueble, desapareció sollozando. Otras personas siguieron estos ejemplos de espontánea generosidad. ¿No es verdad que estos hechos, conmovedores hasta el extremo y del todo fran-



La casa paterna

ceses, prueban hasta que punto el P. Liégey se ganaba el corazón de las poblaciones por él evangelizadas?

Poco después fuése a Crevic, resuelto a ocultar a su madre y hermana el verdadero motivo de su visita, a fin de no envenenar con la tristeza las dos últimas semanas de reunión familiar. Pero Dios permitió que su secreto se traicionase por sí mismo. Una mañana, durante su ausencia, Alicia subió a la pieza de su hermano.

Sobre una silla estaba una sotana, cuyo entreabierto bolsillo dejaba asomar a medias una carta. Valiéndose de la excusa que le daba la familiaridad fraterna no menos que la curiosidad femenina, abrió el pliego: ¡era la obediencia y precepto escritos por el R. P. Desurmont! A su lectura, la joven palideció y dobló de nuevo el papel. Pero la señora Liégey lo había visto todo y quiso saber de qué se trataba: «No es nada», gimió Alicia. ¡Ay! su palidez y su voz traicionaban su emoción: por lo que fué menester confesarlo todo a su madre. Como el hijo solo dormía en la parroquial, después de su misa fué a desayunar a su casa como de costumbre. No notó los enrojecidos ojos ni las extenuadas facciones de su madre y hermana, que habían pasado la noche deshechas en amargo llanto. Pero el corazón maternal ya no podía más, y la pobre mujer se arrojó sobre Celestino, y, estrechándolo en sus brazos, exclamó bañándolo en sus lágrimas, y estremeciéndolo con sus sollozos: «¿Así, pues, vamos a separarnos para siempre? ¡Ah, no me lo niegues, sé que vas a partir para América!» Completamente desconcertado con tan repentina escena, el hijo no supo al principio qué contestar. Trató de fingir, pero Alicia le alargó la carta reveladora. Entonces comprendiólo todo, y, desprendiéndose del abrazo maternal, arrojóse de rodillas: «Recemos, dijo, con los brazos en cruz, 9 Padre Nuestros y 9 Ave Marías para obtener la resignación». Terminada la oración, trató de consolar a las dos mujeres, cuyo pecho se levantaba bajo la conmoción del dolor; mas, sin valor para presenciar más tiempo su desolación, abrazólas y dióles un adiós hasta el cielo.

De la Lorena, partió a Nimes y luego a Chalons, pequeña aldea meridional de 500 almas. Allí recibió una carta de su madre: «Era enteramente inútil, decía esta, querer ocultarme tu partida; pues, sábelo y nunca te olvides de ello, siempre que te han ocurrido cosas extraordinarias, he estado atormentada antes con penas y cuidados interiores. Ahora bien, hace quince días, he experimentado estas penas, las que me hicieron prever, a pesar de tus tapujos, que debía tratarse de algo grave. ¿Nos dices que hagamos este sacrificio con buena voluntad? Con toda mi alma lo hago, ciertamente, a despecho de la naturaleza que protesta y vierte sangre. Siete años antes de tu nacimiento, un mendigo, inspirado talvez por el demonio, me dijo que tendría un hijo religioso. Y siete años después, yo misma, inspirada quizás por el Espíritu Santo, en el momento mismo de tu nacimiento, te ofrecí a Dios y a la Santísima Virgen. Y «¿quieres que me arrepienta hoy de mi sacrificio? ¡Nó, nó! Si con sangre de mis venas Dios ha formado un pobre niño, a fin de conducirlo Él mismo por la mano, hasta las lejanas regiones en donde habrá de hacerle conocer, amar, servir y glorificar, es un goce para mí dejarlo partir; es también un orgullo para mí, repetir una vez más las palabras de la madre de Tomás de Cantorberi despidiéndose de su esposo: «Véte a la guerra santa, gozosa consiento en tu partida». Sí, querido hijo, vete a la conquista de las almas y que Dios te acompañe».

¡Qué hermoso lenguaje! ¡Cuán bien se armonizan el amor divino y el amor materno en aquel perfecto desasimiento y santa resignación! ¡Ah! si todas las madres de familia se asemejasen a ésta, no habría

tantos hijos descarriados que son desesperación para sus padres, peligro para la sociedad, dolor para la Iglesia y para Dios, alegría y ganancia para el infierno!

En Chalons, sus huéspedes eran un anciano cura y una anciana ama de llaves, dos corazones de oro, ocultos bajo las más humildes exterioridades, como dos perlas en un montón de tierra. La casa parroquial de la aldeita era poco menos que un chiribitil, el cura un pobre de solemnidad, la criada un harapo: allí, los melindrosos habrían tenido náuseas. El futuro apóstol de Chile acomodóse a todo, pensando que al otro lado del océano estarían las cosas quizás peores. La misión fué por lo demás excelente en resultados espirituales. Antes de despedirse del anciano sacerdote y su vieja ama de llaves, refirióles que estaba a punto de embarcarse para el Nuevo Mundo. Esta declaración tuvo un efecto mágico. Ambos ancianos levantaron primero los brazos al cielo, en seguida sacaron pañuelo, y luego, en medio de las lágrimas, hicieron una infinidad de preguntas relativas al viaje, al mar, a aquel lejano país. De improviso, el venerable pastor sale a cortos y precipitados pasitos enjugándose los ojos, súbese al desván y comienza a fabricar un frágil andamio de cajones y tablas; trépase sobre el dichoso montón, alcanza al techo y, de encima de la viga maestra, entre una nube de polvo, saca un vetusto y amarillento papel, envuelto en vendajes de telas de araña. Luego, terminado el descendimiento, pónelo todo en manos del Padre Liégey, atónito: ¡era un fajo que contenía una suma de dinero! Al mismo tiempo, la criada escarbaba en otro rincón, tiraba cajones, removía ropa blanca

sucia, y descubría otro envoltorio, el cual ocultaba también otro pequeño tesoro. Por más que el Padre se defendió (los viejos son porfiados, sobre todo cuando quieren hacer el bien), todo fué inútil: quieras que no, tuvo que aceptar y llevar consigo el doble regalo, economías amontonadas, centavo a centavo, por aquellos dos nobles corazones. Era toda su riqueza, la que, después de su muerte, debería convertirse en misas y sufragios por sus almas. Pero, confiando en la divina misericordia, prefirieron darlo todo al misionero de Dios. ¿No es éste un rasgo verdaderamente conmovedor de generosidad y espíritu de fe, mil veces superior a la la ficción de Filemon y Baucis?

En esta época, el R. P. Desurmont había reunido en San Marcelino, una docena de Padres, para predicarles el retiro y estrenar con ellos su preciosa obrita: «La Conversión cotidiana». Teniendo el P. Liégey un momento de reposo antes de embarcarse, fué invitado a aquel banquete espiritual. El calor era entonces sofocante, pero el fervor de las almas era más ardoroso todavía. Por otra parte, no estaban de más, para nuestro viajero, algunos días de ejercicios espirituales, pues, a pesar de la generosidad de su madre y de su propio sacrificio, venían todavía a estrellarse contra su corazón oleadas de dolor y tristeza. De allí envió a Crevic una carta llena de ternura y de adioses, y una encomienda postal repleta de golosinas, pues no olvidaba que la menor bagatela es un tesoro para los ojos y el corazón de una madre. Partió en seguida a Lurdes, para reunirse, a los pies de María, con los siete compañeros que lo aguardaban. Todos juntos imploraron y recibieron las bendiciones maternales de

la Inmaculada Concepción, y salió la caravana para Burdeos. De los veteranos que entonces partían a la conquista de las almas, más sublimes y denodados que Cristóbal Colón, sólo queda uno en la brecha. El «Iberia», buque de la Compañía inglesa, iba a llevar sobre las olas el grupo de nuestros apóstoles. El 30 de Julio, cuando la campana del vapor dió la señal de levar anclas, resonó como un tañido fúnebre en el corazón del P. Liégey. Su pensamiento estaba en la casa paterna, su alma se desgarraba al recuerdo de las dos mujeres dejadas por él allí solas, inconsolables: su madre cuya agonía no le sería dado aliviar con su presencia; su hermana, que quedaría entonces sin consuelo, sin apoyo, sin porvenir. Pensaba en estas cosas, con los ojos vueltos hacia la playa, cuando oye gritos desgarradores a su lado: era una joven, de elevada nobleza, que se arrojaba a los pies de una religiosa de la caridad, conjurándola con la voz de la desesperación que no se separase de ella para siempre. Ambas mujeres eran hermanas, y la mayor trataba, con sus lágrimas, de impedir la partida de la menor, que estaba todavía con el velo de novicia. La sirena cortó de improviso tan desoladora escena, y el bote viró de bordo. El P. Liégey, apoyado en los empalletados, miraba huír las costas de Francia, que no le sería dado volver a ver; y, cuando éstas hubieron desaparecido a las miradas, en el horizonte de las olas y de los cielos, retiróse a un rincón del vapor y volvió a leer las paternales palabras que el R. P. Desurmont le había escrito. Estaban en el reverso de una imagen que representaba al divino Salvador, conforme a una figura de barro cocido encontrada en la catacumba

de Santa Inés: «A mi querido P. Liégey. Parta contento y tranquilo, mi bondadoso Padre, y adhiérase con todo su corazón a este voto del todo providencial, que será, poco a poco, su paz y su dicha. Le prometo ser la providencia de su madre y hermana». Se ve por estas palabras que el P. Provincial conocía a su protegido, con sus debilidades y cuerdas sensibles. ¡Dios sabe cuántas veces el pasajero releyó estas líneas! En todo momento fueron un calmante para la fiebre de su corazón.

Por lo demás, otra consideración contribuyó a serenar su alma y su frente. Como se recordará, el P. Passerat hizo una vez esta predicción a un co-hermano, cuya vocación vacilaba sobre su base: «A pesar de los grandes peligros que amenazan su perseverancia, morirá en el Instituto, a causa de un gran sacrificio que tendrá Ud. que hacer en el curso de su vida apostólica». Ahora bien, este sacrificio fué precisamente, pocos años después, su partida a la América del Norte: aceptó el mandato a pesar de las repugnancias de la naturaleza y, gracias a esta abnegación, mereció morir fiel a sus juramentos. Este recuerdo, que acudía a menudo al espíritu del P. Liégey, contribuyó a devolverle la tranquilidad de alma; y, en cambio de su renuncia a la patria y a la familia, pidió a Dios la perseverancia y la muerte en la Congregación.

Más fuerte y más generosa que él, su madre habíale escrito ya: «Sin duda con el corazón lleno de dolor e inquietud, hemos seguido noche y día el vapor que te lleva hacia lejanos países; pero, a pesar de todo, estamos muy consoladas. Te recomendé mucho a las almas del purgatorio. Les dije que «armasen

todos sus ejércitos» para hacerte cortejo. Dios nos ha dado hasta ahora la gracia de soportar este gran sacrificio: ¡que él sea de su agrado! En cuanto a mí, bendigo a la Providencia, que saca del fango y del polvo al pequeño y al pobre, para hacer de él el objeto de sus adorables designios. Tú has comprendido la misión que Dios te ha reservado, y no has resistido a la gracia: sé por siempre fiel a ella, pues ella te bastará en todas circunstancias, como a San Pablo. Te felicito por tu valor, aunque, al decirte esto, siento yo que el corazón se me destroza». ¡Feliz dolor aquel! Pues, si esta esforzada familia era de aquellas que «para seguir a Jesús odian a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hijas, a sus hermanos y hermanas, era por eso mismo digna del Maestro, y todos ellos merecían ser discípulos suyos».

Mas, la proa del navío continuaba hendiendo las olas. Un tanto repuesto de su emoción, el P. Liégey tomó la pluma para comenzar la relación de su viaje: ignoraba, por cierto, que tal relación debía ser leída en el sermón del domingo en Crevic, pues deja en ella correr su pluma a rienda suelta.

Comienza por un grito del corazón, resumen de todas sus luchas, de todas sus angustias: «¡Hénos aquí ya de viaje. Más de una vez, quieren acudir todavía las lágrimas a mis ojos, pero las reprimo. ¡Ah! ¿No he dejado, acaso, allá a una madre venerable, a una tierna y abnegada hermana, a hermanos sinceramente amados, a amigos y conocidos que, con su belleza de alma y generosidad de corazón, me han enseñado a sentirlos? ¿No he dejado también a Francia, abatida y humillada, sin duda, y devorada por los buitres

de la impiedad, pero que, a pesar de sus manchas, continuará siendo la más hermosa de las patrias? ¡Y es menester dejar todo aquello! ¡Oh Dios mío! ¡cuán duro es separarse de todo lo que se ama! ¡Sólo Vos, ciertamente, podéis impeler a tales sacrificios! Ni el amor al dinero, ni la sed de gloria podrían inducirnos a seguir adelante, sino únicamente Vos! ¡Boga, pues, gigantesco navío, semejante, con tus grandes mástiles, a las viejas catedrales de la edad media; boga, llévame a aquellas playas, en las cuales está también Dios, y en donde tantas almas nos aguardan! que sin nuestra ayuda rodarán por los abismos eternos!»

Y el navío bogaba, en efecto, atormentando con su hélice a las olas, ora azules, ora negras, imponentes siempre. Como de costumbre era aquel una verdadera arca de Noé, en donde se veían mezcladas todas las razas humanas. Era, a la vez, un múltiple convento, en el que rivalizaban en fervor con los siete Redentoristas, seis Hermanas de Caridad, cuatro de Picpus, y tres del Sagrado Corazón. La travesía fué la reproducción invariable de todos los viajes por mar: marsoplas que, jugueteando, seguían el bajel; peces volantes y aves viajeras que se precipitaban sobre la cubierta; ballenas lanzando a lo lejos sus chorros de agua; navíos encontrados en alta mar y saludándose entre sí con gallardetes; negros que se sumergían en busca de una moneda; fosforescencias nocturnas en la inmensidad del mar; y en fin como muestra, asomos de tempestad y mareos en diversas dosis. En esto último, el P. Liégey fué especialmente favorecido: en 33 días, 29 sufrió los consabidos vómitos, y algunos de ellos de sangre. Durante una semana entera, no

pudo digerir el menor alimento, ni siquiera una miga de pan. Vióse reducido a chupar manzanas, naranjas, limones: lo que, como era natural, le hizo perder hasta doce kilos de peso; de tal manera que su sotana, que en tierra parecía un tanto estrecha y ceñida, volvióse le floja y larga por todas partes, como la envoltura de una pelota desinflada. Y ¿cómo no, si la alimentación y el sueño habían para el infeliz pasajero caído en desuso? El camarote de los padres estaba contiguo a la pieza de las máquinas; fácilmente se adivinará que el incesante ronquido de los pistones no era muy a propósito para arrullar el sueño. Con este motivo, el P. Liégey pasaba las noches, como los gatos, casi en todas partes: sobre cubierta, en el salón, en la cámara, en cualquier rinconcito que le fuese menos incómodo. «Sin duda, decía, Dios me manda todos estos ayunos, vigilias y padecimientos en expiación de mis pecados en Europa. Quiere que pase mi purgatorio en el mar: ¡hágase su voluntad!»

Aunque por lo general, el mareo no es mortal, en esta ocasión causó el fallecimiento de un niño. Una jóven francesa iba a reunirse con su marido al Nuevo Mundo, llevando consigo a su nene de ocho meses. Éste fué atacado de mareo; pero viniéronle los vómitos con tal fuerza, que provocaron la ruptura de algunas venas internas, lo que le causó en dos días la muerte. El capitán, sabiendo que el niño era francés de nacimiento, y católico, hizo prevenir a los Padres, pidiéndoles presidiesen la ceremonia fúnebre. El maestro carpintero fabricó un ataúd, encantador en su lúgubre género. Envolvióse éste en una bandera tricolor y colocósele sobre cubierta. Toda la tripulación, de rigurosa etiqueta,

con la cabeza descubierta, rodeaba a los Padres y religiosas, y en último término se veía a la mayor parte de los pasajeros. Recitáronse las oraciones litúrgicas, sacerdotes y religiosas rociaron el ataúd con agua bendita, y luego dos marineros bajáronle lentamente, atado en el extremo de una cuerda, hasta flor de agua: entreabrióse la inmensa tumba y cerróse en seguida: «¡Encantador angelito! exclama aquí el P. Pablo, ¡qué importa el sitio en que esté tu cuerpo, si tu alma contempla el rostro de Dios y los esplendores del cielo! Vete y ora por nosotros, ora por los misioneros que continúan bogando para ir a conquistar almas a Jesucristo».

El 5 de Septiembre, los viajeros llegaron a Valparaíso, en donde los esperaba, en casa de los excelentes Padres de los SS. Corazones la más francesa, religiosa y fraternal de las hospitalidades. El Padre París, que los había recibido a su desembarco, los condujo al día siguiente a Santiago, en donde, apenas llegados, rezaron en la capilla un Te Deum de acción de gracias.

El P. Liégey dióse cuenta desde el principio de las dificultades de su nueva situación. En el bote, en las intermitencias del mareo, había aprendido los primeros rudimentos de la lengua española; pero al mismo tiempo había comprobado que una memoria de 40 años no tiene ya la prontitud y tenacidad de la juventud. Por otra parte, reconoció que su actual campo de apostolado exigía mayor dosis de humildad y sacrificio. En Francia, servíase del idioma materno, teniendo además un auditorio despierto y comunicativo, ventajas todas ellas que temía no hallar en muchas de

las regiones de su nueva patria. Empero, sacudió todas estas aprehensiones naturales, quizás un tanto humanas, y, recordando la vida pública del Salvador, en la que no todo fueron triunfos, resolvió, para vencer todas las dificultades posibles, consagrar a su nuevo ministerio apostólico toda su inteligencia, todo su tiempo, todo su corazón, toda su vida. Y Dios, en las playas chilenas como en las campiñas francesas, bendijo su ministerio y lo hizo extraordinariamente fecundo.



SEGUNDA PARTE

EN CHILE

CAPÍTULO I.

La sociedad de hombres (1883).

Los viajeros del "Iberia" dedicáronse inmediatamente al estudio del español, volviendo el P. Liégey con nuevo ardor a esta tarea de escolar, entre todas árida. En los momentos de tedio y desaliento, cobraba nuevos bríos con el deseo de iniciar cuanto antes su ministerio apostólico. Esta forzada inacción érale tan penosa como al conscripto el aprendizaje del manejo de las armas, cuando oye a lo lejos el fragor del combate sin serle dado tomar parte en él. Su celo no pudo resignarse mucho tiempo a tal inmovilidad, y tres meses después de su desembarco fué a predicar a las religiosas de San Vicente de Paúl. Ayudado por su memoria, expidióse con honor y alabanzas. Este éxito en sus principios dió mayor ensanche a sus aspiraciones, no tardando en pedir y obtener la facultad de confesar hombres. En aquellos tiempos de fe, estos acudían en gran número a buscar en el tribunal de la penitencia el perdón de sus faltas y la preservación de las recaídas.

El nuevo confesor ingeniábase por aquel entonces en comprender las locuciones populares, cosa que no siempre lograba, lo que daba lugar a chistosos equívocos. De esta manera, un día, después de confesar a uno de aquellos humildes, díjole éste a manera de consulta: «Padre pegué fuerte a mi Cruz: ¿qué deberé hacer ahora para reparar mi falta?—Pero, preguntóle el Padre, ¿Ud. le pegó por odio a Nuestro Señor?—No. —¿La rompería o deterioraría quizás en un momento de arrebato?—Tampoco.—Entonces ¿la pisoteó, la arrojó al fuego, que fué lo que hizo con ella?—Ella me insultó y yo le contesté con una bofetada.—¿Cómo, cómo exclamó el confesor admirado, su cruz le ha injuriado a Ud?—Sí, Padre. ¿No sabe Ud. entonces que esta cruz es mi mujer?—¡Ah! ¡Ésa es harina de otro costal! repuso el Padre riendo; en este caso, trate de todas maneras de moderar sus nervios; porque, si su mujer es una cruz, no es ni de palo ni de hierro!».

Ahora bien, esta multitud de penitentes, abandonados sólo a sí mismos y a su buena voluntad, captáronse a un mismo tiempo la atención, compasión y simpatías del P. Liégey. Su bondadoso corazón condolióse de aquel abandono espiritual que los exponía a tantos peligros y caídas, buscando sin pérdida de tiempo el medio de asegurarles sólidas garantías de preservación y perseverancia. Hallólo al punto, pues tenía el plan a la vista. Efectivamente, el P. Merges, superior de la casa, había concebido y realizado un proyecto de asociación piadosa para mujeres: «La súplica perpetua». ¿Por qué no hacer igual ensayo, en otra forma y sobre otra base, a favor de los artesanos de todos los oficios? Sometió su idea al R. P. Rector,

y éste la aprobó ampliamente, bendiciéndola con todo su corazón. Por lo demás, Dios mismo quería como encadenar al P. Liégey a la primera piedra de esta obra nueva y tan eminentemente apostólica.

Un día que iba por la ciudad en busca de un impresor, torcióse un pié al bajar descuidadamente de un carro. Arrebatado por un soplo de su entusiasmo, y sostenido por la energía de su voluntad, no hizo caso alguno del accidente, siguiendo sus correrías como si tal cosa; pero pagó caro esta nueva imprudencia. La hinchazón aumentó de tal manera y con tan alarmantes síntomas, que se llamaron sucesivamente cinco médicos para hacerle curaciones, viéndose obligado el pobre cojo a guardar cama durante un mes, y después a caminar con muletas o bastón cerca de dos años. Sin embargo, éstos no fueron perdidos para él; el estudio del español ocupó sus ocios, y el recogimiento santificó sus tedios. Además, llevaron al querido lisiado dos chinos paganos, deseosos de recibir el baustismo. Este era, a no dudarlo, un apostolado muy restringido para un celo que soñaba convertir el mundo; pero a falta de más, el Padre se consagró enteramente a aquellos dos hijos del Celeste Imperio que aspiraban al reino celestial. Hubo entre ellos un amable cambio de servicios: él cuidaba a ellos el alma y ellos a él el pie. Nadie ignora que los chinos son de nacimiento algo médicos y farmacéuticos: viendo éstos la inutilidad de los remedios de los más sabios doctores, prepararon en secreto para su catequista cataplasmas, en que entraban alcohol, raíces de ajenjo y pinochas, resultando el remedio eficaz. La desaparición de la torcedura, por una parte, y del pecado original,

por otra, tuvieron una feliz coincidencia. El día del bautismo hubo gran fiesta, haciéndose la iglesia estrecha para contener la multitud de piadosos fieles, atraídos por lo desacostumbrado de las ceremonias y de los catecúmenos.

En cuanto le fué posible moverse, ocupóse el P. Liégey en la Sociedad en proyecto. Es un hecho que en la población obrera, y particularmente en los países cálidos, el vicio reinante y capital es la embriaguez; siendo sus consecuencias naturales: la ruina de la religión, y el naufragio de las familias en la miseria y el embrutecimiento. Ahora bien, para sacar a las masas populares de aquel diluvio de alcohol, era menester hacerlas entrar en una asociación que fuese su arca de salvación. La base de la obra debía ser una promesa de temperancia, nó por cierto un juramento radical, a lo Cambrone, de no probar gota de licor por toda la vida (esto habría sido pedir demasiado y obtener con segurirad muy poco), sino al menos la palabra dada de no beber licores alcohólicos **"fuera del hogar y fuera de las comidas".** Determinado esto, el fundador púsose a la obra, en los suburbios, para formar aquella escogida legión de cristianos ejemplares; y el día de Pascua de 1883, hízose un llamamiento general a los hombres de buena voluntad. Doscientos dieron su nombre a la institución, y el domingo siguiente se efectuó la primera reunión general. El P. Merges explicó a su auditorio los tres fines de la asociación: temperancia cristiana, oraciones en común, socorros mutuos. Luego todos, con la mano levantada hacia el estandarte flamante de la Sociedad, prestaron el juramento requerido. Asegurábase además la

oración en común con las confesiones y comuniones generales en épocas fijas, y particularmente con las reuniones dominicales. El socorro mutuo, por último, consistía en la colecta libre de los domingos a favor de los enfermos, en la biblioteca puesta a disposición de los asociados, en las fiestas recreativas y gratuitas, y en el apoyo moral que resulta de un conjunto de hombres, avanzando uno al lado del otro, por el mismo camino, hacia el mismo fin.

¡En cuatro años, los socios alcanzaron a la cifra de 600! Pero, así como los soldados se fatigan luego con las marchas y maniobras si no se les sostiene con los acordes rítmicos de la música militar, de igual manera, era menester a esta joven falange de intrépidos cristianos algo que sostuviese su marcha, y marcase el paso a su ardoroso entusiasmo. El Padre pensó mucho en una banda, pero parecióle un tanto difícil su creación. Ahora bien, en aquellos tiempos, predicábase una misión en nuestra iglesia; y he aquí que una noche surgió de entre el auditorio un personaje desconocido, con uniforme de oficial. Era el capitán Necochea, valiente entre los valientes. En la guerra entre Chile y el Perú, una bala habíalo dejado fuera de combate. Tendido en el suelo, enrojecido con su sangre, continuó, no obstante, la lucha hasta que le sobrevinieron los síncopes uno tras otro. Siéndole ya imposible cargar las armas, aprovechaba aún sus momentos de lucidez para lanzar invectivas contra sus enemigos, quienes pasando por sobre su cuerpo, furiosos lo destrozaron a lanzadas y sablazos, dejándole al fin por muerto. Efectivamente, con sus catorce heridas, debía de haber sucumbido, en el campo del honor sin duda, pero sin

sacramentos, cosa que no podía permitir la Santísima Virgen. Fiel servidor de María, habíase encomendado a Ella; por tanto, no podía perecer sin recibir los auxilios de la religión. Sus entrañas, es verdad, yacían en el suelo, pero por un milagro de Ntra. Sra. que había amortiguado los golpes, no tenían la menor perforación. Sanó pues el glorioso soldado, y repuesto de sus horribles heridas, había ido a establecerse cerca de nuestra iglesia, para pagar más fácilmente su deuda de gratitud a María. Naturalmente, entró en la sociedad del P. Liégey y, músico distinguido, organizó una banda de 27 instrumentos, la que contribuyó no poco a realzar los coros, fiestas y procesiones de los asociados. ¡Cuán hermosos eran aquellos desfiles el día de Pascua, en número de 2,000 hombres, entre los cuales se distinguían con lucidez los 600 miembros de la Sociedad, divididos en tantos coros como eran los oficios de aquellos artesanos! Con la bandera a la cabeza, ondulando al soplo de los cánticos, y el escapulario de seda resplandeciendo sobre el pecho, avanzaban por las calles pasando por delante de las casas adornadas de guirnaldas, bajo arcos de triunfo, a la luz de fuegos de bengala, al son de vibrante música, llevando sobre sus hombros, o arrastrando sobre una carroza, las estatuas de María y de sus santos protectores. ¿No era esto para electrizar a los más refractarios a la corriente del entusiasmo? Todo el mundo aplaudía, por cierto, aquellas manifestaciones, todos, salvo... los taberneros! De pie en el umbral de la puerta, rechinaban los dientes a vista de aquellos obreros que desertaban del café por la iglesia, de la mesa del juego por la Mesa Sagrada. A veces en su

despecho llegaron hasta la persecución. Sus pullas, tan inmundas como el piso de sus tabernas, acosaban a los fieles socios; a veces aun, arrojábanlos al suelo, haciéndoles beber a la fuerza, para despertar en ellos el vicio, unos tragos de licor. ¡Tiempo perdido! Para aquellos valientes, el juramento hecho era un freno más poderoso que las mayores importunidades y tentaciones, y con pie firme seguían por el camino de la templanza sin desviarse a derecha o izquierda.

Esta obra produjo frutos admirables, pues no tardaron en verse ebrios consuetudinarios convertidos en verdaderos santos. S. Alfonso se alegró grandemente en su vida cuando supo que en Nápoles, por el ministerio de sus hijos, se hallaban cocheros santos: me imagino que en el cielo no menor hubo de ser su gozo al ver, en Santiago, a no pocos bebedores profesionales renunciar a sus excesos para abrazarse con la mortificación cristiana. Aquí tenemos, la declaracíón hecha por uno de ellos al P. Fallert: «Hace ya cuatro años que no han tocado mis labios licor alguno. Antes me corrompía en los malos hábitos y la miseria, y ahora con mis economías he podido comprar ya una casa, en donde mi familia y yo vivimos en el bienestar y la felicidad. ¡Y todo esto lo debo al P. Pablo Liégey!» Y ¡cuántos otros hablaban de la misma manera! Verdaderamente la moralidad florecía de nuevo en aquellos arrabales guarida antes de todo vicio, la paz volvía a los hogares, los niños frecuentaban menos la calle y más la escuela y el catequismo, las mujeres acudían en mayor número a la iglesia, los hombres mudaban sus andrajos por trajes de honrado bienestar, hasta el punto aun que algunos jornaleros aho-

rraban centenares de pesos al mes, suma que antes se sepultaba en la caja del tabernero. Unos adquirían una parcela de tierra, otros daban más ensanche a sus pequeños comercios, y todos vivían dichosos, asegurándose a la vez una muerte cristiana. ¡No hay para qué extrañarlo! Desde el momento que se agrupaban al rededor de la cruz que es el verdadero árbol de la vida, debían disfrutar de su benéfica sombra, y coger en ella, de las mismas manos del Salvador, los frutos de felicidad y gracia que allí maduran al calor de la caridad divina.

Pero, justo es decirlo, gracias a los celosos cuidados del P. Liégey, el más ardiente proselitismo reinaba en la sociedad. En 1884, dirigió a todos ellos una carta, para inducirlos a hacerse celadores y propagandistas de la obra. Era el tiempo de Pascua, época de la misión en nuestra iglesia. He ahí, pues, a todos los afiliados en campaña, uniendo su celo, elocuencia y amistad para lanzarse en busca de nuevos prosélitos. Trabajaron tan bien, que formaron un auditorio, cosa hasta entonces desconocida, de 1.200 a 1.500 hombres. Más de 800 tomaron parte en la comunión general, siendo tan enorme la afluencia de penitentes que la asiduidad de los confesores no pudo hacer frente al trabajo. ¿No es éste un resultado verdaderamente maravilloso y fecundo? Y, lo que es más y mejor, fué duradero: en 1886, sentáronse cerca de mil hombres al banquete eucarístico, para sacar de allí fuerzas para continuar, sin desfallecimientos, su viaje a través de la senda de la vida cristiana.

No quiere decir esto que todos los miembros de la piadosa asociación estuviesen confirmados en gra-

cia; si la mitad se mantenía firme en su juramento, la otra mitad, se tambaleaba a más y mejor, de cuando en cuando, por las calles. Sin embargo, a estos infieles advertíaseles: y a la tercera recaída, el delincuente se presentaba en la iglesia como pecador público; de rodillas, como penitente, en medio de todos, abrumado por la vergüenza, tenía que recibir los reproches de su director y la penitencia merecida, humillación saludable que sacó del funesto hábito a muchos reincidentes.

Como es fácil comprenderlo, el reconocimiento de aquellos buenos artesanos para con los Padres era muy grande, particularmente para su incansable fundador, reconocimiento que se manifestaba a veces con encantadora sencillez. Vióse, por ejemplo, a cada sección de la sociedad ofrecer al R. P. Superior regalos de sus propias obras: así el herrero le regaló una campanilla forjada con sus manos, el zapatero un par de zapatos hechos en su tiendecilla, el sastre un manteo cosido en su taller, el tendero y comerciante algunas mercaderías y dulces de su tienda; conmovedores rasgos que prueban que la abnegación y beneficios del P. Liégey no caían en terreno estéril e ingrato. Pero su mejor recompensa en la tierra, era ver su obra cada vez más próspera. En 1886, ciento cincuenta nuevos candidatos se presentaron para inscribirse en los registros de admisión. La víspera de las fiestas, los confesores estaban en su puesto desde las 5 de la mañana hasta las 10 de la noche. Era éste un trabajo abrumador, pero también ¡qué hermosa cosecha de almas purificadas ofrecían al Señor! ¡Qué alegría para aquellos corazones de apóstoles ver, al día siguiente,

demasiado estrecha la iglesia para contener a los convidados al banquete eucarístico!

La Eucaristía, Pan de los fuertes, era en verdad necesaria a aquellos hombres para sostener y defender su fe: lo que no les impedía, llegado el caso, recurrir a medios más enérgicos y contundentes. Cierto día de adoración, un individuo con apariencias de librepensador, estaba cerca de la pila de agua bendita, en nuestra iglesia. En actitud desvergonzada, miraba a los hombres que, recogidos, entraban al santuario; y con ademanes burlescos, reíase de sus devociones, por él llamadas beaterías. Esto duró algunos momentos: al fin dos socios, menos pacientes que los demás, y decididos a vengar el ultraje hecho a Dios y a ellos mismos, hicieron al incrédulo señas amigables de que los siguiese. Salió éste tras de ellos, como manso corderillo. Mas he aquí que la escena varía. Apenas en la calle: «¡Ah! tú te burlas de nosotros, grítale uno de aquellos altivos cristianos; pues bien, ¡toma!» Y, diciendo estas palabras, le descarga una bofetada maestra, que lo hace comer tierra. Como en estos momentos se levantase el ofendido furioso, agresivo, con más insolencia todavía, un puntapié bien dado dió cuenta de él. Después de haberse hecho justicia de esta manera, ambos héroes volvieron tranquilamente a su piadosa adoración, ni más ni menos que el divino Salvador, cuyo celo habían imitado, después de arrojar del templo a los vendedores. Los descreídos aprendieron así a respetar la libertad de creencia y de práctica de los verdaderos católicos.

Sin embargo, el infierno rugía a la vista de aquellos obreros enrolados bajo las banderas de Cristo y

que se escapaban de sus persecuciones, desviándose de las sendas del vicio para caminar con paso firme hacia el cielo. He aquí por qué Satanás concentró sus furores contra el autor de todo aquel movimiento de fervor religioso, atizando contra él a todos sus secuaces. Primeramente, una mujer del pueblo, por causas largo tiempo desconocidas, trató de empañar la reputación del P. Liégey. ¡No vaya a creerse en una imprudencia de parte de éste! Su circunspección en este punto delicado era proverbial. Por otra parte, es bueno recordar que casi todos los hombres de Dios han tenido detractores, sin haber merecido jamás, en lo más mínimo, esas repugnantes acusaciones. Impelida pués por el demonio de los celos, la infeliz fué a quejarse del P. Liégey a sus superiores, acriminándolo de mantener relaciones con su cuñada y de hablar contra ella misma en sus predicaciones! La acusación caía por su propio peso; pero, así y todo, con el permiso de Dios, la virtud del padre fué puesta en tela de juicio. A ejemplo de san Gerardo, acusado falsamente de igual crimen por una criatura infame, el inocente calumniado guardó silencio y puso todo en manos de la Providencia divina, a pesar del gran dolor que experimentaba su alma, y de la facilidad con que habría podido quedar plenamente justificado. Esta humildad agradó de tal manera a N. Señor, que obtuvo la conversión de la misma calumniadora. Poco tiempo después, presentábase ella espontáneamente en la portería para implorar del Padre su perdón. Hermosa era para la víctima la ocasión de hacer brillar su inocencia a los ojos de la comunidad, aligerándose a la vez del peso de las sospechas que lo abrumaban. Pero esta

vez también prefirió guardar sólo para sí el secreto de su justificación, y no dijo sílaba a los superiores del paso reparador de la furia convertida. Se ve por este rasgo, digno de los santos, que los esfuerzos del P. Liégey para vencer su orgulloso e irascible natural, habían tenido por resultado hermosas victorias contra sí mismo.

Pero el demonio no se dió todavía por vencido. La calumnia privada, habiendo logrado solamente probar y afianzar la virtud de la víctima, el enemigo de todo bien suscitóle otra de dominio público. Un infame pasquín fué el órgano de Satanás. En sus columnas, denunció al P. Liégey como abusador del confesonario en provecho de los peores instintos, como un hipócrita que ocultaba bajo el hábito religioso todos los vicios. Estas inmundas páginas, que publicaban todas las pornografías recogidas en el arroyo, fueron distribuídas gratis a todos los empleados de la estación y obreros de talleres, quienes en su mayor parte estaban afiliados bajo el estandarte de la Sociedad de San Alfonso. Aquella pobre gente, tan estupefacta como engañada, creyó aquellas viles mentiras, y húbolos aun entre ella, que hablaron de desertar de una asociación cuyo director era tan indigno. Fué menester, para echar por tierra aquel andamio de innobles falsedades, que el P. Visitador en persona subiese al púlpito en todas las misas del domingo, y en una calurosa defensa demostrase la inocencia del acusado. Logrólo, y el infierno tuvo que confesarse derrotado una vez más. Cuando el grito del gavilán ha dispersado una pollada, vuelven en seguida los pollitos a estrecharse más y más en torno de su madre; de igual manera ocurrió a los asociados con el P. Liégey: ahogada

la voz de la calumnia, quedáronle después más adictos y unidos que nunca.

Sin embargo, tantos sacudimientos morales y exagerada actividad física habían alterado la salud del intrépido religioso. Por añadidura, estalló una epidemia de cólera que, a pesar del cordón sanitario establecido al rededor de Santiago, invadió los arrabales. Ochenta mil víctimas cayeron bajo la violencia del azote, y nuestro barrio con sus chozas de paja no fué de los menos probados. Originóse de ahí una recrudescencia de trabajo para la comunidad. Todos sus miembros, bajo un sol abrasador, tenían que correr a la cabecera de los moribundos de tres a nueve veces por día, sin tomar para nada en cuenta el peligro de contagio. Este último esfuerzo hizo doblarse la caña: el P. Liégey cayó a su vez con síntomas alarmantes, sucediéndose numerosos los desfallecimientos y síncopes. Dios, sin embargo, no quiso que el mal siguiese su curso y devolvió al obrero apostólico a sus trabajos. Al cabo de tres días experimentó este una notable mejoría, la que fué progresando día a día sin alcanzar, no obstante, a una salud floresciente. Érale menester, para esto, el campo de las misiones, como al labrador sus campos de trigo. Renunció, pues, a sus funciones de director de hombres, y lanzóse, con juvenil ardor, a todos los labores de la predicación evangélica.

Después de su partida, la Sociedad de Temperancia siguió viviendo y perfeccionándose. Desde entonces su nombre, estatutos y organización han variado para adaptarse a las evoluciones de los tiempos, pero la memoria de nuestro héroe permanecerá vinculada a ella, como una inscripción tallada en el frontis de

un templo. En todo caso, sólo a él pertenece el mérito de haber inaugurado las sociedades de hombres en Chile. De él vino la primera idea, el primer ensayo, el primer triunfo: su ejemplo arrastró a obras análogas a las autoridades diocesanas y demás congregaciones religiosas. ¿No es éste un hermoso título para un apóstol, un bello florón para su corona? En la noticia biográfica escrita del P. Merges por el mismo P. Pablo Liégey, atribúyele a aquél toda la gloria de ella. He ahí un acto de humildad que realza su figura, pero que no debe eclipsar la verdad: sólo él fué el inspirador y fundador de aquella institución eminentemente alfonsiana, y aunque no hubiese realizado otra en su vida, esto solo le habría asegurado una acogida cariñosa por parte de S. Alfonso en el cielo.

A pesar de las ocupaciones inherentes a aquella obra, y de sus siete horas casi diarias de confesonario, quedaban todavía algunos momentos libres a su celo. Lejos de perderlos en inútiles callejeos, empleábalos todos en provecho del prójimo, fuese éste quien fuese. El orfebre no pára su atención en la forma más o menos elegante de una pepita de oro, sino que mira sólo su valor: de igual manera, el P. Liégey no veía en los fieles sino su alma y su precio. En los primeros años de su estancia en Chile, encontrámoslo en todos los barrios de Santiago, rodeado sucesivamente del más variado auditorio: agentes de policía, magdalenas del Buen Pastor, recluídas de la casa correccional, educandas de convento, religiosos y religiosas de todas las congregaciones, a nadie excluye, hácese todo para todos, por Dios y las almas; con tal de haber hecho el bien, duérmese contento. ¡Y realmente,

sus trabajos eran fecundos! Su palabra caliente y adornada, aunque ajena a toda afectación, le abría siempre el camino de los corazones.

Y ¿por qué, sino porque había aprendido a sus expensas a mantenerse en el estilo sencillo, impuesto por nuestras reglas? Debiendo predicar un día de fiesta, y desconfiando, no sin razón, de su conocimiento del castellano, dió su sermón a un literato de la ciudad para que lo criticase y corrigiese. Desgraciadamente, el orador tomó por demás en serio su papel, volviéndose el discurso en sus manos un ramillete de flores. El orador, atolondradamente, aprendióselo de memoria, y luego, seguro del éxito, subió al púlpito. ¡Cuál no sería, pues, su pasmo cuando, a su vuelta a la sacristía, encuentra al P. Merges, su rector, cuyas cejas eran ya preludio de tempestad! «Padre, díjole éste, Ud. ha imitado al P. de Meo en sus extravagancias en el púlpito; yo imitaré a San Alfonso en el castigo impuesto: Ud. permanecerá dos días sin decir Misa; esto le enseñará la sencillez evangélica». La lección era dura, pero fué bien recibida y dió frutos para en adelante.

Un rasgo dará una idea de la impresión profunda que su palabra, ya del todo alfonsiana, producía en los retiros por él dados en los diversos conventos de la capital. Un día, de improviso, mándalo el R. P. Merges a predicar los ejercicios espirituales a los PP. Agustinos. Novicios, estudiantes, profesos, prior, provincial, todos rodean al predicador, cuya precipitada preparación es pasadera apenas. Pero, recordando que sólo se encuentra en tales apuros por obediencia, invoca con toda su alma al Espíritu Santo, y luego,

sin temor alguno, abandónase a las inspiraciones de su corazón y de su Dios. Durante varios días habló con tales acentos de las obligaciones religiosas y sacerdotales, que sus 33 oyentes quedaron maravillados y edificados. En reconocimiento, ofreciéronle una fiesta, improvisada en pocas horas, en la cual los dos decanos de la comunidad no pudieron callar su admiración.

Sus retiros eran verdaderamente saboreados en las casas religiosas, siendo, más de una vez, admirables sus resultados. En 1883, un convento encontrábase en difícil y delicada situación: la negligencia y la desunión comenzaban a desavenir la comunidad, a tal punto que su fundador pensaba ya recurrir a la autoridad episcopal. Luego, mejor inspirado, preguntóse si la gracia de un retiro no sería remedio más eficaz que la intervención del obispo. Detúvose en esta idea, siendo el P. Liégey el predicador designado. Dios bendijo sus esfuerzos, volviendo la paz y el fervor a reinar de nuevo en el convento para siempre.

Otras veces, en sus predicaciones en la ciudad, tenía la dicha de encontrar ovejas descarriadas, ya separadas del redil de nuestras Sociedades. En Mayo de 1887, encontrándose en el Buen Pastor para los ejercicios espirituales a las reclusas, halló allí a una mujer, todavía joven, viuda de un hojalatero. Éste había pertenecido a la asociación de San Alfonso, y muerto cristianamente en los brazos del P. Liégey. Su esposa, muy devota de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, había llevado hasta entonces una vida ejemplar. ¡Ah, la viudez es a menudo fatal! Esa mujer, ya sola y dueña de una halagadora tiendecilla, vióse asaltada

por pretendientes de mala ley. En el peligro, relajóse más todavía en su devoción a la Virgen, lo que fué el principio del fin. A pesar de las caritativas amonestaciones del P. Liégey, dejóse prender en las redes de un malandrín, que arruinó su virtud y su comercio, no tardando en tornarse criminal en toda forma. Necesitados ambos de dinero, ensangrentáronse las manos con el asesinato de un francés, siendo ambos cómplices aprehendidos por la policía, y ella condenada a reclusión perpetua. Bajo los hierros de la prisión, encontróla el Padre y convirtióla. En medio de sus lágrimas de arrepentimiento, exclamó: «Si me hallo aquí y en tal estado, es únicamente por haber abandonado el culto de la Virgen y menospreciado sus amonestaciones y consejos». El Padre reanimó su valor, exhortóla a la perseverancia y la expiación, y dejóla camino del cielo.

En aquel mismo tiempo ideó la fundación de una cofradía secreta, cuyo objetivo sería la oración a favor de los sacerdotes y de la Iglesia de Chile. Formó coros de nueve miembros en honor de las nueve jerarquías angélicas: la Hora Santa en el día, una oración especial al levantarse y al acostarse, a fin de pedir para los buenos sacerdotes un espíritu siempre creciente de recogimiento y sacrificio, el fervor para los más tibios, y para todos los asociados el amor divino: tales fueron las obligaciones de aquellos cruzados a puertas cerradas, que se multiplicaron un tiempo en Santiago, Valparaíso y Quillota.

Pero una de las mayores preocupaciones de nuestro héroe era el bien espiritual de las sirvientes. «De diez mil, escribía entonces, que viven en las casas opu-

lentas de la capital, tal vez no hay mil que sean fieles a sus deberes religiosos, porque a nadie preocupa la indigencia espiritual de aquellas abandonadas». Pensó, pues, en agrupar a aquellas niñas desamparadas en una congregación especial, bajo cuyo amparo todos los domingos reuniríanse las afiliadas en una iglesia, para oír una instrucción catequística. Pronto aún, redactáronse los estatutos destinados a un asilo o refugio para sirvientes. Presentólos el Padre al Pbro. Don Hilario Fernández, quien le contestó: «Por humilde que parezca su obra en proyecto, es, a mis ojos, como el grano de mostaza. Está destinada a desarrollarse cual árbol inmenso, y convertirse en un gran medio de regeneración social en los hogares. Mientras más medito en ella, más gigantesca se me presenta: merece un serio y profundo estudio». Mas Dios dispuso de lo que el hombre había propuesto. Poco después, el Sr. Fernández partió a la Argentina, en donde vistió la librea de San Ignacio, y luego estableció en Córdoba esta cofradía de las sirvientes, germinada en el corazón celoso del P. Liégey, la que produjo maravillosos frutos de salvación y santificación. En cuanto a nuestro héroe, impedido por las circunstancias para la realización de su obra, quedóse con su proyecto en la cabeza, sus pesares en el corazón y sus méritos en el alma.

Como vemos, el ardiente hijo de San Alfonso tenía sed de gloria a Dios, y si me atreviese a decirlo, enfermedad de celo. Su cerebro era un verdadero laboratorio, en el cual se preparaban a cada instante nuevos remedios para auxiliar a las almas. Con razón, al morir, podía exclamar con el Salmista: «¡Señor, el

celo de tu casa, como un fuego abrasador, me ha devorado!» Sin embargo, hasta ahora sólo hemos visto simples ensayos. En las misiones de campo, lo veremos luego desplegar toda la energía de su celo, todas las fuerzas de su elocuencia, todos los recursos de su imaginación, todas las riquezas de su corazón. Verdaderamente entonces, más que nunca, podía haber repetido las palabras de San Pablo a los corintios: «En cuanto a mí, me sacrificaría gustoso por vuestras almas, aunque amándoos más, fuese yo menos amado. ¡Ah! Yo no busco, nó, las ganancias temporales, sino únicamente a vosotros y vuestras almas».

CAPÍTULO II.

El apostolado en Chile.

Para darse cuenta cabal de la labor apostólica del P. Liégey en Chile, es indispensable ponerse en el cuadro de sus trabajos, so pena de no comprender ni justificar su método, a menudo un tanto original. El mismo, hace 28 años, en la revista «La Santa Familia», traza este croquis de una de aquellas misiones de campo, tan distinta de las de Europa. Por supuesto, en nuestros días, el conjunto de las cosas ha mejorado algo en el país; pero, tomando en consideración la inmensa superficie de las parroquias, en más de un sitio retirado, la situación está exactamente igual a como estaba hace 40 años, y tal como lo pintaba nuestro misionero a sus co-hermanos, y lectores de la citada revista en Francia.

«Fuera de las aldeas, escribía en aquella época, las casas, en grandes distancias, o están ocultas en montoncitos por las cavidades del terreno o bajo tufos de árboles, o plantadas a manera de grandes lindes a lo largo de los caminos. Es menester, por esto, que estafetas a caballo recorran cinco o seis leguas a la redonda para anunciar a todos la nueva de la misión. Al mismo tiempo y con idéntico objeto, nosotros, los misioneros, visitamos las habitaciones más centrales. Es este un verdadero acontecimiento, que despierta y provoca los mayores entusiasmos. Tal es nuestra primera dificultad: reunir nuestra gente diseminada por los cuatro puntos cardinales. Pero la curiosidad y la gracia pronto alcanzan a realizarlo.

En efecto los días siguientes, emergen de todas partes numerosos grupos: unos sobre enormes carretas cubiertas con pellejos y arrastradas por una yunta de bueyes; otros a pie, la mayor parte a caballo, pues el campesino chileno nace antes que chileno jinete. Acogemos siempre con bondad a aquella buena gente, desde que se nos presenta; y luego, bajo las higueras, naranjos o eucaliptos, levántase un verdadero campamento de barracas e improvisadas tiendas. Una vez instalados nuestros nómades de un día, comienza el trabajo de las misiones. Tres veces al día, reunimos a nuestro heterogéneo auditorio, comenzándose entonces sucesivamente la enseñanza de oraciones y del catecismo, ejercicios y cánticos sagrados, explicaciones doctrinales, sermones sobre las grandes verdades. Es un trabajo pesado, pero la escena dista mucho de ser vulgar, tiene aun cierto sello evangélico. Júzguese, si nó: su cuadro es la pradera, o bosquecillos de ár-

boles diseminados bajo un cielo tan puro como los ojos de un niño; sobre un estrado improvisado, hecho de toneles o cajones, el misionero domina la dócil asamblea. Las mujeres de manto, y los niños en grupos, siéntanse en el suelo o sobre diminutas alfombras; los hombres con mantas de tartán quedan de pie o trepados sobre las carretas, y aun muchos a caballo. A su lado hierve el humeante puchero. Evidentemente, este pueblo sencillo necesita también de sencillas palabras, pero a la vez de comparaciones enérgicas, brillantes, sacadas de su vida y costumbres. Es menester emplear grandes exclamaciones, grandes ademanes, dar fuerte y tierno a la vez: entonces prodúcense los gemidos y las lágrimas. Llegado ya el momento de las confesiones, álzase en un instante el tribunal de la penitencia. Un gran cajón con una ventanilla, o una silla con un cuadrado de mimbre pegado encima, he ahí el confesonario. ¡Sencilla rusticidad! para el Dios que perdona, mira el corazón de los penitentes y nó el lujo del confesonario.

Una vez terminada la misión, esto es, después que se han hecho todas las confesiones, comuniones, bautismos, matrimonios, confirmaciones, con un fervor digno de los primeros siglos cristianos, disuélvese sin demora, aunque no sin lágrimas, el campamento. Aquella buena gente nos rodea, nos besa las manos; nos sujetan hasta de la sotana, en el momento en que vamos a montar a caballo para la partida. Luego, mientras nosotros nos alejamos al trote, todos vuelven a sus casas, alegre el corazón, con la plegaria o el cántico en los labios, estrechando en sus manos la medalla o rosario, recuerdo de la misión, prenda de per-

severancia, reliquia preciosa para el porvenir, instrumento tal vez de futura conversión».

Este cuadro trazado en 1885, nos da una idea del campo apostólico en los rincones más apartados de Chile, como así mismo del peso del trabajo, privaciones y alegrías, que en él hallaban los obreros evangélicos. En las parroquias rurales, la escena varía necesariamente, dando lugar a conmovedoras no menos que magníficas manifestaciones populares. Veamos, por ejemplo, al P. Liégey entrando en Curacaví en 1884. Tres leguas antes de llegar a la aldea, una nube de polvo ciega de improviso a los misioneros: es un escuadrón de caballería, con el cura a la cabeza, que sale al encuentro de los Padres. Después de un caluroso saludo, la escolta da media vuelta y rodea el carruaje apostólico, el cual, a trote corto, no tarda en pasar bajo arcos de triunfo, alzados de distancia en distancia, en aquel largo camino de 12 kilómetros, y bajo una lluvia de flores lanzada a los Padres por la población de los alrededores, desgranada a lo largo del camino. Durante aquel tiempo, el ruido de las ruedas y relincho de los caballos mézclanse a las aclamaciones, vivas y cohetes que estallan durante todo el trayecto. Cuando los misioneros atraviesan la portada de la iglesia, el órgano rompe en una emocionante armonía, patentizando la alegría de todo el pueblo, entonando luego un coro de niñas un cántico en honor de Ntra. Señora, patrona de la misión. ¿No es, esta recepción, una imitación pero modernizada, de la entrada del Salvador en Jerusalén? Semejante principio auguraba feliz éxito; túvolo realmente. Más espléndida todavía fué la partida: centenares de jinetes acompañaron

a los Padres a su vuelta, y, dejando tras ellos flores, arcos de triunfo y petardos, mezclábanse sus exclamaciones y lágrimas al polvo del camino.

Esta pequeña descripción, sacada de nuestras crónicas, nos da la nota dominante de las misiones predicadas en los pueblecillos de estas regiones, en aquella época ya algo remota. Es una sencillez que se armoniza con las más grandiosas manifestaciones, es el entusiasmo de las masas en toda la pureza de la fe, es la candorosa docilidad que no se amedrenta ante ningún sacrificio, aquella ingenuidad a los ojos de la cual las inocentes industrias de los misioneros semejan ceremonias absolutamente sagradas.

Ahora bien, el P. Liégey, con su original iniciativa, sabía mejor que nadie sacar partido de estas disposiciones. Para herir la imaginación y conmover el corazón popular, supo echar mano de artificios del todo suyos, enteramente adecuados para aquella sencilla gente, los cuales, con su sello *sui géneris,* como lo veremos en el capítulo siguiente, fueron en sus manos de soberana eficacia.

Pero, menester es confesarlo, aquellas misiones representaban un trabajo abrumador, trabajo que sólo podía ser emprendido por hombres de salud de fierro y de celo abrasador. He aquí, como muestra, el balance de una misión en Llico, aldea de 1,200 almas, según la publicación de una hoja local con fecha 19 de Diciembre de 1886. El Padre Teodoro Kehren acompañaba al P. Pablo. Inmediatamente después de su llegada, formaron varios grupos de personas abnegadas y piadosas, destinados a ser como el estado mayor de los predicadores. Unas de ellas enseñaban los cánticos,

otras las oraciones a los niños, no pocas se inscribían en la iglesia para la adoración perpetua, y en fin, una última escuadrilla inculcaba la doctrina cristiana a los hombres y mujeres que ignoraban hasta la primera letra de ésta. Una vez determinadas estas medidas preparatorias, encargábanse los Padres de multiplicar las instrucciones al resto de los fieles, consagrando dos de éstas a los deberes especiales de cada una de las clases de oyentes. Además de las predicaciones generales y habituales, hicieron diariamente, por turno, dos reuniones para niños, para adolescentes, para jóvenes, para hombres y para mujeres casadas. Todos aquellos grupos, así dispuestos, se acercaron a la Sagrada Mesa en cuerpo, y con una ceremonia especial en la Misa de comunión. Este método despertó indescriptible entusiasmo e indecible fervor en todos los corazones, pero llegando a ser a la vez un trabajo abrumador. ¡Pero eso no importaba!. El labrador olvida sus fatigas y sudores a vista de las doradas espigas que caen bajo su guadaña. Y en Llico, las espigas fueron innumerables: solamente dos hombres se escaparon de la mano de los segadores. ¡Serían aquellos la cizaña, sembrada por el hombre enemigo en aquella porción del campo del Señor!

Una de las principales preocupaciones del apóstol en Chile debe ser la indagación y regularización de las uniones ilegítimas. Preséntanse éstas numerosísimas y debidas a diferentes causas. A menudo, no tienen otra que la pobreza de las familias, a las cuales los derechos parroquiales, aunque ínfimos, atemorizan. Estas uniones fortuitas y frágiles no tienen a veces más origen que el vicio; y aun se ve el caso de que sólo

sean causadas por simple negligencia, la que, hija de la ignorancia, háceles considerar el concubinato como un estado cercano al matrimonio, y las ceremonias de la Iglesia como meramente complementarias. La rehabilitación de aquellos hogares libres o civiles era también uno de los fines que llevaba en vista nuestro misionero. En más de un sitio, vióse poderosamente ayudado por una persona, muy unida a Dios, que poseía el don especial de descubrir aquellos hogares ilícitos. San Gerardo gozaba del privilegio de adivinar las víctimas de la impureza: y esta mujer tuvo, en más de una ocasión, el de hallar a los concubinarios, impelida quizás por inspiración sobrenatural que, sin saber ella como, la guiaba a casa de ellos. Gracias a ella, el P. Pablo pudo legitimar, en algunas misiones, de 40 a 50 parejas que vivían al azar del encuentro o de la pasión.

¿Diremos que la justicia del cielo preparaba el terreno a los obreros evangélicos? Dios, que había secundado en Francia a su denodado apóstol, no lo olvidaba en las tierras americanas. En 1895, el Padre predicaba en una hacienda. Pocos días antes de su llegada, la noticia de la misión había corrido de boca en boca. Todos estaban dichosísimos, excepto un carbonero, cuyo odio religioso ennegrecía más todavía su alma que el carbón sus manos. Al oír tal nueva montó en la más furiosa cólera, vomitando torrentes de burla e injurias contra la confesión y la religión, en todas las plazuelas y cafés. Sus amigos lo miraban espantados: pero él, impertérrito, el día de la apertura de la misión, silbó a sus perros y, con segur en mano, riendo socarronamente, internóse en la selva que cubre las pendientes de la colina vecina. No tardaron

en resonar los ecos con sordas detonaciones. Era nuestro hombre que, blasfemando, hacia estallar a dinamitazos enormes troncos de árboles. Pero, de un momento a otro, cesó todo ruido. De improviso, los compañeros del incrédulo, reunidos en la llanura, advierten a lo lejos algo como un fantasma de llamas y humo, que descendía por el lado de la selva, en medio de los mayores aullidos de dolor. Creyeron que era ésta una visión diabólica, y trataron de huír, haciendo la señal de la cruz. Pero una dolorida voz humana los detuvo: era la del infeliz carbonero. La explosión de un árbol había inflamado el polvorín, que llevaba todavía en sus manos, y, al estallar éste, le había quemado la barba, el rostro y la lengua, aquella lengua impía, en los momentos mismos en que había abierto la boca para pedir auxilio. Todos vieron en este trágico suceso un castigo de Dios; castigo misericordioso, no obstante, pues el miserable entró en sí bajo los golpes de la justicia divina, y llegado a tiempo el Padre Pablo pudo confesarlo, absolverlo y verlo expirar con un postrer acto de arrepentimiento, que, como al buen ladrón, le abriría elcielo.

Al año siguiente, en Marzo, el Padre trepaba una de las innumerables colinas que hacen, de la ciudad de Valparaíso, un inmenso anfiteatro. Hacia la mitad de la pendiente, alzábase una capilla: este era el sitio escogido para la misión. La población era de las más abandonadas y viciosas; ebrios y concubinarios abundaban en aquellas miserables casuchas, pegadas en el fondo de las barrancas, o suspendidas en el vacío sobre un pilotaje de vigas. Era realmente menester una intervención sobrenatural para conmover aquellos estragados corazones: Dios no la rehusó.

Algunos jóvenes, con los cascos a la jineta, habían resuelto llamar la atención estorbando la misión, ¡cada uno busca la gloria donde puede! Todas las tardes, mezclábanse, pues, en el auditorio, mostrándose en actitud hostil, provocadora, y burlándose malignamente de los Padres, de las predicaciones y de las devotas. El día de la consagración a la Virgen, iluminación, sermón, ceremonias, todo es magnífico, conmovedor: pero en medio de los fieles, que humedecen con dulces lágrimas sus oraciones, aparece el chocarrero grupo, odioso y repugnante como cardos en medio de las flores de un jardín.

Ya la cosa pasaba de raya: su divina Madre había sido ultrajada, Dios iba a intervenir. Muy orgullosos con sus tristes proezas, nuestros atolondrados jóvenes se dispersaron, dándose cita para el día siguiente. Mas, apenas estaban en cama, un violento sacudimiento terrestre estremeció la ciudad y los dejó sobrecogidos de espanto. La continuidad de los fenómenos sísmicos, y lo agudo de los remordimientos les quitaron por aquella noche el sueño, dándoles tiempo para reflexionar. La coincidencia de sus impiedades con los estremecimientos del suelo les pareció demasiado pasmosa, y al rayar el día fueron los primeros en hacer una confesión general. Asimismo, de todas las cabañas brotaron los rezagados y endurecidos, resultando de esta manera la misión una de las más fructíferas. En 600 confesiones, más de un tercio fueron serias conversiones de 8 a 20 años. Así, en la colina del Calvario, el terremoto convirtió también a no pocos judíos que, momentos antes, insultaban al Salvador.

Otras veces, parecía que la misión no había tenido

más objeto que el bien de una sola alma. En una pequeña aldea de la isla de Maipo, hacía 24 años que no se veía un misionero, y vegetaba allí, un centenario, aparentemente olvidado por la muerte. Naturalmente, cuando el P. Liégey fué a predicar allí tomó el anciano parte en la comunión general. Pero, apenas vuelto a su casa, sintióse mal, y a la noche siguiente expiraba, feliz con haber podido, como tanto lo había deseado, aprovecharse una vez más de las gracias especiales de la misión, y pasar del festín eucarístico al banquete eterno.

Uno de los más grandes dolores de los hombres apostólicos ¿no es por ventura, ver languidecer demasiado pronto los frutos de sus trabajos, luego secarse y caer al huracán de las pasiones o bajo la mordedura del gusano roedor llamado respeto humano? Esto fué lo que ocurrió al Salvador en medio de los judíos, este es el espectáculo desgarrador y cuotidiano del misionero, el cual, como a tantos otros, haría gemir muchas veces al P. Liégey. Pero, a la vez, ¡qué consuelo para el corazón del sacerdote saber que almas escogidas siguen resistiendo victoriosamente a todos los sacudimientos y tempestades! Nuestro héroe tuvo también estas alegrías, harto semejantes a las que experimentan los ángeles con la conversión de un pecador. Después de una misión, un anciano sin cabellos ni memoria, había olvidado la penitencia. Esto puso a nuestro hombre fuera de sí, en una perplejidad que llegó a ser un tormento. ¿Qué hacer? Veíase ya por esto condenado. Mas su vacilación fué tan corta como violenta su confusión. Sin pérdida de tiempo monta a caballo, y vase al galope hacia el punto cen-

tral de la parroquia, con la esperanza de encontrar todavía allí al P. Pablo Liégey que lo había confesado. Llega, y sabe que el Padre ha partido para otra parte, a 16 leguas de distancia. Sin más, vuelve a montar a caballo y lánzase a rienda suelta, para no detenerse hasta llegar a los pies del misionero. Pregúntale por su penitencia, recíbela, inclínase y aléjase a trote largo, rezando durante el camino las oraciones indicadas para evitar el riesgo de olvidarlas de nuevo. ¿No es verdaderamente conmovedor este anciano que, en el candor de su fe, se impone semejante sacrificio para no faltar a una obligación que bien podía haber suplido de otra manera? Según la palabra del Salvador, habiéndose vuelto sencillo como niño, habíase hecho también merecedor del reino de los cielos.

En otra misión, una joven había consagrado a la Madre de Dios su virginidad. Dotada de hermoso rostro, tuvo la desgracia de atraer las miradas de un libertino, que tenía, además de sus grandes vicios, gran autoridaden la comarca y mayores riquezas aún. Durante un mes entero acosóla y persiguióla inútilmente, hasta que un día, sabiendo que se hallaba sola, por haberse ausentado sus padres, resolvióse a dar el asalto supremo. Audaz como el crimen, forzó la entrada de la casa, sorprendió a la pobre niña, y apuntándole con una pistola, díjole friamente: «¡O consientes, o mueres!— ¡Mil veces antes la muerte!» replicó heroicamente la doncella. Al instante vióse el súbito resplandor de un fogonazo, sonó una detonación, y cayó la joven bañada en sangre, a los pies de una imagen de María, en el sitio mismo en donde tenía costumbre de renovar su promesa. Sólo un grito se escapó de su enrojecida

boca: «¡Gracias, Dios mío, muero sin mancha!» Luego, una sonrisa angelical entreabrió sus labios, y su alma voló hacia el coro de las vírgenes en pos del Cordero. Habríase dicho que sonreía a María, que la había ido a buscar en persona para introducirla en el cielo.

En otra ocasión, extirpóse de los corazones una de las más violentas pasiones, la del odio. En 1904, el P. Liégey encontró a dos individuos que, impelidos por un resentimiento mortal, buscaban mutuamente la ocasión de matarse. Ya una vez, encontrándose al acaso, habían cruzado balas, las cuales, gracias solamente a su torpeza, resultaron inofensivas. Viene la misión, y he aquí a ambos enemigos trastornados, mudados, convertidos de tigres en corderillos. La gracia de Cristo, llena de unción, había suavizado aquellas naturalezas indómitas, como el aceite sobre el agitado mar calma el furor de sus olas; y en presencia del misionero, a los pies de un Crucifijo, abrazáronse ambos enemigos sellando con un beso su definitiva reconciliación.

Mas, en cambio, ¡pobres de los endurecidos! Muchas veces, tras de las desdeñadas misericordias de la misión, descargábanse los inesperados castigos de la Justicia.

En la misma isla de Maipo, en donde vivía aquel centenario de que hemos hablado, una mujer, cuya virtud era sospechosa, había huído desde el comienzo de la misión. ¡Ay! Al alejarse de la lluvia de gracias que inundaban aquella región, fué a caer bajo el rayo de los castigos. En su retiro la infeliz saboreaba de antemano la libertad de volver cuanto antes a su vida libre y escandalosa, cuando el cólera se cebó en ella y la hizo comparecer ante el tribunal de Dios, sin darle

tiempo para arreglar con él, en vida, las enmarañadas cuentas de su conciencia.

Otra persona de la misma catadura quiso también eludir el llamamiento divino a la penitencia, retirándose de allí con pretexto de hacer una visita a una familia conocida suya. Pero, como a Caín, el ojo de Dios la siguió. Apenas llegada a casa de sus amigos, sintióse indispuesta, cayó a la cama y, al día siguiente, fué a dar cuenta de su vida al Juez Supremo.

En el mismo sitio, pero en una de las misiones siguientes, una anciana supo también a sus expensas lo que es cansar la paciencia del cielo. Hacía años que aquella furia egoísta se oponía con salvaje tenacidad al matrimonio de sus hijos, para no verse privada de una parte de su cariño. ¡Ay! cuántos son esos ciegos y criminales padres, que por futilidades, impiden el casamiento de sus hijos! En el caso presente, además de lo ridículo que tal motivo era en sí, resultaba también una verdadera irrisión, pues hijo e hija vivían en concubinato, cada uno por su lado. Los Padres hicieron lo imposible para convencer y doblegar aquella terquedad diabólica; la vieja se negó groseramente. Desolados por la pérdida de aquellas almas, recurrieron entonces a la oración. Así pasaron cinco días, último plazo de la Providencia. De repente aquella rehacia cayó a la cama, indispuesta, y murió en el momento menos pensado, sin confesión ni arrepentimiento.

Quedaba aún, en los alrededores mismos, un enfermo indiferente, al cual Dios iba a castigar también para hacer completa su justicia. Olvidado, hacía ya largo tiempo, de toda práctica religiosa, ni los sufrimientos de la enfermedad, ni las visitas de los misioneros, ha-

bían logrado ablandar aquel corazón de piedra. Dos semanas después, estando el P. Pablo a legua y media de allí, llegó una mañana, al alba, un ginete pidiendo los auxilios de la religión para aquel infeliz. El Padre monta a caballo inmediatamente y, a todo escape, devora los seis kilómetros que lo separan del moribundo. Pero la justicia de Dios había corrido con más celeridad aun. Al echar pie a tierra, dícenle al desolado misionero que el desgraciado había muerto hacía media hora, pidiendo a grandes voces un sacerdote. Pero, como había sido sordo a los llamamientos del Salvador, el Salvador fué también sordo a su postrer llamamiento.

Vióse a muchos cristianos rebeldes morir como verdaderos condenados. En una aldea, un individuo se había burlado de las premiosas solicitaciones de los misioneros; en balde, el Padre Pablo agotó todos los recursos de su celo y de su espíritu para abrir aquella alma a las cosas sobrenaturales. Pocos días después, una grave enfermedad clavaba al recalcitrante en el lecho. Apenas advertido el cura, púsose en camino para ir a ofrecerle de nuevo los consuelos de la religión. Para prevenirlo, díjose algo de ello al moribundo, pero fué esto como una chispa sobre un barril de pólvora. Montó en cólera el desdichado, y con los ojos encarnizados, comenzó a vociferar: «¡Si viene un sacerdote, que se le dé con la puerta en las narices, no quiero *fantoches* en mi casa!» En vano, las personas que lo rodeaban trataron de calmar al energúmeno, y de atraerlo a mejores sentimientos. Ni aun siquiera les contestó; pero todo en él, hasta aquella tranquilidad revelaba un desenlace próximo y fatal: de

igual manera en la naturaleza, las calmas más profundas preceden ordinariamente a las más horribles catástrofes. De improviso, óyese ruído de pasos, los del cura, sin duda. Al oírlos, el impío álzase sobre su lecho y lanza un rugido: «¡Muero, y me voy al infierno, pero esto no me importa un bledo!» Y cae muerto sobre sus almohadas.

Rasgos como éstos, acaecidos en un tiempo demasiado cercano a nosotros para que podamos nombrar las personas y lugares, demuestran a las claras que Nuestro Señor, en Chile como en Francia, acompañaba al apóstol en su camino. Inoficioso me sería decir que aquellos golpes de la Providencia eran los mejores auxiliares de las misiones. Esto no causará extrañeza en manera alguna. Para el Padre Pablo, como para otro cualquiera, realizábase a la letra la promesa de nuestra Regla: él tomaba, por una parte, todos los medios para que su labor fuese lo más fructífera posible; y Dios, por la suya, suplía a su manera lo que sobrepujaba a las fuerzas de su servidor.

Además de las misiones, hay en Chile otro género de apostolado eminentemente popular y alfonsiano. Aquí, como en Italia, existen casas diocesanas de ejercicios. El Padre Pablo, las describe de esta manera en la revista «La Sagrada Familia» en 1885. «Hállaselas, dice, lo mismo en el circuito de las ciudades que en el aislamiento de los campos. Casas de aspecto severo, edificio cuadrado, sin ventanas a la calle, con cierta semejanza a una fortaleza o prisión. Fortaleza, lo es efectivamente, pues en ella se dan los más formidables asaltos a las almas, de las cuales se ha adueñado ya el infierno. Prisión, también lo es, pues allí quedan

encerrados para siempre muchos secretos y crímenes. El edificio encuadra un patio plantado de árboles, y tiene a veces una hectárea de superficie. En uno de sus lados, está la capilla; los otros tres, además de tener un vasto refectorio, divídense en celdas, bastante espaciosas para hospedar de diez a quince personas. El retiro dura ocho días. Durante este tiempo, ningún trabajo manual, ni comunicación alguna con el exterior, y un silencio de trapense. Dios y la salvación de la propia alma, he ahí la única preocupación permitida a los cuatrocientos cristianos, poco más o menos, que se han recluído adentro.

Para hacer más fácil y menos pesado este largo recogimiento, se les hacen tres meditaciones, una instrucción, un sermón, un catecismo de perseverancia para los más instruídos, y otro elemental para los atrasados. Como se ve, las ocupaciones no faltan a los sacerdotes que dirigen a aquellos cenobitas de una semana. Y luego, para interrumpir la monotonía de la noche, háceseles tomar la disciplina en común. Entonces, con rigor casi salvaje, ármanse de cordeles, correas y látigos; es verdaderamente impresionante aquel concierto de suspiros y sollozos regados con lágrimas y muchas veces con sangre. El pueblo considera estas casas cerradas del retiro como fuentes de bendiciones, y con razón: ¡cuántas asombrosas conversiones han presenciado aquellas murallas, entre las cuales han pasado generaciones de pecadores penitentes!

He aquí, por ejemplo, dos niñas. Saludablemente impresionadas con aquellos ocho días de ejercicios espirituales, secretamente trabajadas por la gracia, ter-

minan el retiro con esta plegaria, salida del fondo de su alma: «¡Señor, dadme la muerte, antes que tenga la desgracia de volver a caer en pecado mortal!» Ambas se habían puesto para ello de acuerdo. Al día siguiente, felices con llevar a Dios en su corazón, encamináronse juntas hacia el hogar paterno, situado en el campo a gran distancia. Mas, he aquí que repentinamente, una nube revienta sobre su cabeza. Sorprendidas por el chaparrón en medio del campo, sin refugio, ni abrigo, las pobrecillas reciben toda la lluvia sobre la espalda, lo que les ocasiona un violento resfrío, seguido luego de las convulsiones de la fiebre. Antes aun de llegar a casa, en donde las aguardan sus padres, expiran ambas en un albergue de ocasión, de pulmonía fulminante. De esta manera, les cobraba la palabra Nuestro Señor: morían antes de haber podido recaer en pecado mortal.

«Yo, refería lleno de alegría al Padre Pablo un ebrio consuetudinario, me convertí en uno de sus retiros en la casa de ejercicios. Hice en sus manos el juramento de corregirme; ¿recuerda Ud.? Hace ya de esto varios años: pues bien, desde entonces, jamás han vuelto a mojarse mis labios en una bebida alcohólica!...»

Otro llegó al mismo resultado, pero por un camino más escabroso y heróico. Era un padre de familia, verdadero poste de taberna, escándalo del país, desesperación y ruina de su hogar. Decidido, por fin, a extirpar el vicio de raíz, tomó en los ejercicios esta resolución extrema: «Espero no caer ahora otra vez en mi vicio; pero, si volviese a él, me daré, después del primer atracón, cien disciplinazos, doscientos después del segundo, cuatrocientos por el tercero, y así suce-

sivamente, duplicando la cantidad, aunque me muela a azotes un día entero». Era por cierto, de temer que tan enérgica promesa fuese sólo una llamarada de buena voluntad, tan pronta para apagarse como para encenderse. Pues bien, ¡nó! He aquí al inveterado borracho volviendo a casa. El primer tiempo todo iba sin novedad, vivía como en el mejor de los mundos, parecía que nuestro hombre había sido confirmado en gracia. Al pasar delante de las tabernas, su lengua no castañeteaba de sed como antes, sino, por el contrario, riendo de las burlas de sus compañeros de taberna, volvíales la espalda, deseándoles felicidad. Sí, pero llegó un día, en que el demonio de la embriaguez, que lo atisbaba hacía largo tiempo, armóle una zancadilla; y las primeras estrellas de la noche siguiente pudieron contemplar a un individuo tambaleándose por el camino, y tarareando una cancioncita de los pasados tiempos. Era nuestro Cambrone! Pero también los primeros rayos del sol le hicieron ver la verdad de las cosas. ¿Qué hará ahora? ¿Tendrá valor para la expiación como lo tuvo para la promesa? ¡Veámoslo! Ya tiene en sus manos una correa de cuero, y, sin decir palabra a su mujer, aléjase a lo más espeso del bosque, y sin piedad, a pesar de la sangre que corre, azótase hasta llegar al centésimo golpe. Pero dióse cuenta bien pronto que no se quita un mal hábito como un mal vestido. Poco tiempo después, a pesar de la previsión de una nueva disciplina, el infeliz volvió a empinar el codo y quedar entre dos luces: pero, por segunda vez tan generoso como culpable, impúsose un nuevo castigo entre los robles, sin escatimar uno solo de los 200 golpes reglamentarios. Esta fué la última vez. La perspectiva

de una penitencia, cada vez duplicada, y también la gracia de Dios, que se apiadó de aquel valiente incorregible, alcanzáronle al fin la victoria.

Más de una vez, aquellas casas de ejercicios fueron testigos de intervenciones extraordinarias de María. Así lo atestigua el siguiente hecho, referido por nuestro misionero en las páginas de la «Santa Familia», el cual ocurrió en un retiro de invierno, en la pequeña ciudad de San Fernando. Un caballero estaba en su celda ocupado en escribir su confesión general. Había llevado consigo una materia explosiva, destinada sin duda a las minas de alguna cantera. Sea como fuese, colocóla en el cajón de una mesa en extremo baja. Como hacía frío, pidió un braserillo, y sin volver a pensar más en pólvora ni dinamita, púsole precisamente debajo del peligroso cajón. Sin la menor sospecha del riesgo que corría, encomendóse a la Virgen y comenzó a escribir sus pecados. Mas he aquí que al cabo de algunos minutos, algo como el sonido de un timbre resonó en la pieza. Sorprendido el ejercitante, detuvo la pluma y puso el oído, pero no oyó ya nada de particular. Prosiguió pues en su tarea, cuando un instante después, volvió a apercibirse el mismo ruido, y esta vez más fuerte, más precipitado, más cerca. Lleno de cuidado, levantóse el caballero para descubrir el escondrijo de aquel timbre secreto, y maquinalmente abrió el cajón del cual parecía salir el misterioso ruído. Nada encontró, pero la vista del paquete colocado sobre el fuego lo hizo estremecer: «¡Pocos minutos más, exclamó pálido de espanto, y todo habría concluído! ¡Estallaba la casa con sus cuatrocientos ejercitantes!» Pero la Santísima Virgen, a quien había invocado, no

podía permitir que todos aquellos cristianos, ocupados en su conversión, fuesen lanzados de improviso y sin sacramentos, ante el tribunal eterno: había salvado milagrosamente, por medio de este aviso misterioso, los cuerpos de las ruinas del edificio para salvar las almas de las ruinas de la condenación.

He aquí, pues, el aspecto general del campo de batalla en donde el P. Pablo luchó en Chile durante treinta y dos años. Sin embargo, su ardor era más vasto todavía, pues era para él un goce cuando la obediencia lo ocupaba, en sus cuarteles de invierno, en retiros y novenas. Por lo demás nunca le faltaba trabajo. Universalmente conocido por su virtud y elocuencia apostólica, era solicitado de todas partes, y dejaba siempre satisfechas las más delicadas exigencias. Innumerables son los ejercicios por él predicados en los pensionados y conventos de religiosas. Los tres seminarios de la arquidiócesis lo reclamaron también como predicador, y debióse su gran éxito a una práctica enteramente alfonsiana por él introducida. Sabiendo que la oración es la fuente y medida de las gracias, indujo a los alumnos del seminario de Talca a formar una súplica perpetua, en todos los momentos libres del retiro. De esta manera, todo el tiempo que duraron los santos ejercicios, no hubo un solo minuto en que una agrupación del seminario no estuviese arrodillada al pie del altar. Siguióse de esto que, según la promesa del Salvador, Dios estuvo en medio de ellos, sobrepujando así el resultado a cuanto había podido esperarse. Todo el personal quedó tan satisfecho, tan encantado aún, que una carta colectiva, firmada por el Rector y los 120 alumnos,

fué enviada al superior de nuestra casa en Santiago, en la que se le expresaba el más vivo reconocimiento por la elección del predicador, y se le pedía, al propio tiempo, para el año siguiente.

Este buen éxito tuvo por consecuencia el envío del Padre Pablo al seminario de Valparaíso. Inauguró allí el mismo sistema de oración continua. Notando que el fervor estaba, a su juicio, algo decaído, imaginó un recurso a su manera. En sus paseos por el jardín, había descubierto una estatua de María que coronaba la altura en que se apoya el establecimiento. En el acto concibió su plan. Por la tarde, formó a los seminaristas en procesión, revestidos de sobrepelliz y cirio en mano, y a través del camino que serpenteaba bajo los grandes árboles, condújolos, cantando, hasta el pie de la estatua. Allí hízoles una instrucción sobre la piedad y devoción a la Virgen, y en una patética peroración, hízoles prometer solemnemente ser siempre amantes de la oración y devotos de María. Esta vez dió en el blanco, porque el retiro resultó digno del noviciado más fervoroso, gracias a aquella pequeña industria de una procesión nocturna.

¡Las industrias! Tenía aún otras muchas en su alforja! San Pablo escribía un día a los corintios: «Sí, lo decís con razón, soy sagaz, y he sabido cogeros mediante la astucia!» En esto, como luego se verá, el P. Pablo fué fiel discípulo del apóstol, menos por el mismo nombre que en Chile había adoptado, que por la ardiente y fiel imitación en el amor y persecución a las almas.

CAPÍTULO III.

Industrias Apostólicas

Entre los expedientes que empleaba el ingenioso apóstol, algunos parecerían sin duda singulares, aun en las buenas campiñas de Europa. Pero en los rincones más apartados de Chile, en donde reina todavía la candorosa fe de los pasados tiempos, aquellas ceremonias, un tanto extrañas, no han tenido sino un resultado: herir la imaginación del pueblo, y mediante ello, facilitar la entrada de la gracia en los corazones. Es que el verdadero misionero sabe adaptarse a su auditorio, y, si nuestro héroe lo hacía de una manera del todo personal y original, era con la seguridad de lograr su santo objeto.

Primeramente, con los niños, volvíase niño. Muy apto para la mímica, pintábales las cosas más con sus gestos, que con sus palabras. En sus labios, las historias más sobrias abundaban en detalles al alcance de los más pequeños. El mal rico, por ejemplo, tenía, en sus narraciones, tantos vestidos recamados de oro, tantos palacios, tantos servidores, tantas hectáreas de terreno, tantas cabezas de ganados. El hijo pródigo era representado con colorido chileno: sus vestidos, sus amigos, sus desórdenes, su miseria, todo era lo peculiar de un libertino del país. De esta manera, el catequista cautivaba la atención de su menudo auditorio. Pequeñas escenas, como la siguiente, completaban la instrucción.

Cuando les explicaba los rigores de las penas del infierno, llevaba en medio de los niños una vela encendida, y pasaba por las filas obligándolos a todos a poner el dedo en la llama. Evidentemente, a las primeras caricias del calor, todos quitaban la mano: entonces él les lanzaba la conclusión de San Alfonso: «Si no puedes soportar un instante la débil acción de una vela; ¿cómo sufrirás las espantosas llamas de aquella inmensa hoguera que es el infierno?» Ahora bien, en una ocasión, este argumento, práctico y tangible, resultóle estéril e ineficaz, a causa de un pillete de 12 años. Este, como sus compañeros, sufrió la pena del fuego, pero con una energía, una tenacidad y un estoicismo, verdaderamente desconcertadores. Sin inmutarse, sostuvo los ardores de la llama hasta quemarse las carnes, y para evitar un accidente, vióse el padre en el caso de arrebatarle el candelero. Esta vez, fuéle menester variar la conclusión: «¡Soportar una vela, exclamó, pase! puesto que el fuego de la tierra no es sino pálida pintura al lado dél del infierno; pero ¿quién podría desafiar el brasero infernal, del cual una sola chispa bastaría para consumir en un instante al mundo entero?» Y el auditorio quedó convencido.

En ciertos puntos, la juventud es de tal manera turbulenta, de tal manera habituada a la libertad de las calles y campos, que es muy difícil contenerla, ni aun en la iglesia. En estos casos, el P. Liégey imaginaba un medio imprevisto, que siempre le dió buenos resultados para calmar los nervios y avivar el dolor de los pecados. A un lado alineaba a las niñas, de narices contra la pared, y al opuesto los muchachos con las manos cruzadas sobre la espalda; en esta posición,

hacíase en común el examen de conciencia: después de cada mandamiento, una varilla, manejada con peso y medida, distribuía la contrición.

Por otra parte, él sabía mejor que nadie captarse la confianza de los hombres. Dotado en este orden de cosas de una memoria prodigiosa, conocía pronto los nombres de una multitud de ellos, informábase de su familia, de su haber, hasta de sus animales, y esta patriarcal familiaridad le ganaba hasta los más huraños. Ocho, o diez años después, a su vuelta a los mismos parajes, reconocía a todos sus penitentes, llamábalos por su nombre como si hubiese aprendido éste la víspera; tirábales paternalmente de la barba, preguntándoles esas mil pequeñas cosas que interesan a los campesinos: y aquella gente quedaba maravillada, subyugada, considerándolo como un padre, un santo, un profeta, un semidiós. Llegado, pues, el caso de pedirles un sacrificio por el bien de su alma, veíaseles obedecer con entera generosidad.

Tenía, por lo demás, otras muchas industrias en sus alforjas, para insinuarse en los corazones. Queriendo reducir a algunos de ellos, no de los más devotos, a consagrar su casa al Sagrado Corazón, introdúceseles con un apretón de manos y les dice: «¿No saben Uds. la noticia? Un señor de gran autoridad e inmensa fortuna acaba de llegar aquí: es amigo mío, y desea pasar un momento a la casa que yo le recomiende. He escogido la de Uds., traten de recibirlo como es debido. —Pero, Padre, no tenemos más que un rancho, y estamos sin plata, ¿cómo podremos darle hospitalidad? —¡Vah! no se aflijan Uds. por eso! Él no es exigente, es un personaje que no come, no bebe, no duerme».

Y los campesinos abrían grandes ojos. «Por lo demás, agregaba, él mismo nació en un establo, está habituado a la pobreza. Y luego después ¡los quiere tanto a Uds.! Miren, helo aquí ya llegado!» Y entonces, mostrándoles la imagen del Salvador: «No les pide a Uds. sino un lugarcito en sus casas, algunas oraciones y un poco de amor». A estas palabras, toda la familia caía de rodillas, con los ojos húmedos de lágrimas: «¡Ah! si éste es el señor de que Ud. nos hablaba, que éntre no más, bienvenido sea!» Y sin más, comenzaba la ceremonia.

Con su gran conocimiento del pueblo chileno, encontraba remedios inéditos para sus males espirituales. Un hermoso domingo, presentóse un hombre, cuyo rostro encendido revelaba una larga vida de embriaguez. Afligido con sus continuas recaídas, el infeliz se disculpaba alegando que la costumbre era más fuerte que su buena voluntad.—«¡Muy bien! díjole el sagaz confesor, vaya Ud. a las orillas del Mapocho, escoja una piedrecita y tráigamela». Una hora después, el penitente estaba de vuelta.—«Ahora, agregó el Padre ¡escúcheme bien! Ud. llevará siempre esta piedra en el bolsillo; bajo ningún pretexto se deshará de ella: ¿entendido? Cada vez que pase Ud. delante de la taberna, o que le inviten sus amigos a tomar una copa, tome la piedra en la mano, y siga su camino. Con esto, le desafío a que vuelva a su antiguo pecado». El hombre se fué con su talismán y obedeció a la letra. Gracias a la piedra, llegó a ser un modelo de sobriedad. La raíz del mal estaba sobre todo en la imaginación que le aumentaba las dificultades de la enmienda: un remedio, también imaginario, obró la curación.

Esta llaneza, su fama de virtud, su solicitud por aliviar los males del prójimo, hicieron del P. Liégey uno de los sacerdotes más conocidos personalmente, y más populares de la parte central de Chile. No había rincón del país en donde no se pidiesen noticias suyas. ¿Subía al tren? Al punto venían los saludos y apretones de manos. Pagábasele el pasaje, hacíasele pasar a primera clase; sus viajes eran casi siempre pequeños triunfos, de los que se aprovechaba para arreglar uno u otro asuntillo que tenía entre manos: la colocación de una joven, el porvenir de un huérfano, la suerte de algún pobre. En esto empleaba su crédito cerca de los ricos.

Como los ebrios de profesión parecían atraer particularmente su compasión, en misión empleaba toda su inventiva para descubrir preservativos contra el vicio endémico. En 1883, encontrábase en una aldea en donde la embriaguez era habitual. Acongojado con semejante estado de cosas, resolvió remediarlo creando una devoción nueva, y fundando una asociación no imaginada hasta entonces. Reunió a todos los hombres, y predicóles el culto a la santa sed de Jesús en la cruz: luego, en la cofradía intitulada con el mismo nombre, inscribió hasta sesenta de aquellos pilares de la taberna. Ignoro lo que pensarían de ello las Congregaciones romanas, pero lo cierto es que todos aquellos inveterados reincidentes tomaron la cosa en serio. Es verdad que aquella institución, tan candorosa, fué también criticada; pero puesto que hizo evitar más de un pecado mortal, ¿es esto poca cosa? ¡Consideremos el fruto, y no el árbol!

Pero el esfuerzo capital del P. Pablo contra los es-

tragos espirituales del alcoholismo fué la fundación, en las misiones, de su sociedad de temperancia. En la reunión de los hombres, después de la comunión general, preguntábales públicamente cuales eran entre ellos los cristianos que estaban resueltos a dejar el vicio. Siempre, bajo el impulso del fervor actual, levantábanse en gran número. Entonces, les tomaba sus nombres, los alineaba delante del altar y les dictaba esta promesa, con la mano alzada hacia el crucifijo: «¡En adelante, no más borrachera! Evitaremos las ocasiones, compañeros, casas y fiestas que sean para nosotros causa de recaída!» Luego, los bendecía con su cruz y los rociaba con agua bendita. Nombrábanse en seguida prefectos, o celadores, encargados de vigilar a los convertidos y amonestarlos si era necesario. De esta manera, muchos perseveraban en sus buenos propósitos durante semanas y meses. Mas ¡ay! en la fábula «El borracho y su mujer», La Fontaine dice con mucha razón:

> Cada cual tiene un vicio, en este mundo,
> Arraigado y profundo
> Para toda la vida,
> Que ni por miedo, ni por vergüenza olvida.

Varios, pues, de aquellos temperantes, después de un espacio de tiempo más o menos largo, volvían a acariciar la botella, alterando de nuevo su salud, su espíritu y su bolsillo. Pero en la misión siguiente, expiaban esta falta a su palabra. De rodillas delante del altar (cuando consentían en ello), debían reparar el escándalo, pedir su reintegración en la cofradía y aceptar una penitencia, que consistía en la abstensión completa, más o menos prolongada, de toda bebida

embriagadora. Esta humillación, por otra parte libremente recibida, hacía tal impresión a los culpables, que casi ninguno cedía en adelante a su arraigada inclinación: a poco más, todos perseveraban tan sobrios como nuestros abuelos antes de Noé.

Obraba de esta manera con los ebrios de buena voluntad, pero con los incorregibles y escandalosos voluntarios, volvíase intransigente, terrible, y recurría sin miedo a los medios más extremos. En una de sus misiones de 1904, en los momentos mismos en que se organizaba la procesión, una taberna vecina estaba en gran animación. Unos quince individuos, excitados por el tabernero, que daba el tono a la compañía, brindaban de lo lindo, parodiando a los misioneros, y mezclando, con las palabras de los cánticos, blasfemias y obscenidades. Advertido de semejante abominación, el Padre Pablo Liégey estalló en cólera. Al punto pide dos agentes de policía, colócase la sobrepelliz, y con sus dos acólitos de nueva invención, cuyo sable brilla al sol poniente como una antorcha, preséntase a la puerta de la taberna. Luego, alzando la mano: «¡En el nombre de Dios Todopoderoso, exclama, os ordeno que salgáis de aquí!» En el acto, risas, canciones, choques de vasos, cesan como por encanto. Los blancos cabellos, sobrepelliz, aire inspirado, fórmula de abjuración del misionero, y quizás también los bigotes y sables de los gendarmes, todo impresionó de tal manera a los bebedores que, como mansos corderillos, desfilaron uno a uno, bajo las miradas de las 450 personas que, colocadas en dos filas, presenciaban la escena. A una orden del Padre, los gendarmes empujan y encuadran en las filas de la procesión al

grupo de los ebrios, y pónense en seguida todos en marcha. Llegados al pie de la cruz, colócase a los quince culpables delante del misionero, quien les dice: «Una de dos: o van Uds. presos, o hacen inmediatamente un acto de reparación, al Salvador crucificado y a la Virgen Santísima, por el escándalo que han dado. Escojan Uds. ¿Qué prefieren?» Corridos por el miedo y la vergüenza, optaron por la segunda alternativa. «Está bien, agregó el Padre, inflexible. En tal caso, ¡de rodillas, con los brazos en cruz! Rezad así juntos, y en alta voz, siete Ave Marías». Nadie respiraba, ante aquel juicio que semejaba, en reducido cuadro, una escena del Juicio final. «¡Ahora, a besar el suelo, pecadores! En cuanto a Uds., concluyó el apóstol, dirigiéndose a la multitud, en el nombre del cielo, les prohibo poner los pies, ni comprar cosa alguna en casa de este infame tabernero, que sólo tiene por ocupación perder las almas!» Este ejemplo y esta peroración produjeron los resultados que eran de esperarse. Esta casa, mitad taberna y mitad almacencillo, perdió de tal manera sus clientes, que el infeliz vendedor se vió obligado, por último, a marcharse con camas y petacas a buscar fortuna en otra parte.

Estos traficantes de licores que atisban a los obreros, como las arañas a las moscas, no tenían a sus ojos derecho alguno a la compasión, como no lo tuvieron los mercaderes del templo a los ojos de N. Señor. Efectivamente, son para el pueblo una de las más hondas llagas de Chile, a la vez que el cáncer de las clases laboriosas. Sin Dios ni ley, fomentan todos los vicios populares para aumentar su bolsa: el dinero lo es todo para aquellos miserables, que

toleran, con la sonrisa en los labios, todos los crímenes bajo su techo. El P. Liégey tenía contra ellos un arma especial, la maldición, o como él decía, la excomunión. El momento escogido para esta ceremonia era, a veces, la procesión de penitencia. A la caída de la noche, precedido de la cruz, revestido de roquete y estola negra, deteníase delante de los despachos de mala ley; y entonces, rodeado de la multitud que llevaba velas encendidas, entonaba cánticos sobre las postrimerías, maldecía al dueño escandaloso, con su familia, y sus parroquianos, y mercaderías. Esta escena en las tinieblas era tan impresionante, tan lúgubre aún, que muchas veces el excomulgado, o salía de la ciudad, o mudaba de vida. Se ve, por esos hechos, que esos corruptores del pueblo no encontraban a sus ojos más gracia que los fariseos a los ojos del Señor.

Otras veces, fulminaba sus anatemas desde lo alto del púlpito. En un punto de las playas del Pacífico, existían tres de estas tabernas que envenenaban al pueblo. Después de caritativas advertencias, las cuales habían sido estériles, el Padre subió al púlpito. Una vez terminado el acto de desagravio, no contento con haber excluído de él a los delincuentes, maldíjolos y declarólos fuera de la ley cristiana, y dignos de todos los castigos del cielo, si persistían en su infame comercio. Atemorizadas dos de aquellas familias, fueron al día siguiente a implorar la absolución. Pero el misionero, que quería que la lección diera frutos serios, les ordenó pidiesen perdón a todo el pueblo, en la reunión de la noche. Hiciéronlo efectivamente, con una humildad digna de Zaqueo, agregando además la promesa de no vender jamás bebidas alcohólicas. Entonces

levantóse la excomunión, o mejor dicho, lavóse con una aspersión de agua bendita.

Estas medidas, insoportables en otras regiones, tenían en favor suyo el respeto y favor populares; y, como se ve, eran fértiles en frutos de salvación. Su influencia era tanto más poderosa y general, cuanto que el predicador solía acentuarlas con terribles amenazas, las que Dios se encargaba a veces de realizar.

En otro paraje marítimo, un pescador se aprovechaba de la soledad del lugar para atraerse a su casa los pescadores diseminados en la playa; y, sanguijuela de bolsas y almas, consumaba en su mostrador la ruina moral de las poblaciones. El P. Liégey tuvo conocimiento de ello, durante la misión. Primeramente, trató de reducir al culpable por medio de la dulzura, pero éste sólo respondió con sarcasmos y blasfemias. Entónces llegó su turno a la maldición. En el sermón de la noche, frente al océano, exclamó el apóstol: «¡Aquel hombre que ríe de Dios, no reirá siempre impunemente: antes de terminar el año, habrá desaparecido de este mundo!» Al saber la predicción, el aludido se encogería seguramente de hombros; pero el hecho es que, pocos meses después, perecía de una manera tan inesperada como miserable.

Tan felices coincidencias entre las amenazas apostólicas y los castigos celestiales, dejaban a varias leguas a la redonda una impresión de terror en el pueblo, que coronaba al misionero con la aureola de profeta. Por esto, gran número de aquellos campesinos, de espontánea y candorosa fe, le hacían aún consultas referentes a su porvenir y misterios de su vida, como si hubiese sido un taumaturgo. Así sucedió en una bahía

del océano, donde, plantado sobre la arena, existe un caserío de pescadores. Allí refiérese un «milagro» del P. Liégey. La misión tocaba ya a su término, y en la tarde, un grupo de personas preparaban lo necesario para la procesión final. Desgraciadamente, un fuerte viento azotaba la playa con tal violencia que arrojaba al suelo, como pajillas, las guirnaldas de flores y arcos de triunfo, destinados a adornar el trayecto del piadoso desfile. Desalentados con sus inútiles esfuerzos, los decoradores se quejaron al misionero, declarando imposible todo trabajo. «Hijitos míos, respondióles él, no os impacientéis! El viento cesará pronto». Y, diciendo estas palabras, escaló la escarpada costa, y pronunció una fórmula de conjuración. Sea por la eficacia del exorcismo, o por un cambio natural de la temperatura, ello es que el viento cesó gradualmente, con gran alegría de toda la población marinera. Aderezáronse nuevamente arcos y guirnaldas. y la procesión pasó por la playa, a la caída de la noche, con todas las velas encendidas. Pero, lo más extraño fué que, cuando volvieron todos a sus casas, el viento comenzó de nuevo a arreciar, como si hubiese desaparecido solo por facilitar la ceremonia final de la misión.

Pero, en donde nuestro héroe obtenía verdaderos triunfos, era sobre todo en las procesiones. Al fin de su carrera apostólica, cuando estaba a sus anchas, organizaba ordinariamente cuatro, cada una con su timbre de originalidad santa.

La primera era la del perdón, como se acostumbra siempre. Su objeto era mover los corazones a la contrición, preparando así para una confesión más fervorosa a todos los fieles. Aquella noche, la instrucción

tenía por tema el divino Salvador, y era seguida de un sermón patético sobre la Pasión: después de lo cual se organizaba la procesión. Algunas veces, colocábase un gran crucifijo sobre un lecho de gala, el cual llevaban dos hombres sobre sus hombros; pero otras veces, un hombre representaba la persona del Salvador. En este caso, con la frente ceñida con una corona de espinas, cargado con pesada cruz y una cuerda atada a la cintura, constituía, aquel, el centro del desfile, el cual serpenteaba por las calles y caminos, a la vacilante luz de centenares de velas llevadas por los fieles. Catorce veces, deteníase la emocionante procesión, para escuchar una fervorosa meditación sobre cada uno de los misterios del Vía Crucis. Por más que se diga, semejante manifestación, hecha con la fe y orden requeridos, no podía dejar de conmover el alma. A la vuelta a la iglesia, se hacía la ceremonia del perdón propiamente dicha. Todos los asistentes pasaban por delante del santo Cristo, recostado sobre aquellas parihuelas, para besarle los pies al Señor como María Magdalena, y, también como ella, recibir una prenda de perdón. ¿No es verdad que todos debían volver a sus casas con más odio al pecado, y más amor a Jesucristo?

La segunda procesión era la de la Santísima Virgen: después del Hijo, la Madre. Común a todos los obreros evangélicos, el P. Liégey le imprimía su sello especial, en el sentido de que le servía para desarrollar su congregación de Hijas de María, de la cual se hablará en el capítulo siguiente. Las jóvenes que se habían afiliado bajo la bandera de la Virgen, obtenían en la procesión un puesto de honor. Iban todas vestidas de blanco con cíngulo azul, una corona de inmaculadas

flores sobre la cabeza y un lirio florido en la mano, y algunas de ellas llevaban las imágenes de la Virgen, colocadas sobre unas ligeras angarillas que festoneaban y adornaban guirnaldas; y, las demás iban agrupadas al rededor formándole a la Reina del cielo guardia de honor. Esta sola distinción bastaba para atraer a numerosísimas jóvenes, que, para merecerla, entraban en la cofradía; y, con la fidelidad a sus obligaciones, asegurábanse a la vez preciosas gracias de preservación.

Sin embargo, este sistema de angarillas ataviadas no era posible sino en caminos lisos y llanos. ¿Qué hacer en ciertas regiones, en donde sólo se encuentran senderos ásperos y tortuosos? Todo tiene remedio, y el entusiasmo del viejo misionero no se dejaba desalentar por tan poca cosa. En estos casos no se usaban las parihuelas, sino un vehículo, como en la Edad Media. Dejábasele como nuevo, aderezábasele con un manto de flores, coronado con un dosel de verdura, completábase esta decoración con algunas colgaduras, y la imagen de María entronizábase majestuosamente sobre aquel carro campestre y a la vez triunfal. Dos o tres yuntas de bueyes, igualmente ataviados, arrastraban lentamente el altar movible, rodeado por los fieles de oraciones, cánticos, alegría y amor.

Hace ocho años, celebróse en Santiago un Congreso eucarístico. Este solo hecho fué una luz para el P. Liégey. He aquí lo que escribió aquel año, 1905, en nuestras crónicas.

«Los tiempos están malos, tanto en Chile como en otras partes; en muchos, la fe yace muerta, en otros moribunda. La impiedad y la indiferencia ganan terreno, siniestras nubes amontónanse en el horizonte,

y anuncian para un porvenir, quizás no muy lejano, la tempestad que ha de sacudir la barca de Jesucristo. Por otra parte, las misiones no tienen ya el prestigio de la novedad; y, sea por ignorancia, sea por obstinación, muchos quedan insensibles, varios aun hostiles. Nos es, por tanto, forzoso, inventar nuevos medios de despertar la dormida fe, y de resucitar los antiguos entusiasmos fenecidos. Uno de los medios que me parece de evidente eficacia es la procesión del Santísimo Sacramento, en dondequiera se predique una misión. Sugiérenos esta idea el ejemplo de San Francisco de Sales, quien renovó enteramente a la provincia del Chablais mediante el culto a la Eucaristía». En consecuencia, pidió y obtuvo con este objeto la autorización de los superiores, y sin pérdida de tiempo puso por obra su proyecto. Procuróse, con la mayor diligencia, una custodia portátil destinada a ir con él a todas sus correrías apostólicas. Oigamos la relación que nos hace de su primer ensayo: «La noche comienza a arrojar el día, y la recogida procesión sale de la iglesia. Los notables del lugar sostienen el palio; el pueblo todo lleva velas encendidas; los niños acompañan blandiendo palmas y ramilletes de flores; las jóvenes, de blanco, ostentan una rama de lirio; todos unen sus voces y corazones en un cántico a Jesús-Hostia. De distancia en distancia, álzanse agraciados altarcillos: desde allí, una vez depositado el Santísimo Sacramento en medio de una aureola de luces y flores, me dirijo al pueblo arrodillado: «El Dios que «veis velado bajo la blancura de la Hostia, les digo, «no es para vosotros un desconocido, ni un indiferen-«te, sino que es vuestro Padre, el cual os ha dado la

«existencia y os la conserva en todos los instantes; es «vuestro amigo, el único verdadero en el mundo; el «que os ha entregado, sin vuelta, todo su corazón; «el que derramó por vosotros toda la sangre de sus «venas, sin reservarse una gota; el que, para el sus«tento de vuestras almas y glorificación de vuestros «cuerpos, se ha hecho alimento y bebida. Es vuestro «consolador en la vida. ¡Ah! ¿qué es la vida? Un ca«mino sembrado de espinas, un desierto lleno de pa«decimientos, un valle de lágrimas y sollozos! Pues «bien, ¿quién sostendrá vuestros pasos en este áspero «sendero, quién curará vuestras heridas, quién secará «vuestras lágrimas? Venid, ¡sólo el Amigo divino, sólo «Jesús-Hostia! Cesad, pues de ofenderlo; pues, si en la «Eucaristía es todo misericordia, si está allí sobre su «trono de amor, mañana lo veréis sobre su trono de jus«ticia, para pediros cuenta de vuestros olvidos, de vues«tros menosprecios, de vuestras injurias, de vuestros «crímenes, de vuestras ingratitudes». Y, mientras hablaba de esta manera, veía brillar en muchos ojos las lágrimas: los corazones de aquellos campesinos comprendían algo del amor de su Dios y de la magnitud de sus ofensas contra Él. En los otros altares, reprodúcese la misma escena, con otro fervorín sobre el misterio del altar. Por la noche, iluminada por las velas que centellean en las tinieblas, parece que se está en presencia de una evocación de las catacumbas. Por fin, vuelve la procesión a la capilla». Pero el Padre Pablo Liégey que tiene santas audacias, ha pedido a la multitud que vele hasta el día siguiente en honor del Dios sacramentado, y lo ha obtenido. Hasta la hora de la Misa, el mismo patrón de aquellos dominios permanece

prosternado delante del Huésped divino, mientras a su lado vienen por turno a arrodillarse los trabajadores de allí mismo, para aquella adoración nocturna, tan nueva para ellos. «¡Ah! exclama alborozado el Padre, cómo «gozaría Nuestro Señor en medio de aquellos pobres, «recorriendo sus campos, bendiciendo sus hogares, de-«jando caer rayos de su gracia sobre las almas, para «iluminarlas y calentarlas! ¡No sé qué atmósfera de fe «y dulzura celestiales envolvía a la multitud!»

Sea como fuere, aquel primer ensayo trajo consigo preciosas conversiones; y, realmente el Salvador, siempre tan bondadoso, ¿podría pasar jamás en medio de nosotros sin hacer el bien, sin curar nuestras languideces, sin dar vista a los ciegos, oído a los sordos, movimiento a los paralíticos, por lo menos en el orden espiritual? No por otro motivo, una horda de malhechores que, sin escrúpulos, devastaban cosechas, rebaños y casas aisladas de los alrededores, fué a arrojarse a los pies del misionero. No todos, sin embargo; algunos malos ladrones se obstinaron como el del Calvario. Pero esto no resultó en provecho suyo. Poco tiempo después, cayeron en manos de la justicia humana aquellos mismos que habían menospreciado la misericordia divina, y pagaron en la prisión sus robos y maldades. Este éxito inicial dió alas a la piadosa invención, y su autor no omitió jamás en adelante esta manifestación de amor al Corazón eucarístico, atribuyéndole continuamente algún inesperado favor y superabundancia de gracias para las misiones.

En fin, la última procesión era la de la clausura o plantación de la cruz. Ésta es una ceremonia universal; pero a impulso del ardoroso apóstol, tomaba a

las veces un carácter del todo personal, original, grandioso aún. He aquí un ejemplo, sacado de un diario de provincia, el cual en 1886 hizo la narración de ella con todos sus detalles.

«Estamos a orillas del mar, a las 8 de la mañana. En la playa, yace una cruz de 12 metros de largo, adornada ya de guirnaldas y ramas verdes. Treinta robustos marineros la cargan sobre sus hombros, y el resto de hombres la rodean inmediatamente, alineándose en dos largas filas. Detrás de aquel primer grupo, fórmase el de las mujeres, en el cual domina, sobre sus angarillas adornadas de flores y colgaduras, el cuadro de N.ª S.ra del Perpetuo Socorro. He aquí que la procesión se pone lentamente en movimiento: banderolas, agitadas por el viento venido de alta mar, guían la marcha; la banda toca uno de sus más hermosos trozos, y el pueblo entona espontáneamente un cántico. No tarda en alcanzar el número de fieles a 1,200 personas que, poco a poco, se elevan sobre los flancos, y hasta la cima de una colina que domina el océano. El espectáculo es imponente. Arriba un cielo lleno de sol, sin una nubecilla; a la derecha, un pequeño lago cristalino, bordeado de colinas y casas; a la izquierda, el mar con dos navíos anclados, tocando el horizonte con sus azules olas, tan sereno y tranquilo que semeja tener miedo de turbar la oración de sus bateleros. Aun ha bajado a tierra una parte de la tripulación, empezando por el comandante inglés, para tomar parte en la fiesta. De improviso, la marcha resuena más armoniosa y magnífica, los cánticos se elevan más vibrantes: he ahí que se alza la cruz, faro de sobrenatural esperanza para los navegantes de

estas costas, recuerdo de alegría, signo del cielo para los habitantes de sus playas. «Dios, exclama entonces el P. Liégey, arrebatado por la vista de tan grandioso espectáculo, Dios ha hablado al hombre en tres grandes libros: la naturaleza, la Biblia, la Cruz. ¡La cruz! ¡ah! leed, ávidos los ojos, lo que sobre su leño sagrado escribió el Redentor con letras de sangre divina! ¿No veis impreso en ella el amor infinito que tiene a vosotros, el precio de los padecimientos, la gravedad del pecado, la ingratitud del hombre que viola la ley de Cristo?» Y desarrolló elocuentemente aquel tema conmovedor. Luego agregó: «Ahora bien, ¿que ocurre en nuestros días? El viento de la impiedad agosta las almas; gran número de cristianos se sonrojan de doblar la rodilla ante la cruz; el respeto humano tiene a la fe encadenada dentro del corazón, como en una prisión, o una catacumba. Es menester reaccionar contra esta cobardía de los pusilánimes, contra esta parálisis sobrenatural que amenaza postrar a la sociedad en el vil camistrajo de la indiferencia. ¡Hagamos nosotros confesión franca, viril, valerosa de nuestras creencias! Hoy, más que nunca, es una obligación para todos hacerlas subir del corazón a los labios. ¿En dónde está, entre nosotros, el que tiene vergüenza de la fe de su bautismo? ¡Ah! Aquél es indigno de llevar en adelante el nombre de cristiano, aquél ha perdido el emblema y signo de hijo de Dios; se sonroja de Cristo, y Cristo se sonroja de él, y Dios lo señala, como a Caín, con el estigma de la maldición. Aquí, pues, al pie de esta cruz, en presencia del cielo que se inclina para escucharnos, en presencia de la tierra, que os devorará quizas si faltáis a vuestra palabra, en pre-

sencia del océano que acalla el ruido de sus ondas para no estorbar nuestra profesión de fe; aquí, digo, vais a renovar los votos y juramentos de vuestro bautismo». Y el pueblo todo, en un clamor inmenso, con la mano alzada hacia la cruz, jura de nuevo renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras, para permanecer fiel a Jesucristo para siempre. . . .

Sin embargo, como el entusiasmo del predicador iba en aumento, tuvo una súbita inspiración. Recordando la escena incomparable que se desarrolló en la llanura de Siquem, entre los montes Hebal y Garizim, cuando Josué dividió en dos secciones las doce tribus de Israel, para bendecir a los fieles y maldecir a los prevaricadores, hizo amontonarse a los hombres en una de las pendientes de la colina, y a las mujeres en la otra; luego se produjo un gran silencio. Entonces la voz del sacerdote, corriendo por toda la asamblea, pronunció primero las fórmulas de bendición: «¡El Señor bendiga a los que en adelante guarden su fe, y renuncien sin vuelta a los antiguos desórdenes!» Y la voz de los hombres, y la voz de los marinos habituados a dominar el ruido de las olas, respondió en coro: «¡Así sea!» —«¡Qué los bendiga en su alma, para que Dios los preserve del pecado y sus ocasiones, y los conduzca hasta el puerto de la beatitud eterna!— ¡Así sea!—¡Qué los bendiga en sus cuerpos, en sus casas, en sus familias, para que el Creador les dé salud, paz, felicidad, esperanza¡ --Así sea!—Que los bendiga en sus campos, en sus rebaños, y en todas sus empresas, para que Dios no les niegue la abundancia, la fecundidad, el éxito!—¡Así sea!—¡Que los bendiga en todos los días de su existencia, que los bendiga en

sus últimos momentos!—¡Así sea!» Y a una señal, rompió la banda en una sinfonía, como para celebrar las bendiciones que, desde lo alto de los cielos descendían, como rocío bienhechor, en todas las almas de buena voluntad. Volviéndose en seguida hacia el grupo de las mujeres, el Padre prosiguió: «¡Malditos sean los miserables endurecidos, que rehusan volver a su Dios!» Y en un solo grito, las mujeres respondieron: «¡Así sea»!—Malditos sean los viciosos que vuelven a su embriaguez, a su lujuria, a sus escándalos, a sus injusticias, a su desprecio del domingo y de la confesión!» Y la terrible y lúgubre letanía continuó dasarrollándose, y en cada maldición, madres de familia, hijas, hermanas, amigas, pronunciaban con un estremecimiento: ¡Así sea!»

Compréndese que escenas de esta naturaleza se borraban difícilmente de la memoria del pueblo, «¡No, no! decía aquella multitud, volviendo a bajar las laderas de la colina, ¡jamás olvidaremos este día en que Dios se ha dado a nosotros y nosotros a Dios!» «¡Bendito seáis vosotros también, agregaba para terminar el diario de aquel pueblo, benditos seáis, hombres apostólicos, que venis a nuestras playas a instruírnos, moralizarnos, traernos las luces del Evangelio! ¡Benditos seáis vosotros que hacéis de nuestras almas mansiones de paz y felicidad; vosotros que curáis las heridas de nuestros corazones, reconciliáis los matrimonios y familias desunidas, fortificáis en los pobres la paciencia, aviváis en los ricos la compasión, derramáis en los afligidos el consuelo. Vais a partir, pero quedaréis en medio de nosotros con vuestro recuerdo, vuestros ejemplos, vuestros consejos!»

De este modo el P. Liégey, industrioso como la abeja, que de todo saca miel, procuraba de todas maneras la gloria de Dios y la salvación de las almas. Si a veces sus industrias degeneraban en singularidades, sobre todo en el ocaso de su vida, es acreedor, no obstante, a la indulgencia de los críticos más rigurosos. La edad, la intención, los resultados dánle derecho a ello. Por otra parte, es de creer que en el tribunal divino, el Salvador le habrá hablado muy poco de sus singularidades, y mucho de las almas salvadas y méritos adquiridos. ¡No seamos más severos que Dios!

CAPÍTULO IV.

La Virgen y el Apóstol

Hay, en el mundo, médicos que, por una u otra causa, se olvidan de sus enfermos y los abandonan; pero la reciprocidad en este sentido es más escasa. El misionero, favorecido, pequeñito, por Nuestra Señora de la Piedad no podía, por esto, olvidar a su «médico». Exigíalo así el más vulgar reconocimiento; y, como además, debía, como buen Redentorista, trabajar en la difusión del culto de María, no corrió riesgo de faltar a ello, colaborando, por el contrario, a aquella difusión con todas sus fuerzas.

Primeramente, en el convento, durante su primer septenario en Chile, cuando las consecuencias de su torcedura, y sus obligaciones de Director de hombres lo retenían forzosamente en el claustro, distinguióse entre los más celosos propagadores del culto a María.

La devoción a la Virgen del Perpetuo Socorro estaba todavía en plena efervescencia en nuestra iglesia, convertida en verdadero lugar de peregrinación. Sobre todo el domingo, desde las 6 de la mañana hasta la caída de la noche, era una interrumpida procesión de fieles que acudían a la portería o al confesonario, para referir un nuevo prodigio de la Sma. Virgen. «Yo estaba enfermo, decía uno, y ella me ha sanado. —Yo sin trabajo, ni empleo, agregaba otro, y ella me lo ha proporcionado.—Yo era esclavo del vicio, y ella me ha convertido.—Yo estaba bajo el peso de la aflicción, y ella me ha aliviado y ha enjugado mis lágrimas....»

Celoso, por lo tanto el P. Liégey de la gloria de su Madre, coleccionaba, lleno de amor, aquellos relatos populares. En 1884, enviaba a «La Santa familia» un informe, en el que reunía, de una plumada, veintiséis maravillas obradas por la poderosa y dulce mano de la Virgen.

«Ya es un padre de familia, cuya casa arde en llamas, y el cual, al ver a uno de sus hijos con su cuna ya cercada por el fuego, desclava, en un arrebato de desesperación, una imagen de Nuestra Señora, y de rodillas delante de la hoguera, eleva el cuadro, ordenando al incendio detenerse. En el mismo instante, éste amaina su furia, apacíguase y cesa deltodo, sin haber tocado al niño, ni más ni menos que las llamas del horno a los tres jóvenes hebreos de Babilonia...

«Ya es un albañil, único sostén de la familia, que cae de un andamio de 10 metros de altura. Mientras lo llevan al hospital, su mujer, en el colmo de la desesperación, se arrodilla en su pieza exclamando: «¡Vir-

gen del Perpetuo Socorro, no permitáis que muera mi marido!» En el mismo instante, el obrero vuelve en sí, en los mismos momentos en que todos los que lo rodeaban lo creían muerto; y una hora después hace comprobar, por dos médicos, el no tener ni una herida, ni una lesión, ni un rasguño...

«Ya es un soldado, que, durante la guerra contra el Perú, llevaba una medalla cosida en su quepis. Las balas habían llovido a su alrededor; una de ellas le había traspasado el chacó, pero sin tocarle ni un cabello; otra le había arrancado de los dedos un pedazo de pan, pero sin siquiera rozarle la piel; y volvía sano y salvo, a encender un cirio, a los pies de su celestial protectora».

Y el narrador proseguía, lleno de amor, su serie de curaciones y favores, agregando que se les contaba por miles, y podría formarse con ellos un volumen del mayor interés, y de la más conmovedora edificación. Efectivamente, en esta época, la intervención de María era un hecho tan universalmente reconocido, que la voz pública de Santiago decía y repetía: «Desde que se ha dado a conocer entre nosotros el culto de N.ª S.ª del Perpetuo Socorro, la antesala de los médicos está poco menos que desierta». Atestiguando y oyendo aquellos prodigios, el P. Liégey sentíase naturalmente inclinado a favorecer y difundir un culto tan querido a su corazón, sea en sus relaciones en el locutorio, sea en el tribunal de la penitencia, sea en el púlpito. Era para él una verdadera dicha poder predicar, en nuestra capilla, las glorias y bondades de María, haciéndolo con tal unción y efusivo amor, que más de una vez consiguió notabílisimas conversiones.

Encargado del panegírico en la fiesta de Ntra. Sra., tomó por divisa esta antítesis: «Inmensa y perpetua es nuestra miseria, inmenso y perpetuo es el socorro de María». La actualidad siempre viva del tema escogido, como así mismo los acentos del orador, hicieron que cada una de sus palabras penetraran como dardos en las almas, sobre todo cuando en la peroración, exclamó: «Ignoro los pensamientos que habrá despertado en vuestro espíritu la doble evocación de nuestra miseria de hombres pecadores, y la maternal bondad de Nuestra Señora. Por mi parte, a vista de la miseria en que estamos sepultados, bajo el dolor de las mordeduras de los remordimientos respecto de la vida pasada, frente a los peligros presentes y a las incertidumbres futuras, cáenseme por el desaliento los brazos, y el corazón me desfallece dentro del pecho. Pero, ¡lance yo una mirada hácia el Corazón misericordioso de María, sobre el que se apoya afectuosamente el Niño divino, y al punto mi corazón, abatido por un soplo de desesperación, se levanta, y sobre él vuelve a brillar el valor y la confianza, como sobre el mundo, después del diluvio, el arco iris! Sí, valor y confianza! ¡Ah, la vida pasada con sus debilidades, sus faltas, sus crímenes quizás, nos llena de vergüenza y temor, como a Adán y Eva, después de la prevaricación bajo el árbol prohibido. Pero ¿olvidáis, acaso, que para vosotros, como para los hombre todos, ha suscitado Dios la Mujer que debe restablecer las enemistades necesarias entre vosotros y la serpiente infernal? La vida presente, erizada de peligros y llena de enemigos, os hace estremecer, como se estremece un niño perdido al acaso en un campo de combate. Pero ¿no veis,

por ventura a María, de pie a vuestro lado, poderosa para defenderos como un ejército ordenado en batalla; invulnerable para protegeros, como la torre de David pertrechada de mil corazas y mil espadas, y contra la cual se estrellarán impotentes todas las legiones del infierno? Inciertos respecto a vuestro destino eterno, como un viajero en país extraño y desconocido, no sabéis que camino escoger para llegar sin extraviaros al cielo: mas ¿ignoráis, acaso, que María es la estrella de la mañana, que guía a los pobres mortales hacia la vocación que Dios les ha señalado, con tanta seguridad como la Estrella de los Magos condujo a éstos a Belén? Quizás, como el judío que iba de Jerusalén a Jericó, habéis caído en manos de los ladrones, esto es, de los demonios, que os han asaltado con tentaciones, os han cubierto con las heridas del pecado, y dejado, en el camino, espiritualmente moribundos: mas ¡recordad que María es la salud de los enfermos, que mil veces más caritativa que el samaritano, curará vuestras llagas, derramará sobre ellas el aceite de la confianza y el vino del amor arrepentido, y os conducirá ella misma hasta la divina hostería, que no es otra que el confesonario, en la cual os recomendará a los cuidados de su divino Hijo, hasta completar vuestra curación, ofreciéndose ella misma a Dios como fiadora vuestra! En presencia del porvenir, negro de misterios, quedáis helados de espanto, a semejanza de un explorador lanzado por un mar desconocido: pero ¿no es María la Estrella del mar, que, entre los escollos y tempestades, os guiará sin naufragio al puerto de salvación? ¿Ha cesado de ser, acaso, la Puerta del cielo, que se abre de par en par a quienquiera que lleve su librea?... Después

del paso del Mar Rojo, al verse a la orilla, fuera de peligro, en los momentos mismos en que las olas se tragaban a Faraón con sus oficiales y soldados, Moisés, arrodillado en la arena, entonó el himno de la liberación: mas, ¡cuánto más hermoso será el cántico de los servidores de María, cuando, llegados ya a las riberas de la felicidad eterna, miren a lo lejos, en lo profundo, el océano de fuego en que Satanás con sus demonios y condenados forcejearán en vano, hasta el fin de los siglos! ¡Oh sí, cuán hermoso será aquel himno de victoria, de reconocimiento y de amor, cantado sobre las rodillas y recibiendo las caricias de la Reina del cielo! Desde ahora, unamos, pues, nuestras voces con las de los escogidos, para aclamar a nuestra Madre, y comenzar aquel canto cuyo eco debe perderse en la eternidad».

Siguióse a esto, una invocación tierna, suave, filial, premiosa, entusiasta, a la Virgen del Perpetuo Socorro. Ahora bién, mientras hablaba el orador de esta manera, arrebatado fuera de nuestra vulgar esfera, un hombre no cesaba de enjugar sus lágrimas, y de ahogar los sollozos que levantaban su pecho. Era un desconocido. Recientemente llegado del sur, por dificultades de negocios, habríase dicho que la Virgen misma, con designios del todo misericordiosos, lo había conducido, como por la mano, hasta su santuario, en aquel día de gracias extraordinarias. Las palabras del predicador, como gruesas gotas de un agua vivificante, habían penetrado en su alma árida y seca. ¡Ay! Sobrado inculta era aquella pobre alma, sobre la cual no habían caído, desde hacía 32 años, las aguas de la penitencia y las lágrimas del perdón¡ Abrióse ahora a los

torrentes de gracias, que descendían aquel día del cielo a la tierra, y con las más admirables disposiciones el pobre extraviado reconcilióse con Dios.

Perdone el lector esta larga transcripción del fin de este discurso. Tiene, según nuestro parecer, doble importancia: primeramente, a causa de su eficacia en la conversión de aquel hijo pródigo, y más todavía, porque da una muestra general de la elocuencia de nuestro héroe: era, como se ve, misionero de cuerpo entero.

Una vez lanzado en las vías apostólicas, no corrió el Padre Pablo Liégey riesgo de dejar en último lugar el culto de la Virgen. Lejos de esto, éste fué siempre el alma de sus trabajos, el resorte de sus obras. En donde quiera que fuese posible, establecía no sólo el cuadro de Ntra. Señora, sino también la Súplica perpetua: de esta manera, siempre había comunicación entre la tierra y el cielo, entre la población evangelizada y la fuente de las gracias; práctica admirable, escala misteriosa, en donde, como en la de Jacob, los ángeles debían subir y bajar cargados alternativamente de oraciones humanas y favores celestiales. Los prodigios espirituales, debidos a esta institución, han quedado sin duda ocultos en el secreto del confesonario y de las conciencias. Pero para gloria de la Virgen, algunos, de orden temporal, nos han sido transmitidos por el feliz testimonio de los siguientes hechos, referidos por el mismo apóstol de María.

«Predicaba la misión, dice, en un lugar llamado La Punta, vivía allí una familia sumida en la mayor aflicción: pues un acreedor de mala fe cobrábale por una casa, ya pagada, 3,000 pesos, suma enorme para aquella

pobre gente. Siguiendo mi consejo, hicieron una novena a Nuestra Señora, expuesta a la veneración pública; y antes del noveno día, el estafador confesaba espontáneamente su fraudulento artificio, y desistía de sus exigencias ladronescas...

«En una aldehuela, un padre de familia sufría de una pústula, o principio de cáncer en la mejilla. Todos los remedios, ensayados en el espacio de dos años, habían logrado sólo empeorarlo gravemente. Desalentado, el infeliz dejaba ya que el mal siguiese su curso, cuando llegó al lugar la santa misión. Como de costumbre, expuse el cuadro de Nuestra Señora, e invité a todos a la confianza. Nuestro hombre resolvió entonces tentar el remedio sobrenatural de la oración. Durante largo rato, permaneció al pie del altarcito de María, abismado en profunda súplica. Luego, retiróse tranquilamente a descansar. Al día siguiente, al despertar, ¡cuál sería primero su estupefacción, y luego su alegría, cuando, al quitarse la venda, no encuentra la menor huella del mal! Loco de felicidad, vuela a la iglesia, atraviesa por entre los fieles y publica en alta voz su curación, la cual se apresuran todos en comprobar con impaciente curiosidad. Inmediatamente un cántico de acción de gracias brota de todos los pechos, y desde entonces hasta el fin de la misión, créase una corriente increíble de fervor, que el cielo hubo de recompensar sin duda con otra corriente de bendiciones celestiales».

«La piedra de toque del verdadero misionero, afirma el R. P. Bouchage, es la solicitud en asegurar la perseverancia de los frutos de la misión». Y tal era, en verdad, la gran solicitud del P. Pablo Liégey. Las

principales prácticas, por él inculcadas al pueblo, eran el rosario en la familia, y las tres Ave Marías de la mañana y de la noche. Para fomentar esta devoción, y recordar al pueblo, para en adelante, sus promesas a la Reina del cielo, erigía, por todas partes, capillas o grutas más o menos rudimentarias, en las cuales dejaba la imagen bendita de Ntra. Señora del Perpetuo Socorro. Así lo hizo, por ejemplo, en San Ramón, propiedad contigua a Santiago. Deseoso de establecer a la Sma. Virgen como patrona especial del lugar, organizó una colecta entre la gente del pueblo. Con su producto, bajo los árboles que bordean el camino principal de Chile a la Argentina, hizo construír un nicho en donde, con todas las solemnidades acostumbradas, colocó la imagen querida. La idea fué realmente digna de un apóstol de María. Gran vía de comunicación entre ambas repúblicas, los viajeros, comerciantes, pastores, pasaban por allí en gran número, y muy raros serían los que no se detuviesen un momento ante el cuadro de Ntra. Señora, para hacerle la ofrenda de una vela o una plegaria. Realizáronse las previsiones del celoso misionero. En tres meses, la familia que cuidaba de la gruta, vendió a piadosos viajeros más de 60 kilos de velas. Mas ¿quién podría pesar todas las oraciones, dejadas a los piés de la Virgen por sus fervorosos servidores? ¡y más numerosos, por cierto, que las velas encendidas, fueron todavía, en el mismo tiempo los corazones inflamados de amor filial a María!

En ciertas localidades, reunía el Padre, en una sola ceremonia, la plantación de la cruz y la entronización de Ntra. Señora. En este caso, arreglábase, al pie de la cruz una minúscula gruta de piedra o ladrillo, y colocá-

base en ella el cuadro venerado. A veces la idea se abría camino: en uno que otro punto, este simple nicho se ha convertido en oratorio rústico, edificado por las manos y el dinero de los campesinos, por instigación del apóstol. Y en aquellas humildes ermitas, la Reina del mundo complacíase en desplegar su poder y bondad, no menos que bajo las doradas bóvedas de las más espléndidas basílicas. Testigo de ello es aquel buen hombre, cuyo hijo de ocho meses estaba con un pie en la sepultura. En medio de su desesperación, el padre tuvo de improviso la inspiración de recurrir a la Virgen de la capilla inmediata. Corrió allí, hizo un voto, y tuvo la alegría, al volver a su casa, de ver revivir a su hijo, pedir el seno materno, y gozar desde entonces de la más floreciente salud.

Esta fundación de grutas y capillas campestres sugirióle pronto la idea de una institución nueva, imitación en pequeño de la Súplica perpetua de Santiago. Como hemos visto, establecíala, en el curso de sus misiones, entre las poblaciones evangelizadas; pero soñaba con dar a este culto público una vida más duradera. Para que subsistiese por sí mismo, después de la partida de los misioneros, creó la congregación de «Hijas de María», adaptable tanto para los habitantes de la ciudad, como para los del campo. Era en 1887. En una instrucción previa, explicaba primero, en el púlpito, el fin y obligaciones de la obra. El fin estaba a la vista: favorecer y arraigar la devoción a María, preservar a la juventud de los peligros que la cercan por todas partes, y atraer sobre la región las bendiciones maternales de la divina Madre. En cuanto a las obligaciones, consistían principalmente en la asistencia

fiel a los ejercicios de la Súplica de los domingos, en el compromiso de evitar las ocasiones peligrosas y diversiones mundanas, y, por último, en la frecuentación de los sacramentos, según las circunstancias de tiempo, lugar y persona. A la cabeza de cada sección había una señora, escogida entre las más virtuosas y las más instruidas, para presidir las reuniones, llamar al orden a las negligentes y expulsar a las escandalosas. Después de esta instrucción explicativa preparatoria, en la cual hacía resplandecer los privilegios de las asociadas, a saber: derecho exclusivo de llevar en las procesiones las imágenes de María, como así mismo el traje blanco, corona y lirio, el fundador pedía a las jóvenes deseosas de incorporarse en la cofradía, les diesen sus nombres, citándolas para el día siguiente en la Misa. Debían presentarse todas vestidas de blanco para simbolizar la pureza, y con un cirio en la mano, emblema de la fe. Dábales el Padre una conferencia sobre sus nuevos deberes, pronunciaba ante el cuadro de Ntra. Señora una fórmula de consagración, y bendecíalas por último en nombre de la Reina del cielo.

Si el lector quiere asistir a una de las reuniones dominicales de la cofradía, sigamos hasta una hacienda llamada San Antonio. Estamos en medio del campo; la heredad tiene la forma de un inmenso cuadrilátero, en el cual están diseminadas las habitaciones de 350 trabajadores, que benefician aquella tierra. Seis meses antes, el P. Pablo Liégey había predicado la misión, y el día de la clausura, había plantado una cruz en uno de los ángulos del cuadrado, y bendecido, contigua a ella, una hornacina, en la cual estaba colocada una ima-

gen de Ntra. Señora. Es domingo; bajo los rayos del caliente sol de la tarde, pequeños grupos de mujeres, jóvenes y niños brotan de todos los caminos, van andando hacia la cruz de la misión y desaparecen bajo una cabaña de follaje. Es el frágil oratorio que defiende el cuadro de María de las injurias de las estaciones. En seguida, bajo aquel techo de ramaje, elévase un coro de voces modulando primero un canto, y luego el rezo del rosario. Terminado éste, la presidenta entona otro cántico, y da la señal para el catecismo de los niños y niñas. ¿No es ésta una tarde de domingo bien empleada, y bendecida por el cielo? ¡Y en cuántos otros puntos se reproducía la misma escena! Eminentemente popular, y adaptada a la devoción chilena, esta obra se había aclimatado realmente en todos los campos; cada vez se presentaban, en los principios, como unas sesenta jóvenes, vestidas de blanco, para cumplir esta obligación semanal de Hijas de María.

Sería un error creer que esta institución fuese transitoria, fugitiva, como un cohete de entusiasmo lanzado por el misionero. Ahora mismo, después de diez o veinte años de existencia, la cofradía funciona regularmente en cien pequeños grupos ignorados, y que nuestros Padres descubren con la más grata sorpresa. En Pomaire, en Teno, había todavía de cuarenta a sesenta personas en las súplicas dominicales. En Nilahue, después de tres años, las reuniones semanales eran tan concurridas como el primer día. La capilla rústica de bambúes tenía siempre ramilletes de flores frescas y velas encendidas, y el cepillo encerrraba hasta $ 300, óbolo de los pobres para la erección de un oratorio más decente. Y ¡cosa conmovedora! todos los días, de la

mañana a la tarde, una pobre vieja, inválida e inhábil ya para trabajar, permanecía acurrucada delante del cuadro de Ntra. Señora del Perpetuo Socorro rezando sus Padrenuestros: hubiérase dicho una estatua de la oración.

En cuanto a los frutos que produjo y dejó en sazón esta congregación, fueron admirables, prodigiosos. Daremos como prueba de ello, estas líneas sacadas de nuestras crónicas de 1895: «En Codao, el R. P. Pablo Liégey había establecido, hace pocos años, según su costumbre, la Congregación de las Hijas de María: el resultado ha sido sorprendente. La incomparable pureza de conciencia de aquellas almas de veinte años es verdaderamente asombrosa. Cuando les preguntamos el secreto de su extraña preservación, nos responden uniformemente: «¡Soy hija de María!» Ahora bien, si se considera que, en su vida apostólica, nuestro misionero de la Virgen no ha recibido menos de 30,000 niñas en su piadosa asociación, (ése es el número que el confiesa) ¡júzguese cuántas oraciones ha provocado, cuántos pecados ha hecho evitar, cuántas gracias ha hecho descender del cielo, cuántas almas ha salvado, cuántos méritos se ha granjeado él mismo!

Popular, fecunda, llena de vida, fué además una institución aprobada por Dios de una manera visible, vengándola de sus profanadores. En San Antonio, en donde acabamos de ver una de aquellas reuniones del domingo, la obra siguió su curso regular durante ocho meses consecutivos. Desgraciadamente, el administrador de la propiedad se retiró; y su sucesor, hombre codicioso e incrédulo, quiso utilizar en provecho suyo la devoción de aquella buena gente. A corta distancia de la capilla de follaje, levantó un bodegón, estable-

ciendo en él a una mujer, con sus siete hijos, para el despacho de bebidas, para lo cual atraía a los peregrinos con cantos, bailes y música. El diablo y el avaro salieron con eso gananciosos. Poco a poco, a dos pasos de la cruz y de la Virgen, produjéronse, en aquella inmunda taberna, toda clase de desórdenes, tanto que nadie se atrevió ya a darse cita los domingos a los pies de Jesús y María, de miedo a los insultos y peligrosos encuentros. Ocho meses después, volvió allí el Padre para renovar la misión. Puesto al corriente de los escándalos profanadores, sintió inflamarse su celo. Llegada la tarde, arrastró a toda la concurrencia a la colina, al pie de la cruz. Luego, en una vigorosa alocución, puso de relieve la gravedad del hecho, el ultraje lanzado a Nuestro Señor, la pena causada al Corazón de la Virgen, y terminó con esta amenaza, en el tono inspirado que le era peculiar y que tanto impresionaba al pueblo: «Creedme, hermanos míos: si los culpables no se enmiendan, la Sma. Virgen castigará estas profanaciones». Esta protesta y esta amenaza dejaron, no obstante, a los cómplices en la más completa indiferencia: el administrador declaró que su taberna no se cerraría; y la vendedora, contando un aumento de ganancias, precisamente a causa de la afluencia de la gente de la misión, continuó, como si tal cosa, en el despacho de bebidas, acompañadas de bailes y músicas. Pero el cielo intervino inopinadamente para trocar las canciones en gemidos. Al día siguiente, la infeliz cayó enferma, y la muerte arrebatóla en pocos días. Dios mismo se encargó de rehusar la sepultura eclesiástica a aquella que le había rehusado su conversión. En esos mismos días, las inundaciones aisla-

ron aquella parte del pueblo, tanto que fué de todo punto imposible transportar el cadáver para las exequias. Enterrósele en el flanco de la colina profanada, como si hubiese sido una bestia de carga. El golpe dado por la Justicia divina hirió por fin de espanto, y dispersó a toda la cuadrilla de libertinos, y pudo la Súplica seguir su curso, con alegría general de la cristiana población.

Mas, si el P. Pablo Liégey era el apóstol de la Virgen, había en ello reciprocidad: María era la Virgen del apóstol, comenzando por hacer eficaces sus palabras. En una misión, un joven impío se engreía de no tomar parte en los ejercicios. Espíritu fuerte, como los hay tantos entre los de vacíos cascos, reíase de aquellas mojigangas, buenas para «pechoñas y beatas». Una noche, no obstante, prometió ir al sermón con el nobilísimo fin, por otra parte, de hallar materia para sus burlas. Era el día consagrado a la Virgen. Escucha el sermón, primero como enemigo; luego su corazón, gastado al contacto del vicio y habituado a otras emociones, sintióse penetrado de un sentimiento indefinible, algo semejante al que experimentó el centurión al pie de la Cruz y al lado de la Madre dolorosa, en el Calvario. Y cuando principió el misionero la fórmula de consagración a María, el pobre extraviado cayó de rodillas: de la risa burlona pasaba a las lágrimas penitentes. Por la noche, huyó de él el sueño: el eco del sermón hacía demasiado bullicio en su conciencia para que pudiese gustar del reposo. Esas largas horas de vigilia, empleólas en hacer examen de su alma, y, al rayar la aurora, corrió a arrojarse a los pies del P. Pablo para depositar en su corazón sacerdotal la pe-

sada carga de sus faltas. La bendición de la Madre de misericordia había hecho fecundas las palabras del misionero. Y ¡cuántos otros extraviados han vuelto a Dios por el mismo medio; extraviados, cuya historia sólo será conocida en el día del juicio!

En 1884, La Sma. Virgen lo ayudó de una manera más sorprendente todavía, según una relación por él publicada en la misma revista «La Sagrada Familia». Una joven de 18 años, de buena familia, llevaba mala vida: perversas lecturas, y, más todavía, conversaciones impías, habían envenenado en su alma las fuentes de la fe y la virtud. Al principio de la misión, continuando en el triste papel que se había atribuido, la infeliz tomó el partido de reír, y hacer reír, de la divina palabra y de los más sagrados misterios. Semejante incredulidad y malicia eran la desesperación de su familia, profundamente cristiana; pero nada era parte a desviarla de sus abominables proyectos. Todas las noches, pues, hacía en la misión una amplia cosecha de burlas para amenizar sus conversaciones del día siguiente. El día de la consagración a María, hallábase allí escéptica y socarrona como siempre. Sin embargo, el sermón cayó allí como bienhechora lluvia sobre su alma: lo que más la impresionó fueron los favores vinculados a las 3 Ave Marías para obtener el don de pureza. Cogió la cosa al vuelo, y por un resto de religión, oculto en el fondo de su corazón, como una última chispa bajo un montón de ruinas y cenizas, díjose: «¡Vah! eso es corto y sencillo, y no hace mal a nadie; lo ensayaré!» Pero entrada en su pieza, perdida desde mucho tiempo ya la costumbre de rezar, olvidó su promesa y se echó a la cama. Rendíala

ya el sueño, cuando recordó su propósito. A causa de la palabra dada, se levantó, rezó su breve oración y volvió a acostarse. La Sma. Virgen no pedía más para salvar aquella alma, más extraviada aun que perversa. Estaba la joven apenas dormida, cuando vió su lecho envuelto en llamas, que le parecían salir del infierno. No era esto sino un sueño; pero le hizo tal impresión, que se resolvió a una conversión inmediata, completa, sin vuelta. La vida no fué desde entonces para ella sino una oración continua, una no interrumpida penitencia, hasta volverse objeto de risa para sus propios parientes y conocidos. Pero, tan terca para el bien como lo había sido para el mal, no cedió: imitadora de María Magdalena en sus desórdenes, fuélo también en su reparación; llegó a ser, como ella, objeto de las ternuras divinas, y escogió, también por último, la mejor parte, tomando el velo en un convento.

Pero, en donde la protección de María brilló más visiblemente sobre su servidor, fué en la ciudad de Concepción. Ocurría ésto durante la revolución de 1891, «Como Chile, dice el P. Liégey, no había hecho el suficiente caso de otras advertencias del cielo, de la viruela y el cólera, que segaron en un año 80,000 personas en la República, envióle Dios otro azote, la guerra civil. El teatro de la lucha extendióse hasta el extremo sur. Por esto, cuando partí a Concepción, todo el país estaba en ebullición». Pero, sin embargo, pudo el Padre predicar tranquilamente su novena en honor de Ntra. Sra. del Perpetuo Socorro, en la iglesia de los PP. Agustinos. Durante este tiempo, la revolución cortó las vías férreas, lo que obligó al predicador a prolongar su ausencia lejos de la capital. Para ocupar

sus momentos libres, dedicóse a la propagación de la Súplica perpetua: este trabajo le fué tanto más fácil cuanto que las iglesias se veían continuamente repletas de fieles, que acudían allí a implorar el triunfo de la Iglesia. Pero, como los acontecimientos se desarrollaban con lentitud, acudió al llamamiento de la Superiora del Buen Pastor, y predicó los Ejercicios espirituales a la sección de las Magdalenas. Estaba ya en el último día, cuando advierte un sordo rumor en torno del establecimiento: era el populacho, cuyos brutales instintos se habían despertado de improviso, y que sitiaba el convento, reclamando la libertad de las detenidas. Ya habían sido forzadas las puertas de la cárcel, y los condenados por la justicia, ebrios de vino y libertad, hacían cabeza en el tumulto. Todo era de temerse de aquella asonada, a la cual la licencia y la exaltación hacían verdaderamente desenfrenada, y que en la resistencia podía volverse salvaje.

Frente al peligro, el P. Pablo Liégey hizo acopio de valor y prudencia, aunque el corazón, dice, le saltaba un poquitín dentro del pecho. Mientras algunos emisarios corrían a la Intendencia para reclamar la intervención de la tropa, presentóse el Padre en el vestíbulo, tratando de calmar, con buenas palabras, la efervescencia y de disipar los grupos amotinados. Pero él no era el abate Maury para domar, con un dicho, las fieras revolucionarias; y su voz se perdió entre el clamoreo y amenazas de la turba, exasperada ya con la espera. Por otra parte, ya era demasiado tarde: puertas y ventanas habían sido echadas abajo, y el Padre, arrastrado por la ola humana, fué arrojado al interior. Creyó llegada su última hora; pero la multitud lo dejó para ir

en busca de las prisioneras. Encontrábanse éstas reunidas en una capilla, temblorosas, agrupadas en torno de las religiosas. Su refugio fué pronto descubierto, y, forzadas las rejas, aquel populacho invasor quiso arrastrar a todas las reclusas a la calle y al crimen. El Padre protestó en vano contra la violación del lugar sagrado. Por otra parte, las arrepentidas, todavía bajo el influjo de las emociones del retiro, se mantuvieron firmes. Sólo tres se dejaron arrebatar por el torrente inmundo que inundaba el convento. Furiosos aquellos nuevos jacobinos, por verse frustrados en su intentona criminal, quisieron emplear la fuerza: una voz de alerta los detuvo. La tropa llegaba a todo escape, y salieron de la casa los bandidos por puertas y ventanas, como las avispas de una colmena. Vengáronse, no obstante, de este fracaso, saqueando una quincena de despachos de bebidas.

Una vez restablecidos el orden y la calma, el Padre predicó el retiro a las religiosas mismas. En cuanto a estas, atribuyeron abiertamente su preservación, no menos que la perseverancia de sus prisioneras, a la protección de María, patrona de los santos ejercicios recientemente dados en la casa. No se engañaban en esto, y realmente era menester una gracia especial para producir frutos de este género. Una de las detenidas a perpetuidad era una infeliz que había degollado a su marido. Su madre, sus hijos, toda la hez del pueblo le habían suplicado que saliese; mas ella, altivamente, cristianamente, habíales respondido: «¡Nó! he cometido un crimen, estoy aquí para expiarlo, dejadme hacer penitencia!»... Otra, víctima de una calumnia, había visto reconocida y proclamada su ino-

cencia: esto le daba pues cierto derecho a reclamar la libertad que le ofrecían los insurrectos. La rehusó sin embargo: «mi vida, dijo, no ha sido pura en el mundo; si vuelvo a él, temo recaer en mis pasadas faltas: ¡prefiero la penitencia a la libertad! ¡Me quedo!»

Como verdadero hijo de San Alfonso, nuestro P. Pablo había sabido comprender la misión de María en la redención de las almas. Sabía que en su calidad de corredentora, se había encontrado en Caná para afirmar, mediante el milagro, la vacilante fe de los apóstoles; en el Calvario, para ayudar, con su presencia y sus oraciones, a la conversión del ladrón; y que será hasta el fin del mundo el Refugio de los pecadores. Por esta razón, predicó con tanto celo sus misericordias, y estableció con tanto amor su culto. Por su parte, la Reina de los apóstoles cumplió su cometido: mediante su intercesión, y aun mediante favores temporales, hizo eficaces los trabajos de su siervo. Tal es el verdadero secreto de la fecundidad de su apostolado. Dios sabe a cuantas almas arrancó de esta manera al infierno, cubriéndolas con aquel manto de María, que Santa Gertrudis vió entreabierto para acoger a justos y pecadores. Por esto, cuando el intrépido obrero, en el ocaso ya de sus labores apostólicas, se tendió sobre el lecho en que debía dormir su último sueño y comenzar el reposo eterno, debió de sentir el más grato consuelo en meditar las palabras de San Buenaventura: «Los propagadores del culto de María tendrán por herencia la vida eterna «*Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt*».

CAPÍTULO V.

El director y el consolador.

«De la elección de un buen confesor, declara San Alfonso, depende en gran parte la salvación de las almas». Y agrega a esta declaración las cualidades que deben adornar a todo guía espiritual: «virtud, ciencia, sabiduría, prudencia, espíritu de oración, progresos personales en las vías de la perfección». Ahora bien, juzgando del árbol por sus frutos, es decir, recordando el gran número de penitentes que el P. Liégey dirigió en sus buenos tiempos de Santiago, puede concluirse que poseía en alto grado las cualidades, requeridas por nuestro Fundador, en una seria dirección de almas. «Su dirección, escribe una de ellas, perteneciente a una distinguida familia de Santiago, era enteramente interior, mezcla a la vez de firmeza y dulzura. Tomaba, por decirlo así, a las almas en sus manos, las examinaba como un joyero las piedras preciosas, escudriñaba sus más íntimos sentimientos, y luego hallaba los defectos y sus remedios; y aplicaba éstos últimos con tal energía, mezclada de tal unción, que era imposible resistirle. En el tribunal de la penitencia no había charlas inútiles; y si alguien iba a él por meras futilidades, dábales, sin pérdida de tiempo, una buena amonestación y el portante... A veces, bastábale una mirada para juzgar de la situación. Cierta tarde, presentósele una niña desconocida en busca de consejo. Hízole ésta en pocas palabras la his-

toria de su vida: protestante, habíase arrodillado candorosamente en la Sagrada Mesa, en la cual, habiéndola reconocida justamente el celebrante, le había, como era natural, negado la comunión. Quedó furiosa; pero convertida luego por el mismo sacerdote, habíase puesto bajo su dirección. Mas éste acababa de morir, y ella venía, por esto, a buscar luces y apoyo cerca del P. Pablo, a quien solo conocía por su fama. Oyóla éste en silencio, imponiéndole después el siguiente y extraño mandato: «En saliendo Ud. de aquí, vaya directamente a tal casa religiosa, llame Ud. a la Superiora al locutorio, y pídale su admisión en el noviciado. Si le pone dificultades, dígale que soy yo quien la manda y que tiene Ud. vocación». La joven abrió desmesuradamente los ojos: las palabras convento, noviciado, vocación, eran nuevas para ella, y le presagiaban algo severo e inquietante. Mas, héla aquí en el locutorio. En presencia de esta desconocida, la Superiora, recelosa al principio, tranquilizóse al solo nombre del P. Liégey. Diez minutos más tarde, asombrada, estupefacta, la postulante improvisada se encontraba en medio de las blancas tocas de las novicias. Llegó más tarde a ser superiora, y murió piadosamente, con profundo agradecimiento al P. Pablo, que, de una manera tan pronta y segura, le había conocido e indicado su vocación.

«Su principal exhortación, continúa la persona citada más arriba, giraba en torno de la presencia de Dios, el espíritu de sacrificio y humildad. Inculcaba, sobre todo, la fidelidad a la Hora Santa y a la oración por los pecadores y los sacerdotes, impulsando mucho a las obras de caridad. En un tiempo, hizo una severa propaganda a favor de las leyes del ayuno y la

abstinencia, tan maltratadas cuando no completamente olvidadas. Así, a la esposa de un radical de nota impuso la obligación estricta del ayuno cuadragesimal, siempre que no pusiese obstáculo a ello su marido. Ahora bien, éste no paró mientes en tal cosa. Desgraciadamente, al cabo de algunos días, la señora halló la penitencia en extremo dura, y para librarse se valió de subterfugios: «¿Sabes tú, dijo a su marido, cuán larga es la cuaresma? Pues el P. Pablo me ha impuesto el deber de ayunar, con tal de que tú me lo permitas: prohíbemelo, así tendré excusa.— ¡Nó, respondió el cónyuge, tan recto y razonable como radical; tu confesor te lo ordena, ¡adelante!» Y siguió la penitencia adelante, a pesar de los retortijones de estómago y las repetidas quejas de la inmortificación, pues el P. Liégey sabía, llegado el caso, tirar la rienda a sus penitentes.

Pero aquí se presenta una gran cuestión. Muchas personas aseguran que tenía el Padre luces sobrenaturales para la dirección de las almas, sea intuición de alguna necesidad particular de sus penitentes, sea revelación más o menos clara de las conciencias. ¿Qué pensar? Esto parece un punto en extremo delicado, escabroso aún, y para creer en verdaderas intervenciones de lo alto, serían menester hechos indiscutibles, elevada competencia, estudio de la mística, y por fin el juicio de la Iglesia; tanto más, cuanto que el carácter de nuestro héroe era ardoroso, y su imaginación viva, fácil, iba a decir crédula. Sería, por tanto, necesario pesarlo todo, detalle por detalle, con el peso del santuario. Sin embargo, en vista de ciertos hechos, que vamos a referir, ¿habremos de proclamar a gritos, de buenas a primeras, que todo es ilusión, credulidad, sugestión? o, por el con-

trario, será menester ver realmente en ellos comunicaciones de orden sobrenatural? Los hechos citados (y aun dejamos por citar) son incontestables, y nos han llegado por escrito de personas altamente colocadas en la sociedad. Ahora bien:

Para juzgar con acierto, basta tener presente esta verdad: «Sin ser un santo capaz de hacer milagros, estando aun sujeto a imperfecciones personales, un sacerdote puede perfectamente recibir de Dios, para casos determinados, luces extraordinarias». ¿Quién lo pondría en duda? Establecido pues este principio innegable, he aquí algunos hechos, sin comentarios: pertenecen unos al foro interior, otros al orden material y al dominio público.

«Hallábase un alma en gran tribulación. Habiendo oído hablar del P. Pablo, resolvió recurrir a él por primera vez. Llegada a nuestra iglesia, vió un papel clavado en la puerta; acércase y lee, no sin dolor, que desde las once, los Padres no pueden ir al confesonario. Había ya pasado aquella hora; por lo que, perdida ya toda esperanza, con los ojos bañados en lágrimas, fué a arrodillarse delante del altar de Ntra. Señora para pedirle consuelo. Su súplica había durado ya cinco minutos, cuando oyó pasos tras de ella: era el mismo Padre, que llegaba y llamaba al confesonario a la pobre afligida, a quien no conocía ni de nombre, ni de vista, ni de conciencia. «Estaba en mi celda, díjole, y recibí la impresión de que alguien me necesitaba urgentemente aquí, y no pude resistir a este secreto impulso. Pues bien, sepa Ud. que Dios le exige tal sacrificio; y, si envía a Ud. estas penas que la abruman, es para desprenderla más de las creaturas

y unirla más íntimamente a Él». Y leyendo, como en un libro abierto, la conciencia y todo lo pasado de aquella señora, hízole un resumen de su vida íntima, dándole en seguida consejos y dejándola perfectamente tranquila y contenta.

Otra persona deseaba vivamente comunicarle una necesidad espiritual. No atreviéndose a llamarlo al tribunal de la penitencia, tuvo la idea de encargar de la comisión a su ángel de guarda. Un momento después, aparecía el Padre en la puerta izquierda de la iglesia, pero miró a la joven y se retiró. Afligida con este chasco, la penitente reiteró sus instancias a su ángel de guarda para que le trajese su confesor. Presentóse éste, luego después, por la puerta derecha, pero como la primera vez, para retirarse en seguida. Desesperada ella, quejóse a su ángel por su falta de condescendencia; pero, porfiada, volvió a la carga, esperando obtener el triunfo de su causa. Un momento después, el P. Pablo vuelve a aparecer, y esta vez, encaminóse derecho al confesonario: «¿Por qué me ha llamado Ud.? pregunta a su penitente.—Si no lo he llamado.—¿Cómo que nó? Ud. me ha enviado tres veces al ángel de su guarda. ¿Para qué importunarme de esta manera?» Y, con pocas palabras, devolvió la paz y la alegría a aquella tierna alma atormentada y estupefacta.

Pero entremos en los hechos de dominio externo, y que cualquiera puede comprobar a su arbitrio. Trátase primero de un matrimonio. Una joven deseaba establecerse, y para lograr este objeto, trastornaba la casa, desesperaba a su hermana, cometía mil locuras de vanidad y ligereza. Cansada de toda aquella batahola,

su hermana mayor fué a consultar al P. Liégey: «Les tengo gran compasión, díjole éste, pero yo he orado por este asunto. No se inquieten Uds.; antes de fines de año, Dios pondrá remedio. Dentro de algunos meses, esa loquilla hallará marido, hombre de juicio, que volverá la paz al hogar». Al oír este aserto, la familia miraba a todas partes para saber de qué lado vendría aquella perla de esposo, que, como el joven Tobías, pondría fin a todas las tribulaciones. Un día, presentóse aquel inopinadamente: era un joven desconocido, serio y de gran fe. Había puesto los ojos en la frívola joven y pedía su mano: el 8 de Diciembre siguiente, conducíala al pie del altar, y conforme al horóscopo del P. Pablo, devolvía al hogar de su nueva familia la paz y la felicidad.

Un abogado, por motivos graves, acariciaba la idea de un viaje a Lima, y repetía sus proyectos en todos los tonos a su amigo, el P. Liégey. Mas éste contestábale invariablemente, en tono picaresco: «Pues yo digo a Ud. que no irá, por más que haga». Un día, llega nuestro hombre a San Bernardo, radiante como un sol esplendoroso: «Y ahora, gritó al Padre, ¿quién tiene razón? Ya tengo mi nombramiento del gobierno en mi bufete. ¿Qué dice Ud.?—Digo que a pesar de todo, no partirá». Diéronse, no obstante, los adioses del caso. Pero ¡cuál no sería la sorpresa del futuro viajero cuando, en el umbral de su casa, le entrega su sirviente un gran sobre! Era un pliego del ministerio, una contraorden que lo dejaba en Chile.

En otra ocasión ocurrió lo siguiente: Una madre de familia tenía como un puñal en el corazón. Casada con un protestante, cuya conversión esperaba firmemente,

vió fracasar una a una todas sus tentativas, y volverse infructuosas todas sus oraciones. Cansada de luchar, confió su tribulación al P. Liégey en el confesonario: «¿Cuánto tiempo hace que Ud. ora por su marido? preguntóle éste.—¡Hace años de años!—Muy bien. Continúe con confianza, dentro de cuatro años, tendrá la alegría de verlo volver al catolicismo». Realmente, cuatro años después, aquel obstinado dejábase penetrar de la gracia, y hacía su abjuración con gran goce de su alma y de todos sus parientes.



Iglesia de Redentoristas en San Bernardo

En el año 1913, vivía en San Bernardo la familia de don- Alberto Ureta E.; pero reinaba la angustia en su hogar, pues una de sus niñitas estaba tan gravemente enferma que los doctores, después de agotar ciencia y remedios, la habían desahuciado. Así

y todo, quiso la Providencia que, varias veces, el Padre Pablo llevase la comunión a la joven; y en esta circunstancia brilló una vez más la llama de caridad que ardía en el pecho del venerable anciano, el cual, con sus palabras de sobrenaturales consuelos, alentó no poco a la atribulada familia. Pues bien, una mañana, exclamó enigmáticamente: «Señora, en la fiesta de la Virgen del Cármen, le dará Dios un gran gozo». Como era natural, pensaron todos que dicha alegría no sería otra sino la de ver la mejoría o curación completa de la enferma. Con todo, amaneció el día prefijado sin traer consigo cambio alguno en la salud de la niña. Sin embargo, esa misma mañana, la anunciada felicidad entró en la casa, pero bajo la forma de una preciosa criatura que, en las primeras horas, había venido al mundo. En eso, presentóse el Padre Pablo, el cual, sin haber podido tener noticia humana del acontecimiento, preguntó al abrir la puerta de calle: «¿Y cómo está la Carmencita? ¿No les había avisado que hoy Nuestra Señora les concedería un gran gozo?»

Pero, se asemeja la vida a una pintura, en la cual, al lado de los colores más vivos, vénse también las sombras más oscuras. Al lado pues de esa blanca cuna, en la cual sonreía la vida naciente, pronto colocó Dios un lúgubre ataúd, en el que la muerte encerró a la pequeña enferma.

Parece que este contraste notable hiciera honda impresión en la mente del anciano. En efecto, algún tiempo después, cinco días antes de su muerte, estando en casa de la familia Ureta, manifestóse preocupado e inquieto: «Me despido de Uds., dijo con acento alterado, porque voy a emprender un largo viaje». Y como

le preguntaran si acaso iba a partir para alguna misión lejana, repitió saliendo de casa: «Pidan por mí, pues voy a hacer un largo viaje». Sin duda alguna, aludía a su viaje supremo de la tierra a la eternidad, viaje cuyo secreto presentimiento, como luego lo veremos, tuvo clavado con bastante anticipación en medio del corazón.

El relato que va a continuación es sacado de un manuscrito, considerado como archivo de una honorabilísima familia de la capital, y que podría ser firmado por todos los sobrevivientes en testimonio de la verdad. Hélo aquí a la letra, ligeramente abreviado.

«Era en 1885. Hacía un año que mi madre era penitente del P. Pablo. Un día preparóla para una gran pena: «Su marido, díjole, morirá dentro de un mes, como víctima del Sagrado Corazón». Semejante pronóstico dejó a mi madre del todo indiferente, considerando la cosa menos como una profecía que como una frase lanzada al acaso. Sin inquietarse en lo más mínimo, se fué al campo, en donde se ocupaba mi padre. Eran los primeros días de Mayo. El 15, sin que nada lo hiciese prever, sintióse éste indispuesto, echóse a la cama, y el 1.º de Junio, justamente un mes después del anuncio del P. Liégey, daba el postrer suspiro. En igual fecha, el Padre estaba en el último día de sus ejercicios, y nadie había podido, por tanto, comunicarle la menor noticia del triste suceso. Sin embargo, al día siguiente, dijo al hermano portero: «Ayer, a las 6 $^{1}/_{2}$ de la noche, murió el señor L.» ¿Cómo había podido saberlo?

«Pocos días después, mandó llamar al convento con una amiga suya a mi madre, y a quema ropa le hizo

esta pregunta: «¿Cuál de sus hijos está ahora en cama, enfermo gravemente?—Ninguno, respondióle mi madre, en el colmo del asombro.—Sí, replicóle, hay uno, y ese mismo será el que Dios le quitará primero, porque corre grandes riesgos su salvación.—Pero, en fin, interrumpió mi madre, sólo S. está enfermo del corazón, y, según me han dicho, no le amenaza ningún peligro próximo.—No me refiero a él, sino a otro de sus hijos, enfermo gravemente en cama». La cosa no pasó de aquí: mi madre, un tanto descontenta, creía que el Padre se burlaba de ella. ¡Ay! Tres meses después, recibíamos una carta de mi hermano, secretario de legación en el Ecuador, la cual daba plena razón al Padre. En efecto, el alma del joven estaba expuesta, a causa de su perpetuo contacto con un plenipotenciario sin fe y de malas costumbres; y en cuanto a la enfermedad, he aquí lo que decía la carta: «El primero de Junio, día de la muerte de nuestro Padre, tuve un violento ataque de fiebre amarilla, tan violento que los médicos, desesperados de salvarme, me abandonaron. En mi delirio, creía ver a mi padre al lado de mi cama»... Ahora bien leía yo estas palabras de la carta, cuando entró el P. Liégey al salón, y se la pasé: «¡Vah! exclamó, devolviéndomela, ¿no se lo había asegurado así yo a Ud. hace tres meses?»

«Un año después, me confesaba con él, cuando, interrumpiendo sus consejos, me dijo: «Prepárese para nueva aflicción: no sé en qué consistirá, temo sea la muerte de su madre». Estas palabras me traspasaron hasta el fondo del alma. Comuniqué esto a tres tías mías, todas ellas de gran piedad, yendo después a las porterías de todos los conventos a pedir oracio-

nes. Comenzaba ya a desvanecerse nuestras primeras ansiedades cuando, en el mes de Mayo, mi madre se vió atacada de pulmonía, declarada sin remedio por el médico a causa de la edad de la enferma, pues era sexagenaria. Al oír tan triste diagnóstico, mi hermano J. M., el ex-secretario de legación, voló al convento de San Alfonso, en busca del Padre Pablo para que administrase a la enferma los últimos sacramentos. Volvieron juntos, y en el camino, el Padre rehizo a mi hermano toda la historia de su vida en el Ecuador, como si hubiese sido testigo ocular. El joven no podía creer a sus oídos. Pero subió aun de punto nuestra admiración cuando, terminada la confesión de mi madre, el Padre salió de la pieza, y nos dijo a mí y a una de mis tías: Tranquilícense Uds., no morirá todavía. Sepan Uds. que llegará a los 80 años, y enterrará a la mayor parte de sus hijos». Y así fué: murió de 89 años, después de haber llevado luto por 10 hijos suyos, de quince que éramos.

«En Noviembre de 1886, mi hermano B. cayó atacado a un mismo tiempo de pulmonía fulminante y fiebre tifoidea. Seis o siete doctores fueron a visitarlo, y todos ellos se retiraron sin darnos la menor esperanza. El 3 de Diciembre, la fiebre subió a 42°, tanto que los más optimistas entre los médicos, no le dieron más de 10 minutos de vida. Llamado inmediatamente por mi madre el P. Pablo, se contentó con responder. «No se inquieten Uds. por esto; el que arrebatará primero la muerte no es B. sino J. M.» Y sucedió como él dijo: el moribundo volvió a la salud y vivió hasta 1893.

«En cuanto al pobre J. M., el 3 de Marzo 1888,

viajaba a caballo corriendo a todo escape, cuando una ráfaga de viento le levantó violentamente la manta y se la tiró sobre el rostro. Cegado de esta manera, no vió un árbol enorme que le estorbaba el camino en medio del campo. Mal dirigida la cabalgadura y, por otra parte, excitada por la tempestad, cayó sobre el tronco, arrojando hacia delante al jinete. El golpe le rompió el cráneo, y expiró el pobrecito cuatro días después.

«En el curso del año 1890, el P. Liégey predicaba una misión en nuestro fundo. Mi hermano C. estaba allí con su carácter vivo, alegre y abierto. Un día, en la comida, el misionero le dijo, refiriéndose a nuestro difunto padre: «Dios lo quiso en un estado de decadencia y humillación, para favorecer su santificación y hacer más íntima su unión con él. He aquí por qué permitió la Providencia que perdiese su fortuna. Y además, ninguno de sus hijos será rico: todos vivirán en comodidad, pero el lujo les será imposible». Una carcajada fué la respuesta: «Esta vez; replicó el joven, frotándose las manos, su musa profética quedará cogida en falta. Yo, al menos, seré rentista. ¿No sabe Ud. que mi suegro es a la vez viejo, enfermo y millonario? No me hago castillos en el aire; pero, sin figuras, la fortuna está al alcance de mi mano». Mirólo el Padre fijamente, y a la vista de aquel rostro juvenil, iluminado por la esperanza y la codicia, exclamó: «¡Cálculos humanos! Escúcheme Ud.: lo que le aguarda a Ud. es una humillación pública; esta durará dos años y le volverá a Ud. a Dios; después de lo cual, morirá sin haber logrado tomar posesión de los tesoros que ha calculado». Esto pareció demasiado macabro

para ser cierto. Mi hermano lo creyó pura broma, y, cuando llegó, nos la refirió riendo. Todo parecía al principio favorecer aquellos glotones ensueños. En efecto, el Creso del suegro empeoró hacia fines de año, siendo el yerno uno de sus más asiduos enfermeros. Pero Dios lo esperaba al pie del lecho del anciano. Atacado allí de parálisis repentina, con el cuerpo completamente lisiado, el pobre joven tuvo, desde entonces, el exterior de un insensato, siendo durante dos largos años la fábula y hazmerreír del barrio. Mas, bajo estas apariencias de locura, el alma y la inteligencia estaban perfectamente despejadas; como encubiertas bajo una espesa neblina, aquellas luces no despedían fulgores, pero ardían a pesar de todo. El desdichado sufría horriblemente, sin que nada pudiese descubrir sus íntimos tormentos. Volviéronle entonces a la memoria las palabras del P. Liégey: reconoció que la mano de Dios pesaba sobre él, y, como Job, santificó sus dolores y humillaciones. Dirigido por un santo sacerdote de Santiago, tuvo la muerte de los predestinados, 24 meses después de su ataque de parálisis, yendo a gozar de los bienes eternos, sin lamentar ya la pérdida de la tan deseada fortuna del suegro.

«En 1901, cayó mi madre, a su vez, víctima de parálisis. Eran los primeros días de Septiembre. En mi aflicción, corrí al convento de San Alfonso. Cuando llegué allí, el P. Liégey salía para una larga serie de misiones. Confiéle mi pena en dos palabras: «Quédese tranquila, me respondió, su madre no puede morir todavía; dos de sus hijos bajarán antes que ella a la tumba. Dígale que levante un altar en su corazón, en el cual pueda, cuando Dios quiera, hacer el doble

sacrificio que Él va a pedirle. Hasta luego», La profecía no era alagadora. Sin embargo, poco después mi madre empeoró, sufriendo ataques de catalepsia; cuchicheábanse ya en torno de su lecho palabras fúnebres. Pero, después de largos días, pasados entre la vida y la muerte, prodújose una mejoría. Dios iba a prolongar aun por cinco años la vida de la enferma, es decir, el tiempo de cerrar los ojos a dos de sus hijos, según las palabras del P. Liégey. Efectivamente, mi hermana religiosa expiró el 15 de Marzo, y mi hermano R. el 18 de Enero de 1906».

He ahí los hechos, tal como ocurrieron: cada uno puede apreciarlos como quiera. Es evidente que aquellas palabras conjeturales y pasmosas intuiciones, marcadas con el sello de la realización, daba como una aureola a nuestro misionero a los ojos de muchas personas, y contribuían a atraerle numerosísima clientela de todos los gremios sociales, tanto al locutorio como al confesonario. Pero ¿querrá decir esto que pueda considerársele como a uno de aquellos hombres extraordinarios, objetos habituales de los socorros sobrenaturales, fuera de la ley general, para la dirección de las almas? Nó. La única conclusión razonable que se puede sacar de los relatos que preceden, es ésta, a lo que parece: Dios, que es libre de comunicar luces extraordinarias a los hombres más ordinarios, bien ha podido hacer también del P. Pablo el instrumento de sus especiales misericordias y particulares designios, respecto a un alma o familia determinada. Decir menos, es prejuicio; decir más, temeridad. Dejemos, pues, a Dios las cosas de Dios. *Quae sunt Dei, Deo.*

CAPÍTULO VI.

Tres penas y tres obras.

Mientras el P. Liégey propagaba el culto y recibía los auxilios de la Madre del cielo, su madre de la tierra tendía el vuelo al paraíso. Había gozado de una dulce ancianidad, compuesta de lecturas edificantes, oraciones y buenas obras. Su piedad, su buen sentido, su experiencia habían hecho de ella el oráculo de Crevic. Pero al fin llegó la hora de la recompensa. Según la palabra de San Bernardo, Dios fué a golpear a su puerta, enviándole la enfermedad, la diabetes, como precursora de un fin próximo. Y ella, como cristiana valerosa, no tembló a la vista de la tumba que se abría ante ella. El día de la Ascensión, voló al cielo tras del Salvador triunfante. A esta misma hora, era casi media noche en Chile, el P. Liégey dormía con el sueño del justo, cuando, de improviso, despertólo un gran golpe: creyólo un ruido cualquiera, producido por el crujido de algún mueble, o caída de algún objeto en la pieza del vecino, ruido aumentado, como acontece siempre, con el silencio de la noche. Sin embargo, le fué imposible volver a dormir; y, como un sentimiento de alegría invadiese al mismo tiempo su alma, sacó por consecuencia que se trataba de algo misterioso. Levantóse pues y rezó su oficio, y luego, pensando en las almas del purgatorio, oró hasta el amanecer. Treinta y cinco días después, recibió la noticia, siempre fulminante para el corazón de un hijo, de la

muerte de su madre, acaecida en el mismo instante de su brusco despertar. De esta manera, tuvo la clave del misterio; y en medio de sus sollozos, experimentó indecible consuelo al recordar su insólita alegría en



Madre y hermana del Padre Pablo. El general Liautey y su tía

aquella extraña noche, infiriendo de esto la salvación de su madre.

Mas, al borde de esta tumba recién abierta, surgía para él la gran cuestión de la vocación de Alicia, ya sola en la casa paterna. Efectivamente, su hermana, desde su más tierna edad, había tenido una inclina-

ción irresistible a la vida religiosa, y, si hasta entonces no la había seguido, había sido únicamente para dejar el campo libre a su hermano. Éste lo sabía perfectamente, y, por esto, hizo lo imposible por abrirle las puertas del claustro. Muchos fueron los obstáculos que tuvo que arrostrar: la oposición del cura y de los habitantes de Crevic, ricos y pobres, que no querían perder de esta manera, «a su hermana de Caridad y a la Providencia de sus enfermos», como también las objeciones de la misma interesada, que alegaba su edad de 49 años, los cuidados del patrimonio y el bien que aun podía hacer en la aldea. Pero el P. Liégey, que tenía fe en la vocación de su hermana, arregló todas las cosas desde el fondo de su celda: pasó por sobre las pretensiones y pesares de sus conciudadanos, enajenó los bienes de familia y determinó a Alicia con razones irrefutables, teniendo luego después la alegría de saber que iba a tomar el velo en el convento de Hermanas Redentoristas de Grenoble. Vive ella todavía, llorando a su hermano, o mejor dicho, esperando el día en que le será dado volver a verle al pie del trono divino.

Al año siguiente, le sobrevino un nuevo dolor. A principios de Septiembre, el P. Merges llegó del Ecuador, herido de muerte. Un cáncer en el estómago minaba su robusta constitución, desgarrándole el pecho con dolorosos e irremediables vómitos. Tomó al P. Pablo como confesor y enfermero; y este amigo de los pasados días, su brazo derecho en la obra de la Sagrada Familia, prodigó al pobre enfermo todos los cuidados de la más ingeniosa e infatigable caridad. «Me dediqué enteramente, dice en nuestras crónicas, a esta

noble tarea. No lo abandonaba, por decirlo así, un momento, me esforzaba por distraerlo con ramilletes de flores, con melodías arrancadas de un pequeño armonio de manubrio, con lecturas o conversaciones sobre el amor de Dios y esplendores del cielo», Estos fueron, para el P. Liégey, dos meses de abnegación, clavado como estaba al pie del lecho de su amigo e hijo espiritual. Conmovido hasta las lágrimas con aquella abnegación, el P. Merges exclamó, la víspera misma de su muerte: «¡Dios mío, Dios mio! ¿cómo podré pagarle sus cuidados?—Padre, respondióle el fiel enfermero, de una manera muy sencilla: cuando esté en el cielo, cerca de San Alfonso, pídale para mí su espíritu de Redentorista, duplicado!—Sí, se lo prometo, afirmó el moribundo». Y cumplió, a la verdad, su palabra, pues, dice el P. Liégey: «después de su muerte, sentí nacer en mí un ardor más devorador y un celo más depurado para las labores apostólicas». Lloró pues al P. Merges como a un padre y amigo, pero a la vez, lo imitó como modelo, y lo honró como a un predestinado.

Aquellas dos primeras penas no carecieron, a pesar de todo, de consuelo. La tercera fué la más cruel, la más desgarradora, sin bálsamo suavizante de ninguna especie. En el curso del año 1902, nuestro héroe hallábase ocupado en el campo de las misiones, sin que le preocupara el mundo, como el labrador en su surco, cuando de improviso, la envenenada flecha de la calumnia vino a herir una vez más su corazón. El diario del radicalismo, órgano de la impiedad, propalador de todas las mentiras anticlericales, acusólo de no sé que escándalo sensacional. Esto fué para él tanto más doloroso, cuanto que guardaba con tan gran esmero su

virtud religiosa y sacerdotal, y era la tercera vez que la malicia humana arrastraba su nombre en el fango. Todo lo soportó como el divino Salvador calumniado, esperando, como sucedió efectivamente, que la calumnia muriese por sí sola.

Más o menos por el mismo tiempo, mientras estaba predicando en otro pueblo, posado en la pendiente de una colina, vióse hecho el blanco de un odio injusto y de una persecución infame. Por motivos desconocidos, determinóse cierta familia a poner obstáculos al buen éxito de la misión, y a este fin, pusiéronse en campaña varios de sus deudos, para sembrar por todas partes la semilla de la calumnia, la cual debía, según lo esperaban, ahogar en los corazones el buen grano de la palabra apostólica. Propalaron pues que el P. Pablo se excedía en la bebida, y para dar visos de verdad a su mentirosa acusación, hasta escondieron, en la pieza que él ocupaba, botellas de vino, vacías unas, llenas otras, y prueba todas de la culpabilidad y villanía del misionero. Pronto corrió por el pueblo esta falsedad, la cual provocó una verdadera tempestad de indignación contra la inocente víctima. Día y noche resonaban por las calles burlas e insultos, los que llegaron por fin al oído del apóstol. Partiéronle el corazón, pero al mismo tiempo encendieron en él una santa cólera. En la reunión de la noche, subió al púlpito, y después de destruír con pocas palabras la calumnia que sobre su reputación pesaba, anunció de parte de Dios que los calumniadores tendrían una muerte funesta. En efecto, permitió el Señor que se verificase la predicción. Uno de los principales autores de la imputación maligna, murió herido por un puñal asesi-

no. Otro pereció miserablemente. El último, al volver una noche de una fiesta escandalosa, cayó de su caballo dando con la cabeza en una piedra del camino. Recogiéronle bañado en sangre. Al examinar la fractura del cráneo, conoció el doctor la gravedad de la herida, prometiendo sin embargo una pronta curación, por lo cual rehusó el paciente los Sacramentos que le ofrecía uno de nuestros Padres que, de una misión cercana, había acudido a la cabecera del enfermo. Este endurecimiento era ya el comienzo del castigo de Dios para esa alma criminal. Poco después, sobrevínole una crisis o ataque cerebral repentino. Avisado sin tardanza, llegó el mismo Padre a todo correr; pero cuando entró en la casa, no encontró sino el cadáver del desdichado calumniador. La Justicia del cielo acababa de completar la profecía y la venganza de su misionero, y sobre el ataúd de sus enemigos la misma muerte escribía la inocencia de la víctima.

Poco después, fué enviado a Cauquenes. Su estada en el Sur debía ser providencial para la introducción de una nueva orden religiosa en Chile. Como se sabe, las leyes francesas, llamadas de Combes, habían puesto a las órdenes religiosas en la alternativa del destierro o la secularización. En consecuencia, prefiriendo renunciar a la patria más bien que a la vocación, las hermanas de la Providencia de la diócesis de Grenoble pensaron buscar refugio fuera de sus fronteras. Pero ¿a qué país pedir hospitalidad? Amiga de la Superiora de las Hermanas Redentoristas, la generala le confió sus penas y perplejidades, sus deseos y proyectos. Naturalmente, la presencia en el convento de San Alfonso, de la hermana María José trajo a la memoria el re-

cuerdo de su hermano Pablo Celestino, despertando la idea de establecerse en Chile, nación católica y hospitalaria como pocas. Incontinenti escribióse al P. Liégey, entonces en Santiago, para saber su opinión y recibir sus consejos. Leer la carta y adoptar el piadoso designio fué todo uno para el celo del misionero. La tentativa era seductora, a causa de los grandes beneficios que las desterradas podían traer a Chile. El P. Pablo Liégey esforzóse por desviar y dar salida a todos los obstáculos; pero los superiores vacilaban en vista de semejante iniciativa, cuya gravedad no se les ocultaba, y cuyo éxito parecía tan dudoso. Ocho días transcurrieron de esta manera, durante los cuales el cerebro de nuestro héroe fué una fragua, en la cual se elaboraban mil proyectos. En estas circunstancias, tomó el tren para Cauquenes, llevando la empresa en su cabeza. En Parral, división de la línea férrea, tenía dos horas de espera, y él no era, por cierto, hombre de estar en un pie como grulla. Hélo aquí, pues, en la casa parroquial, comunicando, lleno de fuego, todos sus planes al cura. ¡Feliz coincidencia! El digno pastor deseaba hacía largo tiempo confiar a religiosas la dirección de su escuela y hospital, de modo que ofrecióse acto continuo para secundar la empresa. Dirigiéronse al Illmo. obispo de Concepción, quien abrió de par en par las puertas de su diócesis. Grande fué la alegría en el convento de Grenoble cuando llegaron las misivas chilenas; alegría empañada muy pronto, en verdad, con las lágrimas de la primera expatriación. En Setiembre de 1902, el «Liguria» llevaba como vanguardia, a través del océano, a trece religiosas.

A fines de Octubre, encaminábase el P. Liégey a

una misión, cuando cuatro monjas se cruzaron con él inopidamente: era una parte de nuestras viajeras que iban para la diócesis de La Serena. Dispensóseles en todas partes magnífica acogida, verdaderamente digna de la fe chilena. Desde entonces, el grano de mostaza, venido de Francia, se ha convertido en árbol: cien religiosas están repartidas en doce establecimientos, hospitales y pensionados, edificando y encantando a las poblaciones, con su trabajo, abnegación y progresos. Todo el bien llevado a cabo por aquellas intrépidas desterradas, tuvo su raíz en el corazón del P. Liégey, lleno con la savia, siempre creciente, de su celo.

Otra obra había brotado al calor de su caridad: «En mis veinte años de residencia en Santiago, escribe en una memoria, presentóse gran número de jóvenes a mi confesonario, tanto de la ciudad como del campo, suplicándome llorosas les tuviese compasión. Sirvientes de niños en casas de familias poco cristianas, en donde su fe y sobre todo su virtud corrían peligro, venían resueltas a perder su ocupación antes que su alma; pero, ¿en dónde hallarles asilo seguro? Había, es verdad, el Buen Pastor, pero se veía de continuo repleto de pensionistas. Pues bien, entre las celadoras de la Súplica en nuestra Iglesia, había una que, uniendo el talento a la prudencia, había iniciado ya por su cuenta un obrador. Participéle mi proyecto de fundar una casa de refugio para aquellas pobres niñas». Como se sabe, tratándose del P. Pablo Liégey, proyectar era ejecutar. Desde entonces envió a la joven fundadora sus penitentes que estaban en peligro de corrupción, tanto que a fines de año, tenía ya una docena de ellas. Luego subió su número a cuarenta, las cuales

aprendían todos los menesteres femeninos, mientras llegaba el día de entrar en el servicio doméstico de alguna casa honorable, o de fundar ellas mismas un hogar cristiano y laborioso. Sin embargo, al principio tropezóse con dificultades: la cuna de la obra era sobrado pequeña, pobre e incómoda. «El cura de la parroquia tuvo conocimiento de esta obra de refugio, y cedió dos hectáreas de terreno en un barrio obrero que se estaba construyendo. El don era digno de un generoso corazón, pero sólo había allí cielo y tierra. En los cimientos del futuro edificio, colocóse, con la primera piedra, el escaso peculio de la sociedad, contándose luego con la Providencia para la prosecución de los trabajos. Con el asentimiento de sus Superiores, el P. Liégey interesó en la empresa a algunas señoras ricas y caritativas, y la casa surgió de la tierra, creció y se halla hoy día terminada. Más de 300 niñas han recibido ya los beneficios de la institución, creada a imitación de la Casa de María de Nancy, y del Refugio del cura de Ars. Una doble escuela, para niños y niñas, está anexa a ella, y la capilla es en los domingos el centro de reunión de las Hijas de María, que escapan así, mediante la oración, a las seducciones y peligros de los días de fiesta en la ciudad. ¿No es ésta una obra de alta utilidad, llamada a producir grandes frutos de salvación? Ahora bien, si la fundadora de ella ha cargado valerosamente con todo el peso de la empresa, invirtiendo allí todo su patrimonio, la obra debe al celo del P. Pablo su nacimiento; y a sus consejos, estímulos y diligencias, su existencia. En la tierra recibió las felicitaciones del Illtmo. y Revmo. señor Arzobispo; y seguramente habrá reci-

bido también en el cielo los elogios de los santos y de Dios. La terminación del edificio y el perfecto funcionamiento del Refugio fueron el pensamiento dominante, la preocupación constante de su ancianidad. Todos los días, veíasele atravesar las avenidas del jardín, coger a hurtadillas algunas modestas flores y subir al oratorio. Allí repartía su ramillete entre Nuestro Señor, la Virgen y San José, y se retiraba, dejando aquellas florcitas, como otras tantas oraciones por las necesidades de su Refugio. Él mismo tenía el presentimiento de que aquella sería su última obra, y como el testamento duradero de su celo en este mundo: «Ud. edifica, decía a la directora; pues bien, sépase Ud. que he pedido a Dios la gracia de no morir antes de que hayan techado. Esto se hará muy en breve, lo que indica que la muerte está para mí muy cerca». No se engañaba, pero antes iba a dar una prueba más de la generosidad de su gran corazón.

En el curso del año 1905, la viruela causaba grandes estragos en la ciudad de Valparaíso, y, en general, en todo el centro del país. Numerosas eran las víctimas, enérgicas las medidas del gobierno, heroica la abnegación del clero. Los redentoristas, menester es decirlo, hicieron un hermoso papel en aquella abnegación: sacrificio obscuro, si se quiere, que no tuvo la gloria de un triunfo público, ni en la prensa, ni en las recompensas nacionales; pero en todo caso, que sería de admiración para los ángeles y de alegría para el divino Redentor.

Por orden de las autoridades civiles, abriéronse lazaretos en todos los sitios asolados por la epidemia, para aislar a los enfermos y circunscribir el azote; y

con el objeto de asegurar a los contagiados los últimos auxilios de la religión, hízose un llamamiento a todos los sacerdotes de buena voluntad. El puesto tenía pocos atractivos naturales: era la reclusión, poco menos que completa, el contacto perpetuo con los moribundos, el peligro siempre posible de contagio y de muerte. Pero ya el íntimo amigo del P. Liégey, el P. Teodoro, se había ofrecido para aquella misión de caridad. En Julio, nuestro héroe escribió a su vez al P. Visitador, solicitando el favor de ir a socorrer a los variolosos. «Sentía, por cierto, dice, algún estremecimiento y repugnancia de la naturaleza, pero ¡sea lo que Dios quiera! Después de todo, ¿para qué sirven los viejos en la tierra sino para sufrir y hacer sufrir? ¡Vale cien veces más morir en el campo de batalla de la caridad! Allí tenemos la salvación asegurada, y con ella una hermosa recompensa. Pero, si yo llego a sucumbir víctima del mal, no quiero que aparezca mi nombre en las columnas de los diarios! Que se hagan decir misas por mi alma, en hora buena; pero pompas fúnebres, no las necesito para nada». Esto era unir el sacrificio a la humildad, la purpúrea rosa a la violeta, doble flor que tan bien sentaría en la tumba del querido extinto.

Antes de su partida, miró de frente el porvenir, y en previsión de una sorpresa de la muerte, hizo su testamento. Éste es del todo apostólico. Misionero durante la vida, quiso serlo también desde la tumba. Lo que quedaba de su patrimonio, consagrólo a fundar una misión quinquenal en Crevic, su aldea natal. Sin la menor preocupación entonces, gozoso aun, tomó el ferrocarril para Limache, pequeña ciudad en donde la

epidemia hacía estragos. Al penetrar en las salas del lazareto, estremeciósele el corazón a la vista de aquellos rostros desfigurados por las horrorosas y nauseabundas pústulas. Pero una mirada al Crucifijo calmó aquel primer sobresalto de la naturaleza, puso valerosamente manos a la obra, y consideróse dichoso con imitar a San Alfonso visitando a los enfermos en el hospital de los Incurables. He aquí lo que escribió de allí a una persona de Santiago: «Heme aquí encargado de un lazareto; es una gracia que Dios me ha hecho. ¡Si supiese Ud. cuánto amo a mi lazareto! Hállase a 3,500 metros de la plaza central y todos los días voy allí a caballo. Estoy solo. Hasta ahora, todos los enfermos han caído en mis redes: pillos, obstinados, bandidos, nadie se escapa. El infierno estará rugiendo de rabia, pero el cielo, en cambio, se estremecerá de alegría. ¡Qué horror causa la vista de aquellos variolosos, negros como tizones! Aseméjase su rostro, con aquellas pústulas, a una espiga de maíz podrido. Y ¡qué mal olor! Y luego, imagínese Ud. que tengo que mendigar sábanas y camisas para aquellos infelices, que llegan aquí sin ropa blanca! En general, no se resisten a la mano de Dios que los abate, y se convierten sin muchos respingos. Sólo los protestantes se hacen de rogar. Y, en cambio, ¡qué fe y qué humildad en la mayor parte de ellos! Mueren dos o tres por día. Muy pocos son los que sanan». Así pues, paciencia, caridad, abnegación, oración, estas cuatro palabras resumen aquellos días de lazareto, días preciosos a los ojos del cielo, fecundos en frutos de salvación, ricos en méritos y gracias. Dios bendijo su abnegación: hasta el fin del terrible azote, no hubo quien muriese

sin arrepentimiento; los más rebeldes rindieron las armas en presencia de la muerte». ¡Cuán hermosa es aquella falange de almas que se lanzan del destierro a la Patria, para recibir allí su recompensa! Y ¡con cuánto amor pronunciarían, en su primer cántico de libertad, el nombre del obscuro Redentorista que les había abierto las puertas del cielo!

Cuando salió éste de Limache, dejó un recuerdo imperecedero de su caridad y celo: «Era la admiración de nuestra pequeña ciudad, refiere una señorita del lugar: ¡qué diligencia y alegría ponía en el cuidado de los enfermos! Veíasele ir de puerta en puerta, en busca de ropa blanca y de mil cosas que faltaban a aquellos infelices. Todos sabían su poquísimo cuidado en desinfectarse, y nadie, sin embargo, tenía miedo a sus visitas. Aprovechándose de sus momentos libres, vióse al incansable apóstol en el improvisado capellán, predicando en la parroquia una misioncita. Terminóse esta, como era de esperarlo, con una procesión. En una de las principales calles, alzábase una casa de hermosísima apariencia: verdadero sepulcro blanqueado que, dentro de sus murallas, encerraba la podredumbre del vicio que se vende. La epidemia y su cortejo de ataúdes habían dejado insensibles a aquellas creaturas endurecidas en el crimen. El P. Liégey, que estaba al corriente de la situación, hizo detenerse la procesión ante la infame casa, y, apostrofando a la dueña de aquella triste morada, exclamó: «Habéis rechazado la gracia de Dios, habéis cerrado los oídos a sus llamamientos a la conversión; pero día llegará, y no está muy lejano, en que esta casa, manchada con tantos pecados, se vendrá al suelo: la tierra se abrirá

para tragaros, y en vano llamaréis un sacerdote, pues os será imposible hallar uno solo». A estas palabras, prodújose un estremecimiento en las filas de la procesión, y burlonas risas tras de las ventanas del establecimiento. ¡Ay! un año después, el terremoto de 16 de Agosto realizó la amenaza. El primer edificio que cayó hecho pedazos, fué el palacio del libertinaje, abriéndose, bajo los escombros, una grieta que aprisionó a medias el cuerpo de la directora de aquel lugar de perdición. Lanzaba aullidos de dolor, pedía a gritos un confesor, pero expiró sin que nadie se atreviese a socorrerla».

De vuelta ya al convento, el buen anciano no pensó ya sino en prepararse para la muerte. El recuerdo de su lazareto, su aureola de cabellos blancos, un secreto presentimiento, todo le indicaba que no estaba lejano el término de su viaje, y que, en consecuencia, debía mantener su lámpara encendida y llena, para entrar a la sala del festín, en cuanto la muerte clamase a su alma: «¡Mira que llega el Esposo, sal a su encuentro!»

CAPÍTULO VII.

San Bernardo—Vida en el Convento.

(1903-1913).

Hemos visto a nuestro P. Pablo Liégey, después de más o menos veinte años pasados en Santiago, tomar el camino de Cauquenes, y ocho meses después hacer su entrada en San Bernardo. La numerosa comunidad de esta casa recibió con los brazos abiertos a aquel

veterano de los santos combates, que iba a predicar la santificación, con la palabra y con el ejemplo, a la ardorosa generación de escolásticos y Padres jóvenes, que animaban entonces los vastos claustros del convento. Efectivamente, aunque sexagenario, poseía todavía todo su celo apostólico, y aun había de permanecer siete años más en la brecha, sin que la edad, ni la enfermedad le hiciesen caer las armas de las manos. Sólo desde 1910, comenzaron a asomar en él los primeros síntomas de debilitamiento, viéndose obligado a permanecer más largo tiempo bajo la tienda, y a renunciar a las largas campañas de las misiones. Semejante inacción, después de tan larga y febril actividad, fué para él el más penoso de los sacrificios: el pajarillo en la jaula no sufre más que lo que él sufrió entonces. Pero era menester resignarse ante la voluntad de Dios y condiciones de la vejez. El suyo, por lo demás, era un reposo relativo e intermitente, porque muchas veces se le veía tomar de nuevo su alforja apostólica, según nos refieren las crónicas, y encaminarse hacia un convento o centro poco poblado, para un retiro, o una breve misión. Iba a disparar sus últimos cartuchos. Pensando en esto, estremecíase su corazón dentro de su pecho, y, cuando encontraba en los corredores a sus cohermanos más jóvenes, exclamaba: «¡Ah, que no me sea dado tener vuestra edad y vuestras fuerzas para ser todavía misionero! Siempre he pedido a Dios me sacara de este mundo en cuanto se me cerrara mi carrera apostólica: ahora que me veo obligado a permanecer en casa, no debe de estar lejos la muerte». Efectivamente, tocábalo ya ésta con la punta de su guadaña.

No siéndole ya posible, por lo menos habitualmente, manejar la espada de la palabra, tomó la pluma. No compuso, sin duda, obras de largo aliento, esto no era ni de su gusto, ni de su resorte, ni de su edad: pero sí muchos opúsculos, todos ellos muy prácticos, y útiles para las almas. Estrenóse con la historia de una de sus penitentes españolas, de humilde condición, pero de heroica virtud: un compendio de esta biografía ha sido hecha por un eclesiástico del país. Compuso en seguida las biografías de los PP. Teodoro y Merges, dos flores cuyo perfume de santidad y poético colorido son conocidas de nuestras dos Provincias. Luego después escribió la vida de Pedro de Valdivia, jefe español y compañero del virey Pizarro. Pensaba dedicar la obra al general Lyautey, su antiguo alumno en el castillo de Crevic. «Para Ud. la he compuesto, escribíale cinco días antes de su muerte; como Ud., mi héroe fué conquistador y como Ud. pacificador. Creo que será de su agrado, y hará algún bien, si se la difunde en las filas del ejército francés; pues reúne en su personaje el heroísmo del soldado, el amor del patriota y la fidelidad a la fe cristiana». Como se ve, un pensamiento de celo es el que hacía correr todavía la fatigada pluma del anciano.

Además, escribía en español obras especialmente destinadas a Chile: encuéntranse efectivamente, entre sus papeles, una vida de Isabel Seton, propuesta por él como modelo a las mujeres americanas. Componía asimismo para los colegios de ambos sexos, dramas religiosos, sacados de la Sagrada Escritura. Ya había escrito, también para los niños de las escuelas, toda una serie de «Lecturas sobre las magnificencias de la

Creación». Evidentemente sus escritos no son obras maestras, y probablemente no saldrán jamás a luz; pero es justo mencionarlos, para poner de manifiesto el espíritu de trabajo que animó los últimos años del querido muerto. No quiere decir esto que permaneciese clavado a toda hora en su bufete, como un notario o un académico. La existencia apacible del escritor no estaba, por cierto, muy en armonía con su natural vivacidad; lo que reservaba a la pluma eran las horas que no perjudicaban a la oración, el confesonario y el locutorio. Este último, es verdad, ocupaba una parte de sus días; pero ni aun ahí perdía el tiempo en inútiles charlas. Como todo sería él, menos papamoscas, cuando la campana lo llamaba anunciándole una visita, era seguro que se trataba de emprender, impulsar, o terminar una buena obra. Alguien dijo de él que tenía el corazón más grande que el cuerpo. Y es verdad, ésta era la idea que de él se formaban ricos y pobres. Siempre pronto para tender una tabla de salvación al prójimo angustiado. ¡Dios sabe cuántos huérfanos le debieron albergue, cuántas niñas sin trabajo ocupación y salvación, cuántos desgraciados empleo, cuántas miserias y cuántas lágrimas consuelo! Puede decirse sin exageración que su corazón rebosaba siempre compasión, su boca palabras alentadoras, su espíritu recursos para aliviar el infortunio. En sus 30 años de apostolado chileno, conoció tanta gente, que sabía a qué puerta golpear en demanda de socorro y protección para los que a él recurrían. Ninguna diligencia lo detenía para llegar a sus caritativos fines.

Habiendo predicado, en una ocasión, la misión a los detenidos de la cárcel de San Bernardo, compro-

bó, con dolor, que aquellos infelices se corrompían en la ociosidad, y resolvió interesar a las autoridades en favor suyo. Su proyecto era restablecer, en las casas de detención, los antiguos talleres suprimidos. Veía en esto para los prisioneros doble ventaja: una temporal, pues el precio de su trabajo debía serles entregado el día de su salida; y otra espiritual, pues así se preservaban de los vicios que engendra la ociosidad, sobre todo en un medio tan pestilencial como es el patio de una prisión. En consecuencia, animóse hasta presentarse ante el Presidente de la República para comunicarle sus proyectos. La audiencia fué amable, y de allí se retiró el solicitante con la promesa de que aquella humanitaria reforma se llevaría a cabo.

El Padre era, por otra parte, la edificación de todos con la práctica de las virtudes religiosas. La piedad, virtud de su infancia, era también la de su ancianidad; pero aquella revestíase en él, como todo lo suyo, de originalidad. A menudo, después de la misa, o durante el día, desaparecía a todas las miradas, sin tener, como San Gerardo, el don de hacerse invisible. Largo tiempo, preguntáronse en el convento cuál sería su escondite: era la parte de abajo del altar mayor, donde se agazapaba él silenciosamente. Y, como se le preguntase por qué se ocultaba de esa manera, «Es que, respondió, allí estoy más cerca de Nuestro Señor, y como está obscuro, nadie turba mi paz». Anunciábase también de lejos su presencia por los ecos de su oración jaculatoria favorita: «¡Jesús mío, os amo!» Verdaderas chispas de una hoguera oculta, aquellas aspiraciones manifestaban el fuego divino que consumía aquel corazón septuagenario.

San Francisco de Sales dice en alguna parte: «Los médicos adquieren gran conocimiento de la salud o enfermedad de una persona, mediante la inspección de la lengua; de igual manera, las palabras son los indicios de las buenas o malas disposiciones de nuestra alma. Nosotros llevamos repentinamente y a cada momento la mano hacia el dolor que sentimos, y la lengua hacia el amor que tenemos en el corazón. Así pues, si amamos a N. Señor, hablaremos de Él a menudo en nuestras pláticas familiares». Tal era la costumbre del P. Pablo: porque amaba a Dios hablaba de Él. Por la noche, dócil a las recomendaciones de la Regla, el buen anciano tomaba la palabra, en cuanto la comunidad se hallaba reunida en la sala de recreo, y refería algunos rasgos edificantes de la Vida de los Santos. Leía éstas asiduamente; puesto de esta manera en perpetuo contacto con los héroes de la virtud, penetrábase de sus lecciones de palabras y de obra, y trataba de comunicar a todos las divinas llamas que había sacado de sus corazones.

Tal mostróse en sus últimos años, celoso de llevar a cabo, en su alma, el supremo trabajo que el breviario describe tan bien en el himno de la dedicación de las iglesias. «Dió a sus virtudes los últimos tijeretazos saludables, y aquellos toques de buril que pulen el alma a fuerza de repetidos martillazos. Pero, esculpida por cuarenta años de vida religiosa, poco faltaba ya a la suya para ser digna de verse colocada en la cima del edificio eterno. Sí, pronto veríanlo pasar aquellas puertas eternas a donde el hombre es llevado por la virtud que conduce y por el

amor que impele, después de haber sufrido todos los tormentos de nuestra pobre vida terrestre.»

Es verdad que el recuerdo de la muerte lo acompañó, como una obsesión, los dos últimos años de su existencia. Todas sus anotaciones dan fe de ello. Desde 1911, sus dos retiros de cinco días no tuvieron otro objeto ni otro fin que la preparación a la muerte, Allí, frente a la tumba, que ve ya abierta a sus pies, mira hacia atrás todo el camino recorrido, y cae de rodillas bajo el sentimiento que lo domina: el inmenso reconocimiento a la Congregación. «Hace 45 años, dice, que como el pan del Instituto, 45 años que me cobijo bajo el techo de San Alfonso, habiendo encontrado siempre en la Congregación la mejor de las madres, en mis superiores una bondad paternal, en mis cohermanos caridad paciente y fraternal. Me han tratado siempre mucho mejor de lo que merecía. ¡Ah, benditos y recompensados seáis vosotros todos!» Y en Julio de 1912, agregaba en otra hoja: «¡Oh mi querida Congregación, Madre querida, adiós y gracias! ¡Adiós y gracias, a vosotros todos, superiores venerados, vivos y muertos, que me habéis dado con verdadero amor vuestras amonestaciones y consejos! ¡Adiós y gracias, cohermanos muy amados, que habéis soportado mis defectos, perdonado mis faltas, ayudado mi debilidad con vuestras oraciones y ejemplos ¡Adiós y gracias, queridos hermanos legos, cuyos servicios he recibido, durante toda mi vida, y cuya abnegación he admirado! Mi última oración, al morir, sabedlo todos, es por la perseverancia de todos y de cada uno de vosotros en nuestra vocación! ¡Y vosotros también, amigos y bienhechores queridos del Instituto, vivid

felices, salvad vuestra alma! ¡Adiós, parroquias, cabañas, haciendas por mí evangelizadas en Francia y en Chile! ¡Adiós, querida celda! encerrado entre tus cuatro muros blanqueados, he gustado la paz, el estu dio! En cuanto a vosotros, hermanos míos de apostolado, seguid adelante, sembrad por doquiera y osadamente la simiente de la divina palabra, y, si es menester morir, abrazaos con la muerte! Así colocaréis sobre vuestra frente una corona, semejante a la de los mártires ¡Adiós, pues a todos! ¡Adiós, hasta el cielo!»

Era el canto del cisne, o mejor dicho, el canto del predestinado, que siente caer ya sobre su hombro la helada mano de la muerte. «¡La muerte, exclama, ¡ah! la espero a pie firme, sin temor, como a una amiga! Pero Vos, oh Dios mío, no me abandonéis ahora que he alcanzado los confines de la vejez!»

A no dudarlo, tuvo un presentimiento de su próximo y repentino fin. «En Diciembre de 1911, declara, tuve un sueño que me dejó la certidumbre de que mi muerte sería instantánea». Además, dos meses antes del fatal accidente, habiendo ido a decir Misa a las Carmelitas, a 150 metros de nuestro convento, encontró, a su vuelta, a una de sus penitentes: «Estaba emocionado, escribe ella, parecía perturbado. Díjome: «Apure la conclusión de su oratorio, porque quiero decir allí la primera misa, conforme a mi compromiso con los bienhechores de la obra. Sepa Ud. que si esto va lánguidamente, no podré cumplir mi palabra, pues mi muerte está próxima. Hace un momento, después de la misa, algo interior me decía: «¿Quieres venir conmigo?» Con toda mi alma, respondí que sí. Creo, pues, que mi último día no está lejos». Era verdad,

pero no tenía nada que temer, pues podía decir con San Pablo «En el día de Cristo, me será permitido afirmar, para gloria mía, que no corrí ni trabajé en vano».

Por lo demás, todavía más que los presentimientos secretos, los achaques de la vejez eran para él mensajeros de ultratumba. Comenzó con algo de diabetes, y gran delicadeza y caprichos de estómago; lo que le ocasionaba frecuentes vómitos. Sin embargo, nada hacía prever tan súbita aparición de la muerte, el Padre continuaba llevando aquella reducida vida de anciano, compuesta de brevísimas salidas apostólicas, preocupaciones de obras caritativas, trabajo y oraciones dentro de la celda. Ésto se prolongó hasta el martes 3 de Junio de 1913. A mediodía, fué víctima el Padre de una de sus habituales indigestiones, de la que no hizo caso. Pero después del recreo, poco antes de las dos, al volver de la iglesia, comenzó a tambalearse como un hombre ebrio. Dos Padres, que iban a salir para una misión, lo vieron apoyarse en la muralla y luego rodar hasta el suelo. Volaron en su auxilio, y, ayudados de un hermano lego, lleváronlo a su pieza: «Se me da vuelta la cabeza, decía durante el trayecto, estoy mal; si hay peligro, que se me prevenga en seguida, y se me administren los últimos sacramentos». Tranquilizósele, y envióse en busca del médico. El pensamiento de la muerte no le abandonaba un instante, repitiendo sin cesar aquellas palabras del Salvador: «¡Hágase tu voluntad! En tus manos encomiendo mi espíritu!» El médico, amigo íntimo del enfermo no tardó en llegar; y, a pesar de una ligera parálisis en la lengua, y dolores al lado izquierdo de la cabeza,

declaró al enfermo fuera de peligro. «No es nada, dijo, con su bondadosa y confortadora sonrisa, pónganle sinapismos en las piernas, denle un poco de té simple, y mañana estoy seguro que lo veremos corriendo por las calles como siempre». ¡Ay, su carrera debía tener muy diferente duración!

Serenado con estas palabras de la ciencia humana, el Prefecto de enfermos ordenó los remedios prescritos, aunque sin resultado. La parálisis parcial siguió su curso, y la infusión de té fué tan pronto tomada como rechazada. Sin embargo, preguntóse al paciente si quería confesarse: «No, respondió con la confianza de un amigo de Dios, lo hice esta mañana; y luego, no tengo remordimientos en la conciencia». A pesar de esto, durante la meditación de la noche, llamó a un cohermano, recibió una última absolución, y ofreció su vida por la Congregación y las almas. A pesar de las favorables afirmaciones del diagnóstico, él creía en un desenlace fatal. Por otra parte, reinaba en la comunidad esa especie de secreta ansiedad, que oprime al alma en la proximidad, aun ignorada, de la muerte. Por esto, el R. P. Rector decidió que se velase al enfermo durante toda la noche, y se tuviesen prontos, en la pieza inmediata, los santos óleos para el caso urgente e inesperado de la Extrema unción.

Un Padre comenzó a velar, a pesar de las súplicas del anciano que consideraba excesivas las precauciones de aquella caridad. A media noche, un Hermano ocupó el puesto de enfermero, no en la celda del paciente, sino en la contigua, debiendo aquel verificar, cada media hora, el estado del congestionado. No pudo

notar nada anormal en éste, que continuaba tendido sobre el costado derecho, dormido con los brazos cruzados y respiración regular. Temiendo perturbarle el sueño, el Hermano no se atrevió ni aun a entrar en la celda, sino que lo vigiló a través de los vidrios de la puerta.

A las $4^1/_2$, la campana despertó a la comunidad: ¡sólo uno de ella no la oyó, y fué nuestro Padre Pablo Liégey! Parecía dormido todavía, no había movido ni un dedo, ni un músculo. El prefecto de enfermos fué a informarse de su estado, inmediatamente después de vestido. Comprendiendo en seguida que en la tierra había ya un Redentorista menos, y uno más en el cielo, dió parte de la lúgubre noticia. Era Miércoles, día consagrado a San José, patrón de la buena muerte; y estábamos en el mes del Sagrado Corazón, cuya llaga está siempre abierta para recibir a las almas de los justos.

Procedióse sin pérdida de tiempo al aderezo fúnebre de su cuerpo, mientras que de todos los altares y de todos los labios se alzaban fervorosos sufragios por su alma. En el traslado del cadáver, y durante el oficio cantado en la iglesia, gran número de personas unieron sus oraciones y dolor a los nuestros. El toque funeral llenó la capilla para la misa de entierro: era el amor, la gratitud, la veneración, lo que agrupaba en torno del catafalco a nuestros fieles vecinos de San Bernardo y amigos de Santiago. Al llevarse el cuerpo, las lágrimas y sollozos se mezclaron a estos cánticos triunfales de la Iglesia que, desde la anchurosa fosa quiere volver la mirada hacia el cielo abierto. «Hacia el paraíso te guíen los ángeles!

A tu entrada en la gloria, te acojan los mártires y te acompañen hacia la Ciudad Santa! Los coros angélicos te reciban como amigo, y goces con el pobre Lázaro del reposo eterno!»

Y, mientras las últimas notas funerarias resonaban



Iglesia de los P.P. Redentoristas en San Bernardo—Altar Mayor

todavía bajo las bóvedas del templo, la carroza seguida de la multitud, encaminóse a la estación. Luego tomaron colocación, en el vagón mortuorio, en torno del féretro, los miembros de la comunidad y algunos ami-

gos. En la estación de Santiago, aguardábannos los cohermanos de la capital y un grupo de caballeros. En la capilla del cementerio, cantóse un último responso, y arrojóse el ataud dentro de nuestra bóveda, acompañado con los acentos de una oración suprema. Todo había terminado: en la sepultura, el hombre polvo iba a convertirse en polvo, mientras que el alma, venida del cielo, había subido ya sin duda a él. ¡Sí, descansa en paz, valeroso soldado de Cristo! ¡Descansa en paz, pobre cuerpo mortal, tú que llevaste durante cerca de medio siglo la santa librea del Redentor y los ornamentos sagrados del sacerdote-sacrificador; tú, cuyas fuerzas consumiste en los campos todos del apostolado en Francia y en Chile! ¡Descansa en paz, alma generosa que perteneces ahora al coro de los patriarcas por tus largos años de existencia en un cuerpo mortal; al coro de los apóstoles por toda una vida de celo; al coro de los mártires por la inmolación, sin cesar renovada, de la pobreza y de la obediencia; al coro de los confesores por la perseverancia en la práctica de las virtudes religiosas; al coro de las vírgenes por la pureza que consagraste a María, desde la más tierna edad: descansa en paz! hasta luego, hasta el cielo!

Este «hasta luego», que nuestros oprimidos corazones dejaban en la cripta, como inmortal corona, fué luego acompañado de muchos otros. De todas partes, llegaron al convento cartas, verdaderos panegíricos que enviaban, en memoria del extinto, las personas amigas de la comunidad. Ya eran las Religiosas del Carmen, del Buen Pastor, de la Inmaculada Concepción, del Sagrado Corazón, que, con sus condolencias

llenas de gratitud, prometían sufragios, sacrificios, comuniones por su bienhechor espiritual. Ya los hijos de Santo Domingo que, en dos palabras, hacían la oración fúnebre del amado muerto: «Religioso ejemplar, fué también apóstol infatigable». Ya toda una sección de Hijas de María, que, reunidas en un dolor común, en la Sagrada Mesa, ofrecían 300 comuniones por su fundador. Un sinnúmero de fieles nos mandaron decir misas para el que había sido su consolador, su confesor, su padre. El señor cónsul de Chile en El Havre, uno de los felices convertidos del P. Liégey, escribía entonces en extremo conmovido: «Chile le debe inapreciables servicios: evangelizó a tres generaciones, formó legiones de ciudadanos útiles a la religión y la patria. Francés de raza, honró a su país en nuestra tierra chilena, como francés, como chileno, como religioso, como apóstol; merece una página de honor, un recuerdo particular, un saludo de veneración!» Y la madre del cónsul agregaba: «Verdaderamente, tenía el don de consolar, alentar y volver valeroso al más cobarde. ¡Bendita sea su memoria! ¡Vivirá en el recuerdo de todos los que le conocieron! Sin límites era su abnegación, y de extremada delicadeza su caridad; en su corazón inmenso no había lugar sino para el amor de Dios! Era tal la oportunidad de sus consejos, que se recibían éstos como oráculos. ¡Ah! ¿a cuántas almas, por él salvadas, no habrá presentado a Dios al llegar al pie de su trono eterno?»

¿No son éstos, hermosos testimonios consagrados al llorado difunto? El mismo Illmo. Revmo. señor Arzobispo participó de nuestro duelo: «Presento, decía,

a los Padres Redentoristas, la expresión de mis más vivas condolencias con ocasión del inesperado fallecimiento de mi querido Padre Liégey! Por lo que a mí hace, lo creo en el cielo. La santidad de su alma, y su infatigable celo por la gloria de Dios, me inducen a creerlo así. Soy amigo adicto de los Padres Redentoristas. Los considero como mis grandes cooperadores en la santificación de mi diócesis.»

Después de haber recorrido esta existencia tan llena, viene involuntariamente a la memoria el capítulo segundo de la segunda epístola de San Pablo a Timoteo sobre las cualidades del soldado de Jesucristo, y sobre la recompensa prometida a los esforzados: «Sí, dice el Apóstol, cobra buen ánimo en la gracia que tenemos en Jesucristo. Soporta el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo. Ninguno alistado en la milicia de Dios, debe embarazarse con negocios del siglo, a fin de agradar a aquel que le alistó. Aun antes de recibir la corona, combatió como atleta. Antes de coger los frutos, trabajó como el labrador. A causa de los escogidos, soportólo todo, para que también ellos obtuviesen la salvación, que está en Cristo, con la gloria eterna. Muerto con Cristo, podemos, esperar que vive con El. Perseveró en la prueba y reinará con Él»

¡Ojalá estas palabras del Apóstol, resumen perfecto de la vida de nuestro héroe, puedan ser un consuelo para todos los que lo conocieron, amaron y veneraron! Perseveremos con él en la prueba, y reinaremos con él un día cerca de Cristo.

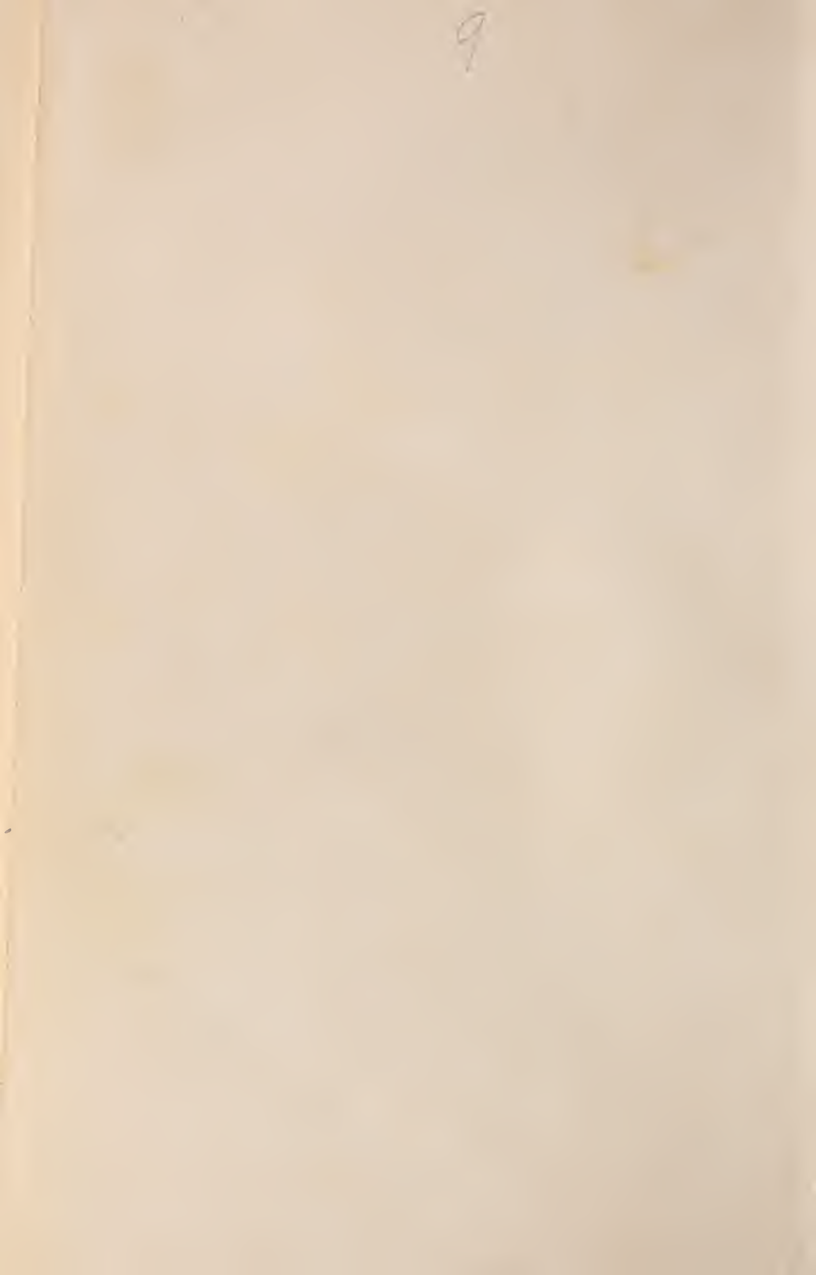
INDICE

PRIMERA PARTE.

EN FRANCIA.

SEGUNDA PARTE.

EN CHILE.



Teléfono 82981

N.o 56

Papel Libros Vergé

Resmas de 500 hojas

Fardos de 4 resmas

Tamaño 77 × 110 cms.

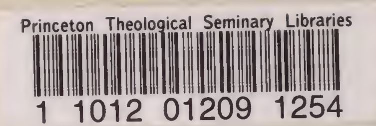
Peso por resma 45 kilos

Precio por resma

Fabricación N.º 1

Nota: El precio anotado en esta muestra es sin compromiso, sujeto a variación sin aviso previo.

Si desea un papel exactamente igual a esta muestra, sírvase citar el número de la fabricación.


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01209 1254

